

CAPÍTULO 1

A modo de introducción

Tras que en mayo de 1902 los gobiernos de la Argentina y Chile se comprometieron a solucionar de forma pacífica las cuestiones suscitadas por la demarcación de límites de su vasta frontera compartida –unos 5 300 kilómetros– ambas repúblicas se vincularon por décadas en un templado pulso de políticas comunes y en un natural acercamiento de vecindad entre sus habitantes. Si en los ámbitos castrenses persistieron las hipótesis de guerra –“la lógica amigo-enemigo alimentaba el pensamiento de los militares chilenos y argentinos por igual”, advierte Cornut^[1] los lazos humanos que se tendieron atravesando en uno y otro sentido las laderas de los Andes, fueron favorecidos por intereses concretos, destacando entre ellos el asociado con el manejo de los imperios ganaderos que se establecieron en la Patagonia argentina, sostenidos en gran parte por mano de obra chilena, que también de forma espontánea sería buena para trabajar en el desarrollo de las industrias del carbón y del petróleo.

El cauto *tempo* que mantuvieron las relaciones oficiales se alteraron de forma abierta con las suspicacias que el peronismo en el gobierno generó en amplios sectores políticos^[2] y religiosos chilenos.^[3] El telón de fondo de unos 400 000 trabajadores chilenos

[1] Hernán Cornut, “Pensamiento, profesionalización militar y conflicto en el ámbito del ABC a principios del siglo XX”, *PolHis* n.º 20, año 10, julio-diciembre de 2017, pág. 137.

[2] Véase Joaquín Fernandois, “Entusiasmo y desconfianza. Populismo y relaciones internacionales en el caso Perón-Ibáñez, 1953-1955”, *Ayer* n.º 98, 2015 (2). También Delia Otero, “Propaganda Política y Relaciones Interregionales. Chile y Argentina durante las presidencias de Ibáñez y Perón”, *Estudios Latinoamericanos*, n.º 2, 2009, segundo semestre; Leonor Machinandiaarena de Devoto, *Las relaciones con Chile durante el peronismo*, Buenos Aires, Lumiere, 2005.

[3] El diplomático y periodista chileno Alejandro Magnet escribió: “la campaña anticatólica de Perón, que movilizó sin escrúpulos a la hez del populacho

ganando su sustento en la zona sur de la Argentina y un intenso intercambio de productos básicos que presagiaban buenas bases para una integración económica, podían tanto entusiasmar como preocupar. Mas sucedió lo último: volvieron a emerger imágenes que parecían anestesiadas en las dos sociedades, encontrando en las antiguas diferencias de lindes territoriales, un elemento fuerte de desconfianza, competencias y rivalidades. Si con los temas limítrofes comenzaba a dominar –al decir de Joaquín Fernandois– la percepción del otro como “adversario histórico”,^[4] la convulsión política que la Argentina vivió tras la “Revolución Libertadora” de 1955 que expulsó del poder al presidente Juan Domingo Perón –hombre fuerte del país desde fines de 1943–, contribuyó a la agudización de las discrepancias.

Lo primero surgió del asentamiento de principales dirigentes del peronismo perseguidos por la Libertadora y “su” justicia: el gobierno del general Carlos Ibáñez del Campo –amigo político de Perón– concedió asilos políticos sin imponer una vigilancia rigurosa a los muchos prófugos reclamados por el gobierno de Buenos Aires, que se sumaba a la tensión generada por la investigación legislativa que buscaba conocer la penetración política

y removió también la hez de muchos resentimientos contra “los curas”, no alcanzó a provocar un odio profundo hacia la Iglesia”. Fundador del Partido Demócrata Cristiano de Chile, añadía respecto al “problema de la responsabilidad política de los católicos”, conciencia colectiva que consideraba no se había presentado tan nítidamente en la Argentina, “se suscitó en Chile ya el siglo pasado y ha tenido aquí periódicos replanteamientos”, en Alejandro Magnet, *Nuestros vecinos argentinos*, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, 1956, ps. 281 y 284, respectivamente.

- [4] Joaquín Fernandois y Michelle León Hulaud, “¿Antinomia entre democracia y gobierno militar? Chile y Argentina en el momento de incertidumbre (1955-1973)”, en Pablo Lacoste (coordinador) *Argentina-Chile y sus vecinos (1810-2000). Tomo II*, Córdoba, Caviar Bleu, 2005, p. 99. Este capítulo de Fernandois-León Hulaud resulta una excelente inspiración para poner en diálogo con nuestra propia investigación. Claro está, antecedente que se suma a los textos clásicos de Fernandois, *Chile y el mundo 1970-1973. La política exterior del Gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985 y *Mundo y fin de mundo. Chile en la política mundial 1900-2004*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2004.

peronista operada en Chile.^[5] Hubo un rumor fuerte en torno a que Perón tenía intenciones de hallar refugio estable en la república vecina, para estar cerca de la Argentina, mientras un comando de exiliados instaló en las cercanías de Santiago una radio para transmitir propaganda properonista y muchos desterrados habían encontrado empleos en diversas ocupaciones.^[6] Entre la numerosa colonia de refugiados en Chile se hallaba hasta Juana Ibarguren, madre de la fallecida primera dama Eva Perón, y sus hermanas que vivieron allí modestamente por tres años. Durante ese tiempo, la dictadura del general Pedro Eugenio Aramburu no había dejado de presionar al gobierno de Santiago para que decretara extradiciones y expulsiones, como la del financista Jorge Antonio Chebene, delegado personal de Perón.^[7] Una cierta distensión se produjo con la amnistía para presos y exiliados políticos que otorgó el ungido presidente argentino Arturo Frondizi en 1958. Pero ella fue breve pues ese mismo año se produjo “un *in crescendo* de incidentes”,^[8] al reclamar la Argentina la libre navegación por el canal de Beagle y las islas adyacentes, zona austral sin delimitación precisa. Desde entonces, un subibaja de actitudes y resoluciones caracterizaría el espinoso proceso de resolver los contenciosos pendientes. El plano técnico en que se desarrollaban las anuales reuniones de trabajo de la comisión mixta chileno-argentina de Límites comenzaron a desprenderse de las negociaciones diplomáticas a la par que gestos, reacciones, tomas de posición sectoriales y expresiones de máximas autoridades, alimentaban impresiones divergentes. Mientras se observaría con alarma la visita de Frondizi a la Base Naval de Ushuaia en la zona del Beagle, en enero de 1960, en el Senado chileno se escucharon acusaciones contra el expresidente

-
- [5] Véase Samuel Amaral, “Feminismo y peronismo en Chile: ascenso y caída de María de la Cruz”, *Todo es Historia*, n.º 321, abril de 1994; Delia del Pilar Otero, “Las complejas relaciones entre el Partido Peronista Femenino y el Partido Femenino de Chile (1952-1955)”, en *XVII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Universidad Nacional de Catamarca, 2019.
- [6] Beatriz Figallo, “La Argentina, el Cono Sur y las migraciones políticas tras el derrocamiento de Perón”, *Enfoque Social* n.º 12, 2007 pág. 100.
- [7] *La Prensa*, Lima, 17 de febrero de 1958, en Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, Madrid (AMAE), R. 6.518, expediente 11.
- [8] Joaquín Fernando y Michelle León Hulaud, “¿Antinomia entre democracia y gobierno militar?, *cit.*, p. 103-4.

Ibáñez del Campo considerando que había dejado al país en estado de marcada inferioridad frente a sus vecinos, criticando la escasa atención prestada al fortalecimiento de las relaciones con Brasil, como “necesario contrapeso a las pretensiones argentinas”.^[9]

Tres cordiales encuentros entre los presidentes Jorge Alessandri y Frondizi no lograron cristalizar en convenios limítrofes perdurables. Para más, el primer mandatario argentino fue derrocado por los militares y quién inopinadamente ocupó el Poder Ejecutivo, el senador José María Guido, casual presidente del cuerpo legislativo, se las tuvo que ver con sangrientos enfrentamientos internos entre las fuerzas armadas. En ese intervalo institucional, los Estados Unidos parecieron encontrar en Buenos Aires un pivote importante para su política sudamericana, a sumar al enclave proestadounidense que constituía el Paraguay del general Alfredo Stroessner. Voces de la diplomacia extranjera pontificaban: “El peligro de subversión comunista es inexistente en la Argentina mientras la amenaza bolchevique es grande en Chile y en el Brasil”.^[10] Pasado un año, el grupo legalista de las fuerzas armadas que se había impuesto a los militares golpistas que no aceptaban ni la más mínima participación de abiertos partidarios peronistas en la vida gubernamental del país, lograron hacer celebrar el 7 de julio elecciones generales, entregando el poder el 12 de octubre de 1963 al candidato más votado. El médico Arturo Humberto Illia, de la Unión Cívica Radical del Pueblo, mediando la proscripción del peronismo, fue electo presidente.

Con este panorama, en el transcurrir de la controlada democracia argentina de Illia, ya durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, primer presidente democratacristiano de Chile, el flujo entre ambos países experimentará una fuerza centrípeta, novedosa y creciente, ejercida desde el territorio chileno. La coincidente legalidad institucionalidad que se establecería a ambos lados de la cordillera de los Andes entre 1963 y 1964, constituyen el punto de partida del análisis que encara el presente libro. Ambas experiencias permitían abrigar expectativas de convergencias ciertas entre

[9] AMAEE, R. R. 5.990, exp. 24, Santiago, 7 de enero de 1960, de embajador Tomás Suñer y Ferrer a ministro.

[10] AMAEE, R. 6.903, exp. 14, Washington, 27 de diciembre de 1962, de embajador a ministro.

las dos naciones que casi se parieron juntas en el siglo XIX. Una década demostraría los escollos y las limitaciones de las posibilidades de aquel inaugural alineamiento democrático. En el otro extremo, el hito que constituye el año 1973 requiere menos justificación: en apenas seis meses de vértigo ocurrieron acá y allá, con todos sus ingredientes de conflictos y muertes, el triunfo popular del peronismo proscripto y la defenestración del gobierno socialista de Allende.

Chile había ido consolidando, después de la Segunda Guerra Mundial, una condición regional de excepcionalidad por la estabilidad de su sistema político en un Cono Sur en el que la democracia pasaba a ser más la salvedad que la regla. Ello contribuyó para que Santiago se ofreciera como una locación apropiada para albergar sedes y secretarías de importantes organizaciones globales y continentales. Eran tiempos en que avanzada la Guerra Fría, América Latina había venía siendo interpelada por el reto que constituía la propagación de la Revolución Cubana. Circunstancia y condición que hicieron visualizar a la capital chilena como un laboratorio democrático. A la vez, o por ello mismo, fue adquiriendo el perfil de un tolerante espacio receptivo para acoger a quienes resistían las consecuencias políticas y represivas de una regional involución autoritaria, de suyo preventiva de la expansión de las izquierdas. Entonces, junto a la radicación de obreros chilenos apremiados por la escasez de empleos e incluso la miseria en su propia tierra –concentrados en el sur de ambos países– se comenzaría a operar un fenómeno distinto y en contraria dirección, no exclusivamente argentino-chileno sino de matriz transnacional: el tránsito de militantes políticos, los viajes de jóvenes con inquietudes socioculturales, la estancia cuando no el exilio de profesores y científicos latinoamericanos así como de curiosos intelectuales europeos y hasta el traslado de cuadros guerrilleros. Entre los años sesenta y principios de los setenta, la introducción de estos cambios en las causales por las que se producían los desplazamientos humanos, sería enmarcado en el inquietante resurgir de un período de disputas limítrofes, que partió en 1965 de un sangriento incidente en la disputada zona de Laguna del Desierto, para alcanzar el punto culminante en 1978 y su “casi guerra”.

Para cuando en junio de 1966 un nuevo golpe de estado derrocó al presidente Illia, la democrática “Revolución en Libertad” de Frei se tendría que medir con un régimen militar de declamada vocación desarrollista, la “Revolución Argentina”, que se había hecho con el poder revestido de un afán de regenerar la nación, empresa para la que no se planteaban plazos. Ese vis a vis produjo un momento inquietante cuando en 1970 Salvador Allende fue electo presidente de Chile. Los comicios generales, polarizados entre derecha e izquierda o más bien anticomunismo y comunismo, volvieron a tensar el sistema político, replicando la expectación que despertó en 1964 la asunción de Frei. Triunfante Allende, la llegada al poder de un marxista declarado, por medios pacíficos, ofrecía una alternativa democrática a la experiencia que Fidel Castro estaba desplegando en Cuba. El régimen militar argentino, de claro tinte anticomunista, contempló con aprensión la posibilidad de exportación de ese modelo, que sus extensas fronteras de muy difícil control podían favorecer.

Entre 1970 y 1973, Chile y la Argentina experimentaron un dinamismo bilateral inédito. Aunque se ha considerado que el condicionante geopolítico fue el desencadenante de la energía propulsora que unió ambos gobiernos, se infiere que las relaciones entre una democracia de izquierda y una dictadura de derecha, en plena disputa bipolar y tras graves incidentes fronterizos, recibió incentivos más complejos para acercarse. Si en Chile se temía una coalición entre Brasilia y Buenos Aires,^[11] en la Argentina se recelaba del emergente poderío brasileño, que operó contra la posible “formación de un frente anticomunista que tuviera a Chile como su objetivo prioritario”.^[12] Sin negar este extremo, de suyo relevante, subrayamos la importancia de la política interna, aunque en lectura transnacional. Ello implica resaltar la imagen del Chile allendista como un sitio de protección y refugio para la guerrilla, que generó desconfianza entre los militares argentinos, pero que a la par se iría transformado en pieza útil para una profundización estratégica de la relación bilateral, ideada por el tercer presidente de

[11] Joaquín Fernandois y Michelle León Hulaud, “¿Antinomia entre democracia y gobierno militar? ...”, *cit.*, p. 133.

[12] Joaquín Fernandois, *Chile y el mundo 1970-1973*, *cit.*, p. 123.

la Revolución Argentina, general Alejandro Agustín Lanusse –y su círculo– a partir de marzo de 1971, de cara al futuro político nacional y el suyo propio. Preferible un presidente marxista democrático capaz de contener el conjunto de fuerzas del progresismo y la revolución en su propio territorio, contribuyendo a diseñar un país económicamente más justo e igualitario, que abrir la región a un caos inmanejable por perseguir el comunismo. Era tenderse las manos, como una de las maneras de protegerse.

Ese condicionante no quita hierro al resto. Bajo el marco geopolítico que porta lo regional, es dable advertir que durante los gobiernos de Frei y de Allende se produce una mutación –o acaso la coexistencia–, desde una idea de límite construida de forma sostenida por décadas –como línea de separación entre estados, de sentido más bien estático– hacia un concepto de frontera –un espacio, discontinuo e inestable, en esencia dinámico–, producto de la incidencia del accionar de actores transnacionales, convergiendo hacia territorio chileno. El giro en lo que constituye la idea de frontera envuelve la relación de ambos países. Algunos componentes fuertes que dieron argumentos a aquel tránsito en las percepciones, se plantean partiendo de la observación en torno a que la clásica amenaza representada por el estado vecino y los subsecuentes conflictos propiamente limítrofes, buscarían un cauce posibilista, aunque no menos arduo, en pro de soluciones jurídicas y políticas. Ello se revistió de mayor compromiso y dificultad porque se superpuso con el temor que emergió en sectores de gobierno y de las sociedades ante la aceleración de una novel modalidad de circulación de personas e ideas a través de la frontera binacional, y de las fronteras en naciones circundantes con individuos y grupos portadores de un internacionalismo, en gran parte, de matriz revolucionaria.

Si desde mediados de la década del cincuenta se reinician episodios de conflictos limítrofes de corte geopolítico (tradicional), progresivamente dicha forma de entender la frontera convivirá con la visión de esos confines como un ambiente favorecedor del contagio ideológico transnacional. Este último aspecto anuncia la gran paradoja del período en estudio, ya que la circulación transfronteriza de estudiantes, universitarios, gentes de la cultura, militantes

y guerrilleros, incidirá –además de otros factores– en la aproximación entre los gobiernos democráticos de Frei y Allende y la dictadura argentina generando, en los últimos años del período estudiado, relaciones que llegarían a ser consideradas como “excelentes”.^[13] Desafiando al sentido común, el vínculo bilateral representa un ejemplo más de la riqueza histórica protagonizada en los espacios periféricos de la Guerra Fría, en este caso en Sudamérica. La investigación excede las relaciones argentino-chilenas, para situarlas en un contexto regional convulso, dentro de un escenario global de contienda de súper potencias, extendida a aspectos no solo políticos de los mundos aledaños, sino también sociales, culturales y económicos, convirtiendo al enfrentamiento en un proceso de opciones excluyentes. Como en otros lugares, el devenir de los acontecimientos se solapó en el entorno latinoamericano con procesos previos, que la literatura reciente señala como la “larga Guerra Fría de América Latina”, empalmándose con el “ciclo centenario de reforma y revolución”.^[14] Durante mucho tiempo el nivel macro de la disputa Estados Unidos-Unión Soviética, tendió a invisibilizar “otros circuitos”, a través de los cuales se relacionaron actores en apariencia antagónicos, es decir, la trastienda del conflicto.^[15] Una gradual renovación historiográfica, que alcanza

[13] “De la diplomacia”, revista *La Nación*, Buenos Aires, 19 de junio de 1971, pág. 29. El embajador de Chile en la Argentina, Ramón Huidobro, afirmaba: “Si en estos momentos tuviese que calificar a las relaciones entre nuestro país y el suyo, usaría la palabra excelente (...) el intercambio en 1970 arañó los doscientos millones de dólares”. Expresivo término que, pocos años después, utilizaría el politólogo francés Alain Rouquié, en *Pouvoir militaire et société politique en République argentine*, París, Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, 1978, y en las sucesivas ediciones aparecidas en español desde 1982, tituladas *Poder militar y sociedad política en la Argentina. II. 1943-1973*, publicadas en Buenos Aires por Emecé.

[14] Gilbert M. Joseph, “Border crossings and the remaking of Latin American Cold War Studies”, *Cold War History* n.º 19, pág. 1, 2019. Véase también Vanni Pettina, *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*, México, El Colegio de México, 2018.

[15] Como ejemplos significativos de ese análisis casuístico, podemos mencionar las obras de Haruko Hosada, *Castro and Franco. The backstage of Cold War diplomacy*, Londres, Routledge, 2019 o la de María José Henríquez Uzal, *¡Viva la verdadera amistad! Franco y Allende, 1970– 1973*, Santiago, Editorial Universitaria, 2014.

el ámbito iberoamericano, ha ido generando una trama que enriquece aquella visión tradicional sobre la Guerra Fría, dotándola de mayores dosis de independencia y de pluralidad de las políticas exteriores que, en la misma época, se consideró como una “diversificación de sus vínculos de dependencia”.^[16] Se trata de sugerentes aportes que develan actuaciones consideradas secundarias, pero que revistieron significativos grados de autonomía.^[17] En lo regional, dicha corriente revisionista incluye el estudio del factor transnacional –o “giro transnacional”– y el análisis relativo a ideologías y movimientos políticos de izquierda y de derecha;^[18]

[16] Luciano Tomassini, “Tendencias favorables o adversas a la formación de un sistema regional latinoamericano”, *Estudios Internacionales* n.º 29, vol. 8, enero de 1975, pág. 4.

[17] Aunque el caudal de literatura es ya muy considerable, distinguimos los aportes de Tanya Harmer, *Allende’s Chile and the Inter-American Cold War*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2011 y ‘Brazil’s Cold War in the Southern Cone, 1970–1975’, *Cold War History* n.º 4, año 12, 2012, para dimensionar los roles asumidos por Cuba y Brasil en la defensa y desestabilización del gobierno de Salvador Allende; Piero Gleijeses, *Visions of Freedom: Havana, Washington, Pretoria and the Struggle for Southern Africa, 1976–1991*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2013, que aborda la independencia en las acciones de Cuba en África; Ariel Armony, *Argentina, the United States, and the AntiCommunist Crusade in Central America, 1977–1984*, Athens, Ohio University Press, 1997, sobre el quehacer argentino en Centroamérica; el ambivalente y paradójico accionar exterior de México que analiza Renata Keller, *Mexico’s Cold War: Cuba, the United States, and the Legacy of the Mexican Revolution*, Nueva York, Cambridge University Press, 2015; la política exterior de Italia hacia el Tercer Mundo, en Elena Calandri, ‘Italy, the developing world, and aid policy, 1969–1979: the ‘historic compromise’ and Italian foreign policy’, *Cold War History* n.º 19, pág. 3, 2019, o hacia Chile que desarrolla Raffaele Nocera, ‘Las relaciones diplomáticas y político-partidistas ítalo-chilenas durante el gobierno de Frei Montalva’, *HISTORIA* n.º 42, II, julio-diciembre 2009. También contribuciones propias, Beatriz Figallo y María José Henríquez Uzal, “Geopolítica y asilo. Juego de intereses y principios en la relación argentino-boliviana, 1969–1972”, *Revista de Historia y Geografía* n.º 45, 2021; María José Henríquez Uzal, “Salvador Allende entre dos dictaduras: Chile, Argentina, España y las paradojas de la Guerra Fría Iberoamericana, 1970–1973”, *Historia Actual Online* n.º 62, 2023 (otoño) y María José Henríquez Uzal y Beatriz Figallo, “Salvador Allende and Argentine Military Rule: Domestic Politics, Geopolitical Factors and Transnational Dimensions, 1970–3”, *Journal of Latin American Studies* n.º 50, 2023.

[18] A modo de ejemplo: Aldo Marchesi, *Latin America’s Radical Left. Rebellion and Cold War in the Global 1960s*, Cambridge University Press, 2017 y *Hacer*

así como el impacto generado por experiencias latinoamericanas en otros lugares del mundo y los cruces e influencias reciprocas.^[19]

Este viraje viene a dar luz a otra esfera algo invisibilizada en donde el principal responsable ha sido el estado y su centralidad como actor y marco referencial. Siendo la presente una historia escrita desde el estado y sus intereses, lo es a través de sus interrelaciones y de factores que lo trascienden. Asumimos el ánimo de mirar por debajo de las “corrientes dicotómicas”. Por ello, nuestro trabajo incorpora aspectos de las distintas tendencias de investigación mencionadas; esto es: la relación entre supuestos “antagonistas” de la Guerra Fría –como democracias progresistas y dictaduras anticomunistas–, las búsquedas de ciertas autonomías en lo subregional y el impacto transnacional del trasiego insurgente entre los países del Cono Sur en la formulación de sus políticas exteriores.

Tras este introito explicativo, cabe decir sobre la presente obra que la misma está estructurada en torno a dos cuestiones. La parte primera aborda los años de la presidencia de Eduardo Frei Montalva y sus nexos con una Argentina que ensayaba soluciones para resolver el problema de la gobernabilidad posperonista en lo interno y comenzaba a recibir la diseminación del comunismo proveniente del exterior, generando una conflictividad que se sumaba a la resistencia protagonizada por el movimiento popular proscripto. El segundo apartado del libro busca aproximarse al crucial período que protagoniza Salvador Allende al encabezar el gobierno de Chile y a su aún más sorprendente política de vinculación con la

la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del muro, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019; Mariana Perry, *Exilio y Renovación. Transferencia política del socialismo chileno en Europa Occidental, 1973-1988*, Santiago, Ariadna Ediciones, 2020; João Fábio Bertonha y Ernesto Lázaro Bohoslavsky (eds.), *Circule por la derecha: percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973*, Los Polvorines: Ediciones UNGS, 2016; Ernesto Bohoslavsky, Rodrigo Patto Sá Motta, and Stéphane Boisard, (eds.), *Pensar as direitas na América Latina*, San Pablo, Alameda Casa Editorial, 2019.

[19] Por citar algunos trabajos: Lily Pearl Balloffet, ‘Argentine and Egyptian History Entangled: From Perón to Nasser’, *Journal of Latin American Studies* n.º 50, pág. 3, 2018; Alessandro Santoni, *El comunismo italiano y la vía chilena. Los orígenes de un mito político*, Santiago, RIL editores, 2011; Fernando Camacho Padilla, *Suecia por Chile: una historia visual del exilio y la solidaridad, 1970-1990*, Santiago, LOM Ediciones, 2009.

dictadura argentina, coincidencia que se hará visible con el mandatario de facto, el general Lanusse. El trabajo está argumentado sobre la base de un plexo de documentación archivística chilena y argentina, así como la generada por los agentes de la política exterior de España, que aunque a priori pudiera parecer extravagante al trabajo, constituye un aporte valioso por el interés político, ideológico y económico que el régimen franquista y su diplomacia tenían respecto al Cono Sur y a la injerencia de superpotencias en la región.^[20] La combinación se suma así a las indagaciones que han superado la prioridad otorgada a los registros documentales estadounidenses, generadores de reconstrucciones paradigmáticas sobre los acontecimientos del período, pero que opinamos, no son las únicas explicaciones posibles. La investigación también se nutre de numerosas fuentes hemerográficas, testimonios de primera mano y una amplia literatura histórica elegida. Es fruto de una larga indagación en repositorios iberoamericanos, pero a la vez producto de una puntual pesquisa que ha tenido por propósito dilucidar el tiempo de una extraña y pragmática coincidencia de opuestos en las políticas exteriores de la Argentina y Chile.

[20] Una versión previa de este trabajo obtuvo la primera “Mención honorífica a la Investigación 2024”, de la Red de Archivos Diplomáticos Iberoamericanos (REDI). Su publicación ha sido posible con la colaboración y el apoyo de la Unidad Ejecutora en Red del CONICET, el Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales (IDEHESI) y de su directora, María Cecilia Míguez y del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile y su directora, Dorotea López Giral.

Parte 1

La «Revolución en libertad» chilena frente a los
vaivenes institucionales de la Argentina

CAPÍTULO 2

Horizontes de integración, condicionantes geopolíticos y tensiones internas

Las elecciones presidenciales en Chile de septiembre de 1964 tuvieron trascendencia internacional, pues operaban como termómetro del impacto de la Revolución Cubana en la región. Aquel interés se vio reflejado en la presencia de más de trescientos corresponsales acreditados en el país andino.^[1] Se enfrentaron tres candidaturas: Eduardo Frei Montalva por la Democracia Cristiana (DC); Salvador Allende, encabezando una coalición de partidos de izquierda y Julio Durán del Partido Radical. El triunfo fue para la DC.

El 3 de noviembre asumía Frei, y desde la Argentina se afirmaba: “comienza un experimento que apasionará a la opinión pública continental”.^[2] De acuerdo con Valenzuela, la doctrina de la novel agrupación política estaba dotada de “una base social cristiana”, de estrecha afinidad con la jerarquía eclesiástica chilena, pero “de talante más progresista”. Definido como un partido de centro, “ofrecía una vía entre la derecha y la izquierda, abierta a cualquiera”.^[3] En acuerdo con dicha línea, el senador DC, Radomiro Tomic –a quien

[1] Luis María Ansón, “Las próximas elecciones serán la prueba de fuego para el castrismo en Hispanoamérica”, *ABC*, Madrid, 28 de agosto de 1964.

[2] Osiris Troiani, “La vieja guardia y los cabeza de huevo”, *Primera Plana* n.º 104, 3 de noviembre de 1964, Buenos Aires. Troiani, analista político de la revista, señalaba en el informe preparado que era característica del grupo generacional que llegaba al gobierno chileno –cuyas edades oscilaban entre los 52 y 55 años– su condición de abogados católicos, que mejoraron sus situaciones ascendiendo de las clases medias a las más empujadas, gracias a matrimonios prolíficos y ventajosos –excepto el caso del arquitecto Tomás Reyes Vicuña–.

[3] J. Samuel Valenzuela, “Orígenes y transformaciones del sistema de partidos en Chile”, en Torcuato Di Tella (compilador), *Argentina-Chile ¿Desarrollos paralelos?*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1997, ps. 127-128.

se le adjudicaba ser el mayor productor de ideas en lo socioeconómico y en los asuntos internacionales– aseguraba al periodista del influyente semanario argentino *Primera Plana* que las políticas a implementar no tendrían un efecto dramático: “La reforma agraria, la construcción de viviendas, las medidas previstas en cuanto al cobre – “chilenización”, no nacionalización– son, en sí mismas, limitadas”. Con todo, Tomic confesaba su preferencia por una “apertura a la izquierda” y la incorporación del socialismo al gobierno.^[4]

En el corazón de la estrategia de desarrollo de la administración demócratacristiana de Frei se encontraba el parecer de que las estructuras capitalistas de Chile debían experimentar una transformación que permitiera un crecimiento autosostenido así como una mayor cohesión social, política y cultural del país.^[5] Concordante con los postulados de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y de la Alianza para el Progreso, su gobierno sería desarrollista, por una parte, y reformista, por otra.^[6] De ello se desprenderían las posturas básicas del gobierno para el manejo exterior,^[7] planteándose la relación con América Latina sobre la base de la integración.

El Cono Sur, no obstante, ofrecía un panorama de comprometida efervescencia. Para principios de abril de 1964, João Goulart –sucesor del renunciante Jânio Quadros– había sido depuesto en Brasil por un golpe militar alentado por las derechas espantadas de sus políticas reformistas. Bajo presión castrense, el Congreso designó presidente al general Humberto de Alencar Castelo Branco. Esa dictadura colaboró con la Argentina para abortar un intento de regreso del expresidente Perón. El plan peronista fracasó cuando

[4] Osiris Troiani, “La vieja guardia y los cabeza de huevo”, *Primera Plana*, cit., pág. 17.

[5] Hugo Frühling, “Proyecto social interno y política exterior. La experiencia chilena desde Frei a Pinochet”, en Carlos Portales, *La América Latina en el nuevo orden económico internacional*, México, FCE, 1983, p. 231.

[6] Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 3era. Edición, 1990, pp. 246-254. De acuerdo a la interpretación de Góngora, con la elección de Frei Montalva se iniciaron las “planificaciones globales” o el proceso de cambios estructurales en Chile.

[7] Cristián Gazmuri, *Eduardo Frei Montalva y su época*, Tomo II, Santiago de Chile: Aguilar, 2000, p. 564.

el 2 de diciembre el avión de Iberia que trasladaba al exiliado en la España de Franco como pasajero, escoltado por un pequeño grupo de adeptos, hizo una parada técnica en Río de Janeiro. Mediante la intervención en el aeropuerto de los militares brasileños, Perón fue obligado a regresarse por dónde vino.^[8] Si las fuerzas armadas argentinas tomaron con preocupación tan abierto intento de restituirse a la región del líder que habían destituido a sangre y fuego, las pujas internas entre sus más ortodoxos seguidores y los neoperonistas –que contaban con representantes en las cámaras legislativas y en algunas gobernaciones provinciales– complicaron aún más al gobierno de Arturo Illia. Consignas comunes –averiguación del paradero del cadáver de Eva Perón, desaparecido en 1955; solicitud de una amplia amnistía que incluyera al mismo Perón; puesta en marcha de una reforma agraria que “golpee en sus bases a la tradicional oligarquía terrateniente” –, y mensajes del ex presidente desde Madrid a sus seguidores y a los sindicalistas, encaminadas a la “subversión como táctica permanente” y a “la acción revolucionaria”, hicieron coincidir a ambos sectores, dispuestos a batallar como oposición en las sesiones del Congreso. Perón parecía apoyar alternativamente “a todos los grupos peronistas”, siendo el objetivo, “la reorganización partidaria anunciada para las elecciones de 1967 y los comicios presidenciales de 1969”.^[9] A ello se sumaban, en opinión del embajador español José María Alfaro y Polanco –muy vinculado a sectores castrenses y del diario *Clarín* y otros órganos de prensa porteños–^[10]: “las angustias dimanantes de la continua ascensión del costo de la vida, el crecimiento del terrorismo y los problemas sociales, el desarreglo financiero”. Aunque se trataba de una parte de la realidad argentina, –pues durante el gobierno Illia el desempleo apenas superaba el 4 por ciento y la participación

[8] Marcha del general Perón, Madrid, 2 de diciembre de 1964. Archivo General, Ministerio del Interior, España (AGMIE).

[9] AMAEE, R. 7.827, exp. 54, Buenos Aires, 1 de octubre de 1965, de Alfaro a ministro.

[10] Beatriz Figallo, “Diplomacia franquista, propaganda y control de los exiliados. La embajada de José María Alfaro en la Argentina, 1955-1971”, *Épocas* n.º 11, 2015 y “Estrategias diplomáticas de la España del desarrollo en Sudamérica. Los escritores Giménez Caballero y Alfaro en Paraguay y Argentina”. *Claves. Revista de Historia* n.º 4, pág. 7, 2019.

de los trabajadores en el PBI creció– el diplomático de antigua filiación falangista añadía: “Hasta los mismos jefes legalistas, que tanto hicieron –pese a sus convicciones partidarias– para que el radicalismo del pueblo se consolidara en el poder, comienzan a hacer público su desagrado, frente a lo que califican de inoperancia del gobierno”.^[11] No se trataba tanto del rumbo, si no de la oportunidad y la velocidad del desarrollo.

Uruguay, a su vez, también atravesaba remezones económicos y el emergente Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), daba inicio a acciones de guerrilla urbana. En Bolivia, el 4 de noviembre de 1964 los comandantes militares René Barrientos y Alfredo Ovando habían derrocado al presidente Víctor Paz Estenssoro, líder del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), mientras en Paraguay, el general Stroessner llevaba una década en el gobierno, al que arribó por un golpe de estado y en el que se mantendría hasta 1989 sobre la base de un régimen autoritario de partido único, fraude electoral, represión y extrañamiento del país de la oposición política.

En diciembre de 1964 tuvo lugar en zonas de la provincia de Lima, Perú, la “Operación Ayacucho”, simulacro de acción bélica contra una insurrección comunista de la que tomaron parte efectivos de un hipotético ejército interamericano constituido por fuerzas de la Argentina, Perú, Colombia, Venezuela, Paraguay y Estados Unidos. Desarrollada la tarea a solicitud del gobierno peruano, fueron convocadas las naciones signatarias del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), aunque “declinaron su participación Brasil, Chile y Ecuador”. Entusiasmados los organizadores y jóvenes participantes por la eficacia del ejercicio de guerra, se especulaba que en 1965 se podía realizar otra práctica contrainsurgente en la Patagonia argentina, en la zona de Golfo Nuevo. Según el corresponsal de prensa de la revista *Panorama* con las operaciones bélicas: “la Junta Interamericana de Defensa buscó algo más que la coordinación, la disciplina y la solidaridad entre los hombres de armas de seis distintas banderas. Buscó crear las

[11] AMAEE, R. 8.362, exp. 2, Buenos Aires, 23 de abril de 1965, de Alfaro a Castiella.

condiciones psicológicas propicias a un nuevo concepto de soberanía: no ya el que señalan los límites físicos, sino el que marca un sistema de vida (...) los pueblos de la comunidad americana fueran asimilando sin repudio la idea de que en el futuro pueda darse la posibilidad de que, en defensa de ese sistema de vida, tropas extranjeras lleguen a trabarse en lucha contra un sector del propio pueblo enrolado en filosofías políticas extracontinentales”.^[12]

Mientras el comandante del Ejército de la Argentina, general Juan Carlos Onganía, se mostraba como principal sostenedor de la idea de las “fronteras ideológicas” para oponerse a la expansión que podía significar el castro-comunismo cubano por el continente –posición que cuajaba poco con el internacionalismo político del gabinete de Frei–,^[13] el gobierno de Buenos Aires anunciaba la compra de maquinaria petrolera en Moscú e Illia sorprendía al afirmar: “El comunismo ha sido superado en el mundo (...) Nadie debe subestimar la guerra fría y la lucha ideológica en el mundo. Tampoco debemos sobreestimarlas, perdiendo el rumbo y el camino”.^[14] Aunque pese a sus lentitudes se había mostrado partidario de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), “instrumento esencial para la integración americana”, persuadido de la necesidad de darle “una estructura política que garantice la orientación política permanente de la comunidad”,^[15] el canciller argentino Miguel Ángel Zavala Ortiz se mostraría más urgido en las declaraciones que efectuó en su visita a Río de Janeiro de principios de agosto de 1965: al hablar en la universidad criticó el funcionamiento de la Alianza para el Progreso, “por no haber logrado sus objetivos”, subrayando que los países latinoamericanos debían insistir en la reestructuración del comercio internacional. Y en la conferencia, a puertas cerradas, que dictó en la Escuela Superior de Guerra, dijo que “si el objetivo de la política americana era el de diferir indefinidamente la guerra, se ha cumplido. Pero se ha cumplido para la guerra nuclear. En cambio ha quedado la puerta

[12] Mario Bernaldo de Quirós, “La Argentina va la guerra”, *Panorama*, marzo-abril 1965, Buenos Aires, pág. 45.

[13] Fermandois y León Hulaud, 2005, *cit.*, p. 126.

[14] *Primera Plana*, Buenos Aires, 14 al 20 de setiembre de 1965, 149, pág. 8.

[15] AMAEE, R. 7.824, exp. 29, Buenos Aires, 5 de febrero de 1965, de embajador José María Alfaro a ministro.

abierta para la guerra revolucionaria”. Las normas internacionales llevaban a considerar “la guerra revolucionaria no como una guerra de características internacionales, sino como una revolución de características nacionales, eliminando el derecho a la legítima defensa contra ella. Esto significaba la indefensión de las víctimas y la impunidad de los agresores”.^[16] En opinión de asistentes de la reunión, Zavala Ortiz buscaba convencer a los Estados Unidos a encarar una actuación internacional y no unilateral del fenómeno, “siendo un conflicto que no consistía en atacar a la nación como estado, sino en minar y devastar a la nación como organización”.^[17] A la peculiaridad de las relaciones argentino-chilenas, se sumaba otro ingrediente en extremo peligroso, capaz de operar como elemento de escape para inestables políticas internas: las tensiones limítrofes. Las cancillerías de ambos países dieron continuidad al acercamiento entre los gobiernos, citándose los últimos días de octubre de 1965 los dos presidentes democráticos para conferenciar en la ciudad de Mendoza. Los mandatarios fueron recibidos con afecto popular, demostrándose mutua cordialidad.^[18] En la capital cuyana, Frei propuso a Illia la formación de una Unión Aduanera y aunque la idea fue bien acogida, los acontecimientos políticos en la Argentina impidieron avanzar en la materia.^[19]

Coincidentemente, el 31 de octubre Onganía ordenaba el traslado de efectivos a la zona de Laguna del Desierto (también Lago del Desierto, en la denominación argentina), entre los lindes binacionales de la provincia de Chubut y la Región de Aysén. Sobre el grave incidente que se produjo, las versiones históricas difieren, ya sea en torno a la sucesión de los acontecimientos, los objetivos,

[16] AMAEE, R. 7.824, exp. 29, Río de Janeiro, 18 de agosto de 1965, de embajador Jaime de Alba a ministro.

[17] AMAEE, R. 7.824, exp. 29, Buenos Aires, 21 de agosto de 1965, de embajador José María de Alfaro a ministro.

[18] Alfredo Azcoitia, “Del “destino común” a “la invasión de ... fuerzas armadas extranjeras” en solo unas horas. Chile en la prensa norpatagónica durante el incidente de Laguna del Desierto”, en María Andrea Nicoletti, Paula Núñez y Andrés Núñez (dir.), *Araucanía-Norpatagonia. Discursos y representaciones de la materialidad*, Viedma, Editorial UNRN, 2016.

[19] Gabriel Valdés, “Quince años del Pacto Andino”, *CED-Centro de estudios del desarrollo* n.º 9, junio de 1984, pág. 3.

la cantidad de las fuerzas militarizadas intervinientes.^[20] Según la prensa argentina, los efectivos de la Gendarmería se propusieron “desalojar a los invasores chilenos”, en referencia a los carabineros que habían izado su bandera en la zona de la estancia La Florida, en el puesto ocupado como propietario por un poblador chileno. Mientras los gendarmes aseguraban realizar dichos preparativos “en defensa de la soberanía nacional”, en círculos gubernamentales porteños se llegaba al extremo de interpretar a “la movilización de la Gendarmería como un acto destinado a empañar las entrevistas Illia-Frei”, pues “querían tener su guerrita propia”. Dentro de las esferas castrenses, a su vez, había quien acusaba al gobierno de pasividad, creyéndose que Chile buscaba “forzar un nuevo arbitraje”, como en el caso del río Encuentro y que la Argentina volvería a caer en una trampa.^[21]

Los incidentes limítrofes marcaron el 6 noviembre una escalada en el Puesto Arbilla del valle de Laguna del Desierto, al producirse un enfrentamiento armado que se saldó con la muerte del teniente de carabineros Hernán Merino Correa, un herido grave y la instalación de puestos argentinos de avanzada.^[22] La presencia de periodista y fotógrafo de la popular revista argentina *Gente y la actualidad* permitió retratar el yaciente cuerpo de Merino Correa,

[20] Confrontar: Luis Santiago Sanz, *Laguna del Desierto. Estudio de una crisis*, Buenos Aires, Academia Nacional de Geografía, 1993 y *Laguna del Desierto*, Buenos Aires, Olcese Editores, 1995, con Mario Valenzuela Lafourcade, *El enigma de la Laguna del Desierto. Una memoria diplomática*, Santiago, LOM Ediciones, 1999. Útil para esa labor resulta el trabajo de Pablo Lacoste, “Una memoria diplomática”. Ensayo bibliográfico”, *Ciclos* n.º 24, 2do. semestre de 2002, así como el de Javier Illanes Fernández, *El arbitraje de la Laguna del Desierto*, Santiago, Ril Editores, 2002.

[21] “Quinto eclipse de la soberanía”, *Primera Plana*, 9 de noviembre de 1965, Buenos Aires, pág. 8. En noviembre de 1964, los gobiernos de Santiago y Buenos Aires aceptaron llevar la disputa limítrofe en el río Encuentro al arbitraje de la reina Isabel II de Gran Bretaña, quién expidió el fallo en diciembre de 1966. La casi totalidad del río Encuentro, en la región Palena, quedó en territorio chileno.

[22] Expuesta durante años en el museo del edificio Centinela, en Retiro (Buenos Aires), en abril de 2017, la ministra de Seguridad y el director de la Gendarmería de la Argentina restituyeron a Chile la bandera que había sido capturada en el enfrentamiento.

que si impresionó en Chile, también impacto e hizo valorar en alguna opinión argentina el patriotismo del caído: “pagó con su vida la altivez que le impuso su honor militar: no rendirse”.^[23] Percepción de identificación por la defensa de la propia soberanía nacional que convivía con otra más confrontativa e incluso guerrera. Los incidentes de frontera venían siendo precedidos de ciertas advertencias periodísticas, no desligadas de los factores de poder a los que diferentes medios gráficos de comunicación estaban ligados: se hacía necesario argentinizar el Sur argentino pues el 60 % de la población la constituían trabajadores chilenos, una situación que el director de la revista *Panorama* describió como “agudamente incómoda y peligrosamente explosiva”.^[24]

El episodio amenazó desbordarse y desembocar en un enfrentamiento bélico. Después, hubo quienes atribuyeron al comunismo la pretensión de empujar una “guerra fratricida” para neutralizar cualquier intento de integración en la que coincidían Frei e Illia. Otros lo adjudicaron a “intereses económicos” que buscaban frustrar el desarrollo en Argentina y Chile, para juntos superar “el atraso, la miseria y la dependencia”.^[25] La prensa argentina también señalaría que cuando se produjo el choque militar, la “tensión social llegaba a un punto explosivo” debido a la huelga de mineros chilenos del cobre. Así la muerte del carabinero por la cual “Chile se inflamó de ardor patriótico”, habría actuado como un distractivo. El busto del expresidente argentino Domingo Faustino Sarmiento - exiliado en Chile en dos oportunidades, de 1831 a 1836 y entre 1840 y 1852- fue arrojado al río Mapocho y manifestaciones estudiantiles pidieron armas para luchar contra los “imperialistas” del Plata. Señalaría después el semanario *Panorama*: “La represión de los carabineros contra los trabajadores de las minas pasó prácticamente desapercibida”.^[26] A la par, graves incidentes se estaban produciendo en el sur chileno entre campesinos y latifundistas,

[23] Fernando Mas, “La guerra secreta de los Andes”, *Panorama*, Buenos Aires, febrero de 1966, pág. 5.

[24] Mario Bernaldo de Quirós, “¿Qué pasa en el Sur? Una Argentina donde somos minoría?”, *Panorama*, marzo 1964, págs. 36-50.

[25] Fernando Mas, *cit.*, ps. 8-9.

[26] *Panorama*, 30 de julio al 5 de agosto de 1968, Buenos Aires, pág. 16.

“atrincherados en sus feudos y dispuestos a resistir con las armas el cumplimiento de la ley de Reforma Agraria del presidente Frei”.^[27]

Sosteniendo el protagonismo del ministro de Defensa, el abogado mendocino Leopoldo Máximo Suárez, Illia confió en la efectividad de las medidas diplomáticas convenidas con Frei para contrarrestar la escalada. Pero las desinteligencias surgidas por el accionar de la Gendarmería profundizaron el distanciamiento del gobierno radical con el general Onganía, empeorado aún más por relevos de cargos castrenses y declaraciones –para algunos militares, deformadas– sobre la necesidad de unir a los ejércitos latinoamericanos contra el comunismo.^[28]

Ante la dilación que conllevaban tales complicaciones en la Argentina, el mandatario chileno volvería sobre sus pasos imaginando un proceso alternativo de integración, dentro de la ALALC, pero sin sus limitantes: a mediados de 1966 invitó a Santiago al presidente electo de Colombia, Carlos Lleras Restrepo, y convinieron un proyecto subregional andino destinado a ser una etapa en la construcción de la integración latinoamericana.^[29] La iniciativa se articuló rápidamente y ya en agosto los presidentes y delegados de los países andinos dieron a conocer la “Declaración de Bogotá”: el punto de partida del Pacto Andino.

Para entonces, la incertidumbre política había eclosionado en la Argentina: Illia fue derrocado el 28 de junio por un golpe militar encabezado por Onganía, con decisivo respaldo civil. Chile mantuvo al embajador Hernán Videla Lira al frente de su representación diplomática en Buenos Aires. Informando ante el Senado, el

[27] Fernando Mas, *cit.*, p. 6.

[28] AMAEE, Madrid, R. 8.316, exp. 10. Agitación política en Argentina, Buenos Aires, 7 de enero de 1966. Asunto: Es de una peligrosidad explosiva la situación actual argentina. Pedro de Churrua, encargado de negocios. Para el contexto de época véase María Cecilia Míguez, “¿Anticomunistas, antiestatistas, antiperonistas? La “nacionalización” de la doctrina de seguridad nacional en la Argentina y la legitimación del golpe de Estado de 1966”, *Revista SAAP* n.º 7, pág. 1, 2013, enero/jun.; Leonardo Da Rocha Botega-Leandro Morgenfeld, “Argentina, Brasil e o conflicto de Santo Domingo (1965)”, *Opsis* n.º 14, 2014, 14.

[29] Gabriel Valdés, “Quince años del Pacto Andino”, *CED-Centro de estudios del desarrollo*, 9, junio, 1984, pág. 3.

ministro Gabriel Valdés expreso “que su gobierno tenía que reconocer al gobierno de Onganía por la inconfortable situación que podía crear cualquier actitud distinta con un país con el que se mantiene tanto intercambio, tanto en el aspecto humano como en el aspecto comercial”. Sumado a ello, “ha contado a favor del reconocimiento el hecho de que Argentina sea pieza fundamental para la integración económica que es una de las metas más preciadas del gobierno de Frei”.^[30] Frente al eje Argentina-Chile que sus democracias habían empezado a bordar, desde Buenos Aires los corifeos que predicaban la validez de una “otra” forma de gobierno exaltaban el acercamiento al Brasil –otro eje de poder–, ahora que “los dos países se encuentran bajo liderazgos unipersonales de origen militar”. Acompasados sus sistemas políticos –diferentes del de partidos girando en torno a la competencia de agrupaciones de estructura liberal– las dos naciones del Atlántico “se acercan por una ley inexorable de atracción”. El analista político estrella del momento, Mariano Grondona, incluso dotaba a la ecuación de la virtud que traería el liderazgo conjunto argentino-brasileño en América del Sud, traducido en bien común para sus sociedades, con cooperación técnica, económica y cultural que convertirían a la región en “autónoma, potente y satisfecha”. Convertidas en potencias intermedias, el propósito era colaborar a implantar la paz en el mundo occidental, señalando que “tanto los Estados Unidos como las potencias del Pacífico y el Caribe se equivocan al abrigar recelos respecto del acercamiento argentino-brasileño”.^[31] Ideas que seducirán en la Argentina, a algunos y por un tiempo. Un lustro después, “estallaban las contradicciones argentino-brasileñas”: “la alianza no ofrecía ventajas al gobierno de Buenos Aires. Por una parte lo aislaba en el Cono Sur y, por la otra, no contenía la política fluvial del Brasil, considerada lesiva para sus intereses (...) los dos gobiernos, ideológicamente amigos, eran tan rivales como antes en términos geopolíticos”.^[32]

[30] AMAEE, R. 8.316, exp. 11, Santiago, 8 de julio de 1966, de embajador Miguel de Lojendio a ministro.

[31] Mariano Grondona, “Argentina y Brasil”, *Primera Plana*, 19 de julio de 1966, pág. 13.

[32] “Política exterior: La cara izquierda de Lanusse”, *Panorama*, 17 al 23 de agosto de 1971, Buenos Aires, pág. 55.

Pero eso no se sabía aún y con los militares recién encaramados en la cúpula del gobierno, se podía esperar la agudización de las tensiones y los litigios limítrofes pendientes. Los primeros días fueron de inquietud en los ambientes diplomáticos pues la autodenominada Revolución Argentina nombró ministro de Relaciones Exteriores a Nicanor Costa Méndez, embajador en Chile entre noviembre de 1962 y abril de 1964. Aunque había dejado un buen recuerdo en Santiago, se le atribuía una posición dura frente a los hechos de Laguna del Desierto, cuando en una mesa redonda organizada por el porteño cenáculo político de las derechas, el “Ateneo de la República” el 21 de noviembre de 1965, expresó: “El gobierno tiene la obligación de hacer respetar rigurosamente la soberanía argentina; el sentido anti argentino que existe en sectores del pueblo chileno se debe, en cierta forma a un sentido de frustración, derivado en parte de la legítima posesión de la Patagonia, por nuestro país”.^[33] La cercanía de Costa Méndez con la diplomacia franquista permitía allegar más información sobre lo que implicaba su nombramiento para el gobierno chileno:

“En Chile y tanto en los elementos oficiales como políticos se conoce bien a Nicanor Costa Méndez, el nuevo ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina, desde la época en que durante un corto períodos estuvo como embajador en este país. Se sabe que Costa Méndez era golpista y su salida de Chile fue precisamente por no estar de acuerdo con el gobierno argentino de Illia. Sin embargo se tiene una buena opinión de él, se le considera hombre inteligente, preparado y gran amigo de este país aunque se hace un paréntesis en esta amistad, por las palabras que pronunció en contra de Chile con motivo de los incidentes del año pasado”.^[34]

Cuando el 28 de diciembre ocurrió la primera crisis de la dictadura argentina, producto de vacilaciones, aislamiento de la opinión

[33] *Clarín*, 5 de julio de 1966, Buenos Aires. Sobre Costa Méndez informaba el embajador franquista: “Nicanor Costa Méndez no solo ha mantenido conmigo un trato ya antiguo, sino que ha colaborado en la organización de actos y proyectos culturales, acordes con su condición de profesor. Es un hispanista sin declamaciones”, en AMAEE, R. 8.362, exp. 2, Buenos Aires, 8 de julio de 1966, de José María de Alfaro a Fernando María Castiella.

[34] AMAEE, R. 8316, exp. 11, Santiago, 8 de julio de 1966. Asunto: Revolución militar en Argentina. Actitud de Chile, de embajador Miguel de Lojendio a ministro.

pública e incoherencia en el equipo gobernante,^[35] y Onganía pidió la renuncia colectiva de su gabinete, el canciller sobrevivió en el cargo. Su gestión había conseguido sortear rechazos y censuras internacionales que no vieron con buenos ojos la ruptura del orden constitucional tan trabajosamente logrado en la Argentina.

Costa Méndez se definió como “un pragmático”, capaz de ejecutar una política exterior “independiente, libre, con un gran sentido nacional pero sin agresiones ni estruendos innecesarios”.^[36] En febrero de 1967 logró que Buenos Aires fuera confirmada como sede de la III Asamblea Interamericana Extraordinaria de la Organización de Estados Americanos (OEA), a la par que simultáneamente se realizaban la XI de Consulta de los Cancilleres, 5ª Extraordinaria del CIES (Consejo Interamericano Económico y Social), la I de los países de la Cuenca del Plata e informal de la ODECA (Organización de Estados Centroamericanos).^[37] Para Costa Méndez, su mayor éxito fue la reunión de los ministros de Relaciones Exteriores de la Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay, con la cual aspiraba a imponer mayor ejecutividad a la política subcontinental, por fuera de la OEA, a la que veía anquilosada: “Sus sentimientos nacionalistas salen de este modo al paso del obediente integracionismo americano y, además, se da el gusto de limar las pretensiones chilenas”, interpretaba el bien informado embajador español Alfaro.^[38]

Más allá de aquellas reuniones, la Cancillería argentina no acordaba con integraciones regionales, menos llevarlas al plano político, ni con organismos supranacionales para redistribuir las inversiones

[35] Manuel Reimundes, “La intervención militar en la política argentina”, *Primera Plana*, 19 de septiembre de 1967, Buenos Aires, pág. 41.

[36] “Canciller Costa Méndez: La Argentina ante América”, *Primera Plana*, 14 al 20 de febrero de 1967.

[37] El CIES se constituyó en órgano central de la ejecución de los programas de la Alianza para el Progreso, y en el marco de la reforma de la OEA que se discutió en Buenos Aires entonces, fue elevado a la condición de órgano propio, “como uno de los tres consejos de la Organización y al mismo nivel que el Consejo Permanente”, en Uldaricio Figueroa Pla, *Organismos Internacionales*, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1991, p. 518.

[38] AMAEE, R. 8.545, exp. 79, Buenos Aires, 17 de febrero de 1967, n.º 2, reservada. De Alfaro a Fernando María Castiella.

provenientes de los Estados Unidos, como postulaba Frei, probablemente porque se sabía más favorecida por la predilección de los empresarios estadounidenses y no deseaba ser controlada por comisiones.^[39] Además, supeditaba cualquier proceso, a una previa cohesión interna del país, que se consideraba fundamental, “no subordinar la integración argentina a la regional, sino viceversa”.^[40]

¿Puede decirse que los gobiernos de Frei y Onganía mantuvieron una “coexistencia pacífica”?^[41] Al principio, desconfianza y templanza se prodigaron en dosis similares. Los resquemores se disparaban a cada encuentro del canciller Costa Méndez con el embajador británico en Buenos Aires, ante la duda que se intentara incidir en el pedido de arbitraje formulado por Chile e impugnado por la Argentina, para solucionar el problema del canal de Beagle.^[42] Luego, al coincidir en abril de 1968 el comandante en jefe del Ejército, general Julio Ricardo Alsogaray, con su colega chileno, general Luis Miqueles Caridi, el militar argentino reconocía que “la comisión de límites, dependiente del Ejército de aquel país, ha trabajado con evidente espíritu de comprensión”, habiendo sido ello importante para evitar roces. Trascartón, tocó el turno de los resentimientos argentinos cuando se conoció el reequipamiento militar chileno y la construcción de lanchas torpederas para su

[39] *Primera Plana*, 14 de febrero de 1967, Buenos Aires, pág. 14. La noticia era conocida aún en España. Cuando a fines de setiembre de 1966 el periodista argentino Jacobo Timerman se reunió con el ministro de Información y Turismo Manuel Fraga, los directores de las revistas más destacadas de Madrid, incluyendo a Emilio Romero, de gran cercanía con el exiliado Perón, afirmó “la política económica del gobierno argentino no favorecerá nuevos avances en lo que respecta a la ALALC”, en AMAEE, R. 8.362, exp. 1, Madrid, 28 de setiembre de 1966, a José María Alfaro, embajador de España-Buenos Aires.

[40] “Argentina: ¿tiene política exterior?”, en *Panorama*, setiembre 30 de 1969, pág. 14.

[41] Joaquín Fermandois y Michelle León Hulaud, *cit.*, p. 130.

[42] AMAEE, R. 8.959, exp. 9, Buenos Aires, 2 de febrero de 1968, de encargado de negocios a.i. marqués de Robledo a ministro.

Marina;^[43] y chilenos, cuando se supo de las adquisiciones de armas realizadas por el Ejército argentino. La prensa de Santiago, apuntando sobre todo al desembarco de una partida de tanques franceses, advirtió de la reiniciación de una carrera armamentista en el continente.^[44] El agudo observador que era el embajador franquista en Buenos Aires reparaba en que “el golpe militar y la imposición de tendencias más nacionalistas en Buenos Aires redujo el espíritu de colaboración basado en una común aceptación de la integración latinoamericana como ideal”,^[45] caracterizando la relación argentino-chilena sometida a un “constante régimen de fricciones”.^[46]

Los organismos de inteligencia militar de Brasil y Argentina consideraban a Chile un área potencial de peligro. Filtrando esas agencias información a revistas políticas,^[47] desde Buenos Aires *Panorama* apuntaba que “el escaso éxito obtenido por la “Revolución en Libertad” proclamada por el presidente Eduardo Frei puede concluir en un vertiginoso proceso de radicalización de las masas obreras”.^[48] Ya hacia la mitad de la administración democratacristiana se notaban indicios de desbordamiento social, debido a que las propias iniciativas del gobierno aceleraban las exigencias para

[43] AMAEE, R. 10.173, exp.1, Buenos Aires, 19 de enero de 1968, de Eduardo Peña, agregado comercial al marqués de Nerva, Javier Elorza, director general de Cooperación y Relaciones Económicas Internacionales, Ministerio de Asuntos Exteriores.

[44] AMAEE, R. 10.814, exp. 9, Buenos Aires, 22 de febrero de 1969, reservada, de Alfaro a Castiella.

[45] AMAEE, R. 10.057, exp. 15, Iberoamérica, Dirección de Asuntos de Sudamérica, viaje oficial del ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina, dr. Nicanor Costa Méndez, a España. Información general para S.E. el ministro, Madrid, abril de 1969.

[46] AMAEE, R. 12.031, exp. 3, Buenos Aires, 18 de noviembre de 1969, reservada, de Alfaro a Gregorio López Bravo, ministro de Asuntos Exteriores.

[47] Contribución valiosa para pensar a los órganos periodísticos como actores políticos –en esta ocasión refiriéndose a la revista argentina *Confirmado*–, es la de Helder Gordim da Silveira, “Exemplo e ameaça: a consolidação da Ditadura no Brasil nas páginas da revista argentina *Confirmado* (1965-1966)”, *Estudos Ibero-Americanos* n.º 42, mayo-agosto 2016.

[48] *Panorama*, 30 de julio al 5 de agosto de 1968, pág. 15

profundizar los cambios.^[49] En ámbitos militares y civiles afines, tanto de la Argentina como del Brasil –que en cada país se retroalimentaban en sus creencias y prejuicios– se iban recogiendo indicios fuertes que abonaban la percepción en torno a que las fronteras no solo eran una cuestión geográfica a la que atender, sino que portaban un componente ideológico extraño y expansivo con múltiples canales de transmisión que había que controlar.

[49] Sofía Correa-Consuelo Figueroa-Alfredo Jocelyn-Holt-Claudio Rolle Vicuña, *Historia del siglo XX chileno*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 2001, p. 254.

CAPÍTULO 3

Contactos transnacionales: esperanzas y frustraciones

Mientras se manifestaba cautela en las cuestiones oficiales entre ambos países, las expectativas transformadoras que emanaban desde Santiago entusiasmaron a sectores universitarios e intelectuales de la Argentina y Chile, traducidos en acercamientos y mayores dosis de afinidad sociocultural.

Ya desde la época del segundo mandato presidencial del general Carlos Ibáñez entre los años 52 y 58, que coincidió primero con el peronismo,^[1] como luego con el régimen militar liberal que lo sucedió, la diplomacia argentina observó la determinación de Chile para establecer en Santiago distintas entidades y servicios tanto de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), como de la OEA. De hecho, un informe sobre la situación chilena –redactado en la Cancillería porteña en octubre de 1972– señalaba que sus gobernantes tenían plena conciencia de los intereses del país e iniciada la Guerra Fría, ante el peso de la Argentina y Brasil, que habían vuelto “ilusorias las pretensiones chilenas de mantener su hegemonía en el Pacífico Sur”, Chile había buscado “mediante una política persistente, ser el portavoz de América Latina, o al menos, de América del Sur”. Durante el gobierno de Frei, en consistencia con dicho designio, “la Cancillería chilena gestionó con marcado éxito, que Santiago fuera sede de cuanto organismo internacional pensara instalarse en la región, de manera de hacer de su capital una especie de Ginebra latinoamericana”.^[2] Escribe Diego Giller: “En los

[1] Joaquín Fermandois, “Entusiasmo y desconfianza. Populismo y relaciones internacionales en el caso Perón-Ibáñez, 1953-1955”, *Ayer* n.º 98 (2)2015.

[2] Archivo Histórico de la Cancillería de la República Argentina (en adelante AHCRA), Fondo E, AH/0028. Informe sobre Chile a requerimiento de Memorandum n.º 179 de la Dirección General de Política, 23 de octubre de 1972.

‘años optimistas de la década del cincuenta’ –la expresión es de dos Santos (1970) – se instalaron en Chile las principales instituciones que acompañaron, apoyaron y financiaron las más importantes investigaciones sobre desarrollo económico”,^[3] en particular, la CEPAL, funcionando en Santiago desde 1948,^[4] las oficinas latino-americanas de la ONU para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y para la Alimentación y la Agricultura (FAO). Chile se convirtió así en un foro de debate y discusión entre cientistas sociales, intelectuales y periodistas en torno al desarrollo y las formas de alcanzarlo.^[5] Apoyados por subsidios provenientes del gobierno de Frei, como después por el de Allende y por fundaciones privadas,^[6] aquellos organismos y otros como la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO),^[7] conformaron un paisaje creativo de pensamiento social latinoamericanista.^[8] Añade Giller:

-
- [3] Diego Giller, *Los años dependentistas. América Latina, Dialéctica de la dependencia y alrededores*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, 2018, p. 15.
- [4] Sobre la instalación de la CEPAL en Santiago durante el primer semestre de 1948, ver: *Contribución de la Biblioteca Cepal/Ilpes con motivo del Cuadragésimo Aniversario de la creación de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, enero de 1988.
- [5] Véase Eduardo Devés Valdés, *Redes intelectuales en América Latina. Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, Santiago, Universidad de Santiago-IDEA, 2007, ps. 93-194; Ivette Lozoya López, *Intelectuales y revolución. Científicos sociales latinoamericanos en el MIR chileno (1965-1973)*, Santiago, Ariadna Ediciones, 2020.
- [6] Véase Carlos Fernando Quesada, *La Universidad desconocida. El convenio Universidad de Chile-Universidad de California y la Fundación Ford*, Mendoza, Editorial Universidad Nacional de Cuyo, 2016; Carlos Fernando Quesada, “Chile y la Fundación Ford en la Guerra Fría Global”, *Cuadernos de Marte* n.º 18, 2020.
- [7] Fernanda Beigel, “La FLACSO chilena y la regionalización de las ciencias sociales en América Latina (1957-1973)”, *Revista Mexicana de Sociología* n.º 71, 2009.
- [8] Fernanda Beigel, “La institucionalización de las ciencias sociales en América Latina: entre la autonomía y la dependencia académica”, en Fernanda Beigel (compiladora), *Autonomía y dependencia académica. Universidad e investigación científica en un circuito periférico: Chile y Argentina (1950-1980)*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2010.

“Chile, que se había ofrecido como plaza privilegiada para el desarrollo de los estudios sobre el desarrollo, también lo fue para las investigaciones dependientistas. A mediados de los años sesenta, en un contexto latinoamericano signado por la instalación en efecto cascada de una serie de regímenes políticos autoritarios, arribaron allí una gran cantidad de académicos, investigadores, docentes, militantes y políticos que debían abandonar sus países de origen”.^[9]

Respecto a Santiago, Morales Martín afirma que “en aquella ciudad se entrelazaron dos dinámicas que terminaron por diseminarse en múltiples espacios académicos y extra-académicos: las redes intelectuales articuladas a partir de los organismos internacionales y la circulación de las ideas en el mundo periférico”.^[10] Es justo decir entonces que la capital chilena –hasta el golpe que depuso a Allende en septiembre de 1973– se constituyó en un vector de irradiación regional e internacional de nuevas tendencias y teorías sociales y de circulación de agentes estatales, no estatales y para estatales.^[11] Puede que uno de los exponentes más destacados de aquellos actores transnacionales, haya sido el sociólogo y futuro presidente del Brasil Fernando Henrique Cardoso, que arribó a Santiago en mayo de 1964, escapando del golpe militar contra Goulart, para incorporarse como subdirector de la División de Planificación Social del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES).^[12]

[9] Diego Giller, *Los años dependientistas*, cit., p. 29.

[10] Juan Jesús Morales Martín, “Entre la ciencia y la política: la forja de la elite intelectual latinoamericana”, *Política/Revista de Ciencia Política*, n.º 54, 2016, pág. 161.

[11] Fernanda Beigel, “Chile: un centro periférico para la internacionalización de las Ciencias Sociales latinoamericanas y la construcción de un prestigio académico regional (1953-1973)”, *Revista de la Red Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea (Segunda Época)* n.º 1, Córdoba, diciembre 2013-mayo 2014, pág. 104.

[12] Juan Jesús Morales Martín, “De los aspectos sociales del desarrollo económico a la teoría de la dependencia: sobre la gestación de un pensamiento social propio en Latinoamérica”, *Cinta moebio* n.º 45, 2012, pág. 239.

CAPÍTULO 4

Una “noche de los bastones largos” a la chilena

No todas las experiencias de recepción y refugio de universitarios, científicos e intelectuales resultaron exitosas durante el gobierno de la Democracia Cristiana. Tal fue el “caso de los profesores argentinos”. En julio de 1966, Luis Aguirre Le-Bert, director del Departamento de Geología de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, recibió un llamado telefónico del decano, Enrique d’Etigny, solicitando antecedentes del docente de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Félix González Bonorino,^[1] quien se había contactado con él desde la Argentina para consultar sobre la posibilidad de ser acogido en la Universidad de Chile. La sorpresa de Aguirre fue mayúscula ¿por qué el geólogo latinoamericano más talentoso de la época buscaba refugio en Chile?

Luego del golpe militar del 28 de junio, el decreto-ley 16.912 de 29 de julio suprimió la autonomía universitaria, prohibiendo la actividad política en todas las facultades y anulando el gobierno tripartido en las casas de altos estudios argentinas. En un discurso transmitido por cadena nacional de radiotelevisión, el ministro del Interior, Enrique Martínez Paz, advirtió que en 1958 –durante la presidencia de Arturo Frondizi– las universidades del país habían sido “estructuradas con un criterio marxista, convirtiéndose así en instrumentos de grupos extremistas que las apartaban de su misión fundamental”.^[2] La intervención fue especialmente violenta en la

[1] Víctor A. Ramos, “Félix González Bonorino: el geólogo que cambió la Historia”, *Historia Natural* n.º 13, 2023

[2] AMAEE, R. 8.311, exp. 41, Buenos Aires, 9 de septiembre de 1966, de José María Alfaro a ministro. Aquella persuasión no era peregrina: en enero de 1967 el subcomité de Asuntos Americanos, perteneciente al comité de

Universidad de Buenos Aires y sería recordada como la “Noche de los bastones largos”:^[3] allí radicaba la razón de la petición de amparo. La violencia policial se ensañó con los estudiantes, sacados por la fuerza, con las manos en alto y algunos ensangrentados a fuerza de golpes de porras, de las cinco facultades que habían ocupado para resistir la administración extraña que se les imponía. De la represión no se salvó el profesor estadounidense Warren Ambrose, contratado por la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales para dictar un curso. Ello contribuyó a darle “una resonante notoriedad internacional”, produciéndose además como consecuencia inmediata una “masiva oleada de renuncias por parte de gran parte del cuerpo docente de la FCEN, de la vecina Facultad de Arquitectura y de algunos centros tanto de Buenos Aires como del interior”, según relata Tomás Buch.^[4] A González Bonorino se sumaron otros dos geólogos, Amílcar Herrera y Aristides Romero. Con el apoyo del rector de la Universidad de Chile, Eugenio González Rojas, se iría configurando una operación de mayor alcance en auxilio de los

Relaciones Exteriores del Senado estadounidense había publicado un estudio titulado *Insurgency in Latin America*, que formaba parte de un examen general de la cuestión encargado por la Alianza para el Progreso, siendo su autor el profesor de la universidad de Indiana, David Burks. Convocado en marzo de 1968 a informar en el *subcommittee* en Washington junto con el profesor Ernest Halperin, de la universidad de Miami y autor del libro *Nationalism and Communism in Chile* (1965), dijo respecto a los universitarios latinoamericanos: “If the peasants have not yet welcomed nor joined the bearded guerrillas, the students generally have. in great part the minority of students who have headed for the mountains have done so because they see no way of forcing existing institutions to accommodate to basic or structural reform. The students are not lower class and they do not voice lower class aspirations for the most part. Indeed, the student activists come from middle and upper class families. After they leave the university most of them abandon their revolutionary tendencies as they are assimilated by adult society”, en *Survey of the Alliance For Progress. Hearings before the Subcommittee on American Republics Affairs of the Committee on Foreign Relations*. United States Senate. Ninetieth Congress. Second session, 27, 28, 29 de febrero, 1, 4, 5 y 6 de marzo, 1968, Washington, US Government Printing Office, 1968, pág. 173.

[3] Osvaldo Aguirre, “La noche de los bastones largos. 1966: el asalto a la universidad pública”, *Todo es Historia*, 2006, agosto, 469.

[4] Tomás Buch, “El caso de los científicos expulsados de Chile”, *Todo es Historia* n.º 441, abril 2004, pág. 43.

universitarios perseguidos por la dictadura. La Universidad de Chile, la Universidad de la República de Uruguay y la Universidad San Marcos de Perú, se comprometieron a ofrecer trabajo a los docentes argentinos en los denominados Acuerdos de Montevideo.^[5]

Aunque para la dictadura argentina el problema universitario le generó descrédito interno y externo, ello no pareció contrariar demasiado a sus gestores. “La batalla de la universidad” resultaba necesaria para el régimen ya que las “infiltraciones marxistas habían echado raíces bastante profundas”, en opinión de los generales. A los sucesos en Buenos Aires, le siguieron semanas de permanentes refriegas en la tradicional Universidad de Córdoba, siendo clausurada indefinidamente en el mes de septiembre, lo cual significaba la pérdida de un año académico para la gran masa de estudiantes. El embajador Alfaro escribió para su ministro una significativa crónica:

“La otra noche, en una comida íntima con cuatro generales -entre los que se encontraba el materializador del golpe, general Pistarini- se expresaron incluso con cierta alegría frente a la cuestión. El general Iavicoli, jefe del Estado Mayor, llegó a decirme -en un aparte- que casi era una ventaja la resistencia ofrecida por parte de los claustros, ya que esto permitía hacer una limpieza más a fondo en los cuadros marxistas del profesorado”.^[6]

A Chile llegó un grupo de alrededor de setenta profesores y profesoras con sus familias, Buch habla de ochenta, incluyendo docentes auxiliares. Se trataba sobre todo de científicos formados (físicos, químicos, geólogos, biólogos, médicos, paleontólogos, antropólogos, ingenieros) y algunos estudiantes de doctorado. Se instalaron en la Universidad de Chile, en la Universidad Técnica del Estado y en dependencias del Ministerio de Educación.^[7] La iniciativa contó con el apoyo presupuestario del exrector y ministro

[5] Luis Aguirre Le-Bert y Carlos Díaz Uribe, “El caso de los profesores argentinos (febrero de 1969)”, *Cuadernos de Beauchef* n.º 6.2022, pág. 143.

[6] AMAEE, R. 8.362, exp. 2, Buenos Aires, 9 de setiembre de 1966, n.º 30, reservada, de Alfaro a Fernando María Castiella.

[7] Patricio Aceituno G, “Profesores argentinos en la FCFM: una historia de colaboración universitaria que terminó mal”, en *Noticias, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas*, Universidad de Chile, 19 de noviembre de 2018 [en línea] [consultado: 1 de abril de 2019].

de Educación, Juan Gómez Millas y durante los primeros meses, de un generoso aporte de la Fundación Ford. Aquella “migración ordenada”, como la califican Braslavsky y Carnota, había sido aprobada por el presidente Frei, según informaba el encargado de la oficina en Buenos Aires de la Fundación, John Nagel. Dicho éxodo científico despertó suspicacias en medios nacionalistas argentinos, alarmando a Ford con la posibilidad de estorbar la venta de camiones de la empresa que se negociaba con la dictadura de Onganía. No obstante, era una manera de tenerlos controlados: “Nagel sostuvo en esos meses diversas entrevistas oficiales. La principal fue con el canciller Costa Méndez quién le dijo que estaban muy contentos de que los profesores renunciantes estuvieran “en manos de la FF” ya que esto iba a mejorar las relaciones Norte-Sur y la integración del hemisferio”.^[8] A fines de los años sesenta y en consonancia con la efervescencia mundial y el incremento de reivindicaciones político-sociales, así como por efecto de las transformaciones iniciadas con la llegada del gobierno demócratacristiano, las universidades chilenas iniciaron un proceso de transformación de sus estructuras y quehacer con vistas a una democratización de sus bases de poder y un real compromiso con la realidad del país.^[9] Uno de los aspectos más conflictivos fue la cuestión del cogobierno, es decir otorgar derechos a los estudiantes en la toma de decisiones sobre las políticas universitarias. Dicho objetivo precipitó el proceso de reforma de la Universidad de Chile y la diferencia de criterio al respecto terminó con la renuncia del rector Eugenio González, en mayo de 1967, constituyéndose múltiples comisiones en todas las facultades cuyo trabajo, en último término, buscaba la elaboración de un nuevo Estatuto.

Al principio, los profesores argentinos se abstuvieron de participar en los debates, pero progresivamente se incorporaron y con sus votos apoyaron las posiciones más progresistas. Es que: “gran parte de los profesores y docentes auxiliares renunciantes estaban animados de un genuino idealismo en cuanto al papel que estaban destinados a jugar en el desarrollo nacional, además de poseer

[8] Silvia Braslavsky y Raúl Carnota, “Operación Rescate y vocación latino-americanista”, *La Mensula* n.º 32, octubre 2019, pág. 9.

[9] Véase Carlos Huneeus, *La Reforma en la Universidad de Chile*, Santiago de Chile, Corporación de Promoción Universitaria, 1973.

una fuerte vocación ‘latinoamericanista’”. De hecho, se lograron “trasplantes” de equipos enteros de investigación no solo en Chile, sino también en Venezuela y Perú. Otros, de forma individual emigraron a los países más desarrollados de Europa o a Estados Unidos “donde muchos realizaron carreras brillantes”.^[10] En enero de 1969, el nuevo rector Ruy Barbosa anunció en el Consejo Universitario que los fondos del Ministerio de Educación destinados al pago de los profesores argentinos habían sido suspendidos por el gobierno, pese a lo cual el Consejo decidió renovar los contratos, así como denunciar la medida a través de una declaración de la comunidad universitaria. En palabras del decano de la Facultad de Ciencias, Mario Luxoro, “existía un compromiso moral”.^[11]

Aunque se pensó que el receso por vacaciones de verano en febrero calmaría los ánimos, el gobierno de Frei canceló los permisos de residencia de catorce profesores: debían abandonar el país en un plazo de setenta y dos horas y entre ellos se encontraban Amílcar Herrera y Arístides Romero. Una medida que, de acuerdo con Luis Aguirre, había sido calculada por el gobierno ya que en febrero la universidad estaba prácticamente vacía y de esta manera se evitaría la posibilidad de altercados.^[12] Tanto Aguirre como Carlos Díaz, director de la Escuela de Ingeniería de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, interrumpieron sus vacaciones y volvieron de inmediato a Santiago y junto a Sergio Droguett, director del Departamento de Ingeniería Química, lograron reunirse con el ministro de Educación, Máximo Pacheco –nombrado en marzo de 1968 para substituir a Gómez Millas– quien esquivó dar explicaciones, “aparte de aludir vagamente a razones de seguridad nacional”. En una segunda reunión, esta vez con el subsecretario del Interior, Juan Achurra, este les informó que existía una carta firmada por académicos de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, denunciando la participación de algunos de los profesores argentinos en actividades incompatibles con el permiso de residencia. Sobre dicha base el Consejo Superior de Seguridad

[10] Buch, *cit.*, p. 43.

[11] Alfredo Jadresic, *Historia de Chile en la vida de un médico*, Santiago de Chile, Catalonia, 2007, p. 133.

[12] Luis Aguirre Le-Bert y Carlos Díaz Uribe, *cit.*, p. 153.

Nacional (CONSUSENA) había decidido tomar la medida, si bien el subsecretario se negó a precisar de qué actividades se trataba. Para Aguirre, ello revelaba la tensa situación que vivía la Democracia Cristiana, entre la directiva del partido y los sectores jóvenes, “a consecuencia de la derechización del gobierno de Eduardo Frei en la segunda mitad de su mandato”.^[13] Las acusaciones contra los argentinos –siempre siguiendo a Luis Aguirre–, no hacían sino azuzar la preocupación del gobierno ante un eventual triunfo de la izquierda en las próximas elecciones presidenciales de 1970.

Interin, los profesores argentinos se trasladaron a la Facultad de Ciencias y Artes Musicales, en pleno centro de Santiago y a ellos se unieron algunos profesores, sobre todo de la Facultad de Filosofía y Educación, amén de funcionarios y estudiantes, que en su mayoría eran militantes de izquierda. En vista al desacato de la medida tomada por el gobierno, los profesores argentinos fueron **declarados en rebeldía** y el 24 de febrero el ministro del Interior **decretó** su expulsión. En la Facultad de Música la situación se volvió tensa en extremo; se temía un desalojo violento de los carabineros y se establecieron cinturones de protección organizados por los jóvenes y profesores chilenos.^[14] De hecho, “las calles centrales colindantes entre la Casa Central de la Universidad de Chile y la Facultad de Ciencias y Artes Musicales fueron cercadas con soldados y pertrechos militares”.^[15] A todas luces, una exageración que hacía recordar a la argentina “Noche de los bastones largos”.

El rector convocó a una sesión del Consejo Universitario con carácter de urgencia, el mismo día 24 de febrero, e informó que había recibido una comunicación del ministro del Interior en la que se indicaba que la expulsión se haría efectiva en la madrugada del 25. Analizada la situación, el Consejo rechazó por mayoría la medida decretada “y su adhesión al principio de que todo imputado tiene derecho a defenderse”.^[16] Con dicho objetivo autorizó al rector y al secretario general de la Corporación a requerir información

[13] Luis Aguirre Le-Bert y Carlos Díaz Uribe, *cit.*, p. 154.

[14] Luis Aguirre Le-Bert y Carlos Díaz Uribe, *cit.*, p. 155.

[15] Alfredo Jadresic, *cit.*, p. 134-135

[16] “Proyecto de declaración del Consejo Universitario a propósito de la expulsión de catorce profesores argentinos”, *Anales de la Universidad de Chile*, Universidad de Chile, (julio- septiembre, 1968), pág. 229.

del propio presidente de la República. La reunión se realizó esa misma noche en Viña del Mar, donde se encontraba Frei, ciudad a la que las autoridades universitarias se trasladaron en un helicóptero facilitado por el gobierno. Del primer mandatario escucharon una larga exposición sobre problemas vinculados a la seguridad del país, así como garantías de respeto a la autonomía de la Universidad y su proceso de reforma; empero, “informes de diverso origen lo obligaban a mantener irrevocablemente la decisión”.^[17] Insistió en que el gobierno no formulaba cargos de espionaje contra los afectados, la prensa, de hecho, los rotulaba de “docentes espías”^[18] y los caricaturizaba como los “profes 007”.^[19] Frei añadió que para evitar mayores daños, “estaba dispuesto a aceptar que salieran de Chile en libertad, sin medida de expulsión y sin vejamen alguno, al país que libremente eligieran y con cargo a fondos del Gobierno”.^[20] Asimismo, aceptó el requerimiento del rector de suspender el cumplimiento de la orden de expulsión hasta que el Consejo fuera informado de la entrevista. Otra arista del encuentro es la que ofrecen los recuerdos del catedrático chileno de Física Miguel Kiwi Tichauer, para quien “después de muchos días de gran tensión, en una conversación final, entre el rector de la Universidad de Chile y el presidente de la República, este le manifestó que lo que estaba en juego era la estabilidad del gobierno”.^[21]

El Consejo se reanudó la madrugada del día 25 y el rector, al informar sobre la entrevista y habida cuenta de que la medida no sería revocada, manifestó que “resultaba más conveniente que los profesores argentinos dejaran el país en cuanto la Universidad

[17] “Proyecto de declaración del Consejo Universitario a propósito de la expulsión de catorce profesores argentinos”, *cit.*, pág. 229.

[18] “Expulsados. Desde Chile, con rencor”, en *Panorama*, 18 de marzo, 1969, pág. 9.

[19] Tomás Buch, *cit.*, p. 54.

[20] “Proyecto de declaración del Consejo Universitario a propósito de la expulsión de catorce profesores argentinos”, *cit.*, pág. 229.

[21] “Gobierno argentino distinguió al Profesor Miguel Kiwi”, en <https://uchile.cl/noticias/98182/gobierno-argentino-distinguió-al-profesor-miguel-kiwi>. Publicado el miércoles 15 de enero de 2014, rescatado el 2 de enero de 2024. También Buch, 2004, *cit.* pág. 52.

lograra, con el ministro del Interior, condiciones honorables para ello”, solución que no concitó las voluntades de modo unánime.^[22]

Entonces el rector propuso al ministro el retiro de la fuerza policial de la Facultad de Música, dejando a los profesores permanecer en libertad, el compromiso de estos de dejar el país con fecha máxima 8 de marzo y la derogación del decreto de expulsión. Ninguna de estas bases del acuerdo serían respetadas por el ministro Edmundo Pérez Zujovic. Aunque los docentes argentinos salieron pacíficamente del recinto universitario, fueron detenidos y puestos bajo arresto domiciliario, “con allanamientos y vejámenes, desde el momento en que los profesores García Romeu y Choren fueron incomunicados en la misma mañana en el Cuartel de Investigaciones y expulsados del país con destino a la República Argentina, sin previa consulta”.^[23] Los demás tuvieron que irse en plazos muy breves, el Gobierno no se hizo cargo de los gastos y el decreto no fue derogado.

Los hechos expuestos, más que representar una grave amenaza *per se*, develan a través de las expresiones del Consejo Universitario, la mudanza en las apreciaciones que venía operándose en las altas esferas políticas del país, en plena democracia:

“La Universidad de Chile estima indispensable fijar su posición ante el problema de la seguridad nacional y al modo como este concepto puede repercutir en la investigación científica, que es, sobre todo en la Universidad, libre por esencia. No es ocioso hacerse eco, para este propósito, de una distinción difundida en los últimos años, especialmente desde círculos castrenses que gobiernan algunos países de América Latina, entre seguridad interna y seguridad externa. Ella no se superpone a la que hace el Derecho Público vigente, para el cual la primera es la seguridad del Estado y la segunda la de las fronteras geográficas y de la integridad del territorio. Pretende más bien hacer corresponder la primera al supuesto riesgo envuelto en el modo como la ciudadanía gesta su propia evolución política y forja las soluciones adecuadas a

[22] Se abstuvo el decano de la Facultad de Medicina, y se opusieron el presidente de la Comisión Central de Reforma, el presidente de la Mesa Directiva de los Plenarios de Reforma y el representante estudiantil.

[23] “Proyecto de declaración del Consejo Universitario a propósito de la expulsión de catorce profesores argentinos”, *cit.*, pág. 230.

su destino histórico, y la segunda al peligro de ataque armado a sus fronteras por parte de naciones extrañas, generalmente limítrofes.

Así entendida la distinción, la llamada seguridad interna no aparece referida a fronteras geográficas sino ideológicas y en su nombre deberían prevenirse artificialmente las causas del descontento social, económico y político; favorecerse la infiltración de agentes del orden establecido en las organizaciones populares de toda índole; reprimirse a los elementos presuntamente revoltosos e impedirse su permanencia en el territorio si son extranjeros, etcétera. Por el bien del país, la Universidad de Chile no entiende que, so pretexto de esa clase de seguridad, pueda tenerse por legítima la conculcación de las libertades públicas, así sea respecto de chilenos o de extranjeros, ni estima admisible -por el bien de la propia Universidad- que la autoridad gubernamental, policial o militar se arrogue el derecho de inmiscuirse en sus planes científicos y de atentar en contra de quienes -chilenos o extranjeros- deben, por encargo suyo, realizarlos. Chile es una nación pacífica y su seguridad interna estriba realmente en el impulso a su progreso y a la solución de sus problemas fundamentales”.^[24]

Siguiendo a los autores chilenos Aguirre y Díaz, el promotor de las drásticas medidas fue Edmundo Pérez Zujovic, quien pareció “detentar un poder omnímodo e incuestionable”. El incidente agravó las relaciones entre bandos políticos opuestos al interior de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas y paulatinamente, los profesores no expulsados fueron abandonando el país “creando así dudas en la comunidad académica internacional acerca de la conveniencia de establecer programas de intercambio con instituciones académicas chilenas”.^[25] Después del 11 de septiembre de 1973, Aguirre, Díaz y Droguett tuvieron que salir de Chile. Resulta esclarecedora y coincidente con el testimonio de sus colegas chilenos, la opinión del investigador químico, fundador de INVAP (Investigaciones Aplicadas), sociedad del estado que con sede en San Carlos de Bariloche desarrolló -y aún lo hace- productos tecnológicos de avanzada -incluyendo reactores nucleares- e historiador de la ciencia Tomás Buch. Hijo de un matrimonio de judíos socialistas, nacido en Berlín y refugiado en la Argentina junto con sus

[24] “Proyecto de declaración del Consejo Universitario a propósito de la expulsión de catorce profesores argentinos”, *cit.*, pág. 231.

[25] Aguirre Le-Bert y Díaz Uribe, *cit.*, p. 162-163.

padres desde agosto de 1938, donde se naturalizó, Buch concluye que la idea del gobierno chileno era que se fueran todos los investigadores científicos argentinos y no solo los 14 seleccionados. Sintetiza en tres los probables móviles, comenzando por los de tipo universitario:

“los físicos de la Facultad de Ingeniería tenían conexiones con el Ejército y probablemente fueron lo suficientemente hábiles como para estimular los reflejos anti argentinos de los militares, e impulsarlos a que presionasen sobre el gobierno. Por otra parte, los sectores de la derecha civil chilena tampoco veían con muy buenos ojos la presencia de tantos “ches” en el seno de una universidad más o menos soliviantada contra el orden académico establecido. Por otra parte, no había temores de que el *affaire* suscitase problemas internacionales ya que por cierto Onganía no defendería a “sus sabios”, e incluso probablemente sus personeros se sintieron secretamente satisfechos por el fracaso del experimento del “trasplante” de materia gris latinoamericana”.^[26]

Aquellos penosos acontecimientos no llegaron a cuestionar la condición de Santiago como vanguardista centro de recepción de académicos e incluso de instituciones internacionales, pero sentaron un claro antecedente de la actuación estatal frente al fenómeno transnacional. No obstante, con la expectativa de un mayor giro revolucionario, Chile se iría convirtiendo en territorio de cobijo de refugiados políticos. El triunfo electoral de Allende sería la señal.

[26] Tomás Buch, *cit.*, p. 54.

CAPÍTULO 5

Insurrecciones y tránsito guerrillero

Bajo el asombro de la fracasada operación insurgente que se alzó en la zona de Santa Cruz de la Sierra en Bolivia a fines de 1966, y la ejecución sumaria de Ernesto “Che” Guevara en octubre de 1967, la cuestión guerrillera en la Argentina se volvió asunto de cada vez mayor entidad. Si en sus albores, a fines de la década del cincuenta, la filiación peronista caracterizaba a los protagonistas de sendos movimientos contestatarios, el comunismo parecía haber inficionado otros tantos núcleos revolucionarios. Ello se venía viendo de manera circunscripta, con grupos de exiliados que desde territorio argentino y uruguayo se alzaron contra la dictadura de Stroessner, constituyendo partidas guerrilleras que actuaban en las zonas fronterizas, haciendo incursiones a territorio paraguayo. Muchos de los combatientes pertenecían al Movimiento 14 de Mayo para la Liberación del Paraguay, sindicado como comunista: ya en 1961 el Ejército argentino había descubierto en una quinta en los alrededores de la ciudad de Corrientes, “una escuela de guerrilleros comunistas, en la que seguían sus cursos unos quince individuos de nacionalidad argentina y paraguaya (...). En las clases se indicaba como establecer contacto con “las fuerzas burguesas y el Ejército”, e incluso el modo de atraer a los campesinos para levantarse contra la dictadura paraguaya, “instrumento del imperialismo norteamericano”.^[1] La frontera argentino-boliviana también experimentó el creciente fenómeno insurgente. Por ejemplo, durante 1964 se produjeron diversos choques entre las fuerzas del gobierno de Illia y “grupos guerrilleros de tipo castrocomunista en la región de Salta al sudoeste del departamento de Orán. Gran parte de los integrantes de las guerrillas murió en el curso de los combates y el resto fue tomado prisionero y procesado”. Para septiembre la Justicia Federal

[1] AMAEE, R. 6.543, exp. 44, Buenos Aires, 22 de marzo de 1961, de Alfaro a ministro.

dictó sentencias de prisión, las más extensas a dos encausados por “homicidio contra otro guerrillero”.^[2] Años después, cuando en octubre de 1968 eran trasladados a Buenos Aires “catorce guerrilleros sorprendidos en Taco Ralo, Tucumán”, el Ministerio del Interior catalogaría a los integrantes como “castrocomunistas, aunque se dicen peronistas”.^[3]

Lo ocurrido en Bolivia con el foco guevarista persuadió a distintas policías de investigaciones de la región que “la subversión está ‘montada a escala continental’”.^[4] A su vez, comandantes en jefes de Ejércitos sudamericanos deliberaban sobre las violentas protestas universitarias de México de julio de 1966 o de agosto en Uruguay, de Bolivia, de Brasil y examinaban la idea de una fuerza común para reprimir las insurgencias campesinas, obreras y ahora estudiantiles. Se perfilaba una “terrible decisión, algunos tendrán que pelear contra sus propios hijos”.^[5] En marzo del ‘68, el presidente Onganía convocó a todo el gobierno y jefes militares a la residencia de Olivos. Al tratar temas de política internacional advirtió que el problema del comunismo no estaba superado, como parecía decirse en algunos países europeos, siendo muy distinta la situación en América Latina y en la Argentina:

“hizo una curiosa alusión a los Estados Unidos sin nombrarlos, diciendo que la estrategia del líder del mundo libre, por cierto completamente desconocida para nosotros, no tiene sin duda su centro de gravedad dirigido hacia esta parte del mundo, ni en cuanto al desarrollo ni en cuanto a la seguridad”.^[6]

Es que cada vez más graves incidentes venían ocurriendo en las principales ciudades argentinas desde la muerte a manos de la policía en Córdoba del obrero y militante estudiantil Santiago Pampillón, acaecida en septiembre de 1966. Los recordatorios a Pampillón se repitieron, como los ocurridos en junio de 1968 en La Plata, Rosario y Córdoba, donde se “logró unificar a estudiantes

[2] AMAEE, R. 8.316, exp. 10, Buenos Aires, de Alfaro a ministro.

[3] *Primera Plana*, 1 de octubre de 1968, pág. 18.

[4] “Nueva guerrilla, viejo fantasma”, *Panorama*, 24 al 30 de septiembre de 1968, pág. 14.

[5] *Primera Plana*, 1 de octubre de 1968, pág. 29.

[6] AMAEE, R. 9418, exp. 27, Buenos Aires, 8 de marzo de 1968, de Alfaro a ministro.

y obreros en una misma línea de acción antigubernamental”.^[7] El espiral de violencia se fue nutriendo de falta de idoneidad en el ejercicio del gobierno en algunas universidades, desconocimiento de los reclamos juveniles, brutal represión policial, atropello de las autonomías provinciales, imponiéndoseles para regirlas a “extraños al medio o provenientes de los sectores más conservadores de las mismas”.^[8] En mayo de 1969 disturbios mayores envolvieron ciudades como Corrientes y Rosario, y alcanzaron su mayor intensidad en Córdoba el día 30. La crónica de la revista *Panorama* puntualizaba:

“La Argentina del orden y la estabilidad, inmóvil, suspendida en el espacio y ajena a las leyes de la dinámica, entró en acelerado proceso de cambio. La aparente inercia fue rota por la irrupción de tres fuerzas sociales que surgen como protagonistas de una nueva realidad nacional: los trabajadores, los estudiantes, los sacerdotes”.^[9]

Para *El Mercurio* de Santiago, se trataba del fin de “la Pax Onganía” es decir, “la quiebra de la tranquilidad pública en todos los niveles de la vida nacional” que había prevalecido desde el golpe militar. De acuerdo con el rotativo, resultaba contradictorio que la crisis ocurriera en momentos en que la economía se encontraba en buen nivel. Un auge de la dictadura que no resistiría el embate.^[10] Para el diario *El Siglo* expresión del –Partido Comunista chileno– a la par que apuntaba que el gobierno de la Revolución Argentina perdía “respaldo y capacidad de maniobra”, “los trabajadores se han visto fortalecidos al comenzar, por primera vez en dos años, las acciones conjuntas de las dos centrales obreras en que se encuentra dividido el movimiento sindical argentino”.^[11] Para algunos, a pesar de la represión aplicada por el régimen militar, el levantamiento iniciado en Córdoba tuvo un efecto demostración (alzamientos populares, protesta estudiantil y huelgas) que de manera progresiva

[7] *Panorama*, 24 al 30 de septiembre de 1968, pág. 8.

[8] Natalio Botana – Rafael Braun – Carlos A. Floria, *El régimen militar. 1966-1973*, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1974, ps. 58-63.

[9] “Córdoba: el estallido de una frustración argentina”, *Panorama*, 24 de junio, 1969, pág. 46.

[10] “Inquietudes Argentinas”, *El Mercurio*, 30 de mayo de 1969, Santiago.

[11] “30 muertos y centenares de heridos”, *El Siglo*, 1 de junio de 1969, Santiago.

dio paso a la conformación de guerrillas urbanas.^[12] Para otros, significó el inicio de una “guerra civil revolucionaria”.^[13]

Las ideas guevaristas sobre la lucha guerrillera habían penetrado en las izquierdas de la región.^[14] En Chile influyeron sobre todo en aquellos sectores del socialismo de mayor ímpetu rupturista,^[15] siendo expresión de dicho ascendente la formación de una sección del Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Ernesto ‘Che’ Guevara, los elenos, que contó entre sus integrantes a la hija de Salvador Allende, Beatriz.^[16] En la Argentina también se había creado un grupo compuesto en su mayoría por excomunistas, que viajaron a Cuba en 1967 para entrenarse y respaldar a la guerrilla

[12] La compleja trama de agrupaciones que optarían por la lucha armada en Argentina, incluía a: peronistas-marxistas o peronistas de izquierda –sin que fueran lo mismo–; otras marxistas-leninistas; el Ejército Revolucionario del Pueblo, de ideas trotskistas-guevaristas.

[13] Véase Gustavo Rodríguez Ostría, “El legado del Che. Del Ejército de Liberación Nacional al Partido Revolucionario de los Trabajadores en Bolivia (1967-1977)”, y Vera Carnovale, “El legado guevarista en la izquierda armada argentina: foquismo y ética sacrificial”, ambos en *Políticas de la Memoria*, 2018/2019, pág. 18.

[14] La naciente “teoría del foco” tendría como puntos nodales postulados tales como que un ejército popular podía triunfar sobre un ejército profesional, que la guerrilla debía ser rural y que no había que esperar a que estuvieran reunidas todas las condiciones para actuar, pues situaciones subjetivas podían ser creadas. Elucubrada primero por el propio Guevara dicha teoría, el periodista francés Régis Debray la popularizaría, en su célebre texto *¿Revolución en la revolución?* (1966), siendo objeto de inagotables debates en el continente. Los postulados del foquismo quedaron plasmados en varios textos de Guevara, en especial en *La guerra de guerrillas* (1960) y *Guerra de guerrillas: un método* (1963). Véase Vera Carnovale, “El legado guevarista en la izquierda armada argentina: foquismo...”, *cit.*, p. 138. Señala la documentación española, respecto al campamento descubierto en Corrientes en 1961: “entre los documentos secuestrados figura la obra del ‘Che’ Guevara titulada ‘La guerra de guerrillas’ y ‘Algunas indicaciones para la defensa táctica’, que se especifica como documento secreto, el que solo se da a los instructores bajo juramento”, en AMAEE, R. 6.543, exp. 44, Buenos Aires, 22 de marzo de 1961, de Alfaro a ministro.

[15] Pedro Valdés Navarro, *El compromiso internacionalista. El Ejército de Liberación Nacional. Los elenos chilenos 1966-1971. Formación e identidad*, Santiago, LOM editores, 2018, p. 15.

[16] Harmer, 2016, *cit.* Y específicamente, *Beatriz Allende: a Revolutionary Life in Cold War Latin America*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2020.

de Guevara. El objetivo de ambas agrupaciones había sido preparar la retaguardia para el ELN Boliviano, en conjunto con la red de apoyo regional desarrollada por gente de confianza del “Che”.^[17]

Chile, rodeado de dictaduras militares, se fue convirtiendo en una suerte de santuario para los revolucionarios perseguidos.^[18] Además de sobrevivientes de la guerrilla del “Che” que llegaron durante el gobierno de Frei –entre ellos, tres cubanos que fueron acompañados hasta Tahití por el presidente del Senado, Salvador Allende–, arribaron decenas de fugitivos, ya legales o ilegales. Como sería el caso de un grupo de brasileiros que ingresó, dos meses antes de la elección presidencial de septiembre de 1970, por el paso de Ollagüe, en el norte del país.^[19]

A mediados de 1967 ya se había descubierto una escuela de guerrillas en Nahuelbuta (sector cordillerano de la Araucanía, en el sur chileno) que determinó una estricta vigilancia policial en la zona y la detención de varios dirigentes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria.^[20] El MIR, nacido en Concepción en 1965, debió en buena medida su formación a la crítica que realizó el trotskismo chileno a la izquierda y contó con la participación de viejos dirigentes obreros, intelectuales y profesionales vinculados a dicha tendencia. Pero también existió otra corriente: “los no tradicionalistas”, compuesta por jóvenes, sobre todo universitarios socialistas y comunistas apartados de sus partidos a principios de los sesenta. Esta facción, más radicalizada, que buscaba una base política de masas y rechazaba el camino pacífico –electoral– hacia el socialismo, fue la que se impuso a finales de 1967.^[21] Al intensificarse el enfrentamiento al gobierno de Eduardo Frei, pasaron a la

[17] Aldo Marchesi, “El llanto en tu nombre es una gran traición”. Lecturas políticas y emocionales de la muerte de Ernesto Guevara en el Cono Sur (1967-1968), *Políticas de la Memoria*, 2018/2019, 18, pág. 139.

[18] Eduardo Labarca, *Salvador Allende, biografía sentimental*, Santiago, Catalonia, 2007, p. 226.

[19] *Ibíd.*

[20] Carlos Sandoval Ambiado, *MIR (una historia)*, Santiago, Sociedad Editorial Trabajadores, 1990, p. 35.

[21] Según Carlos Sandoval Ambiado, *MIR (una historia)*, *cit*, la concepción mirista sobre la guerrilla presentó matices en relación con el foquismo, introduciendo el criterio de guerrilla urbano rural, no excluyendo desde lo táctico la lucha armada en las ciudades.

clandestinidad. Otro antecedente sobre adiestramiento insurgente se vincula con el Partido Socialista. En mayo de 1970 se detectó y desarticuló un centro de entrenamiento guerrillero en Chaihuín (localidad costera cercana a la provincia de Valdivia, también en el sur chileno), suerte de escuela montada por “la Organa”, un grupo interno del partido. A diferencia de los elenos chilenos, no buscaban crear focos, sino formar cuadros políticos con conocimiento en la lucha militar, subordinando este aspecto a “la concepción de movilizar actores sociales políticamente activos”,^[22] no circunscritos solo al medio rural. En esta línea, aprovecharon sus contactos con la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile y sus trabajos voluntarios de verano.^[23] El episodio generó una polémica en pleno proceso electoral de 1970 y el entonces el secretario general socialista, Aniceto Rodríguez, desmarcó al partido de inmediato.

[22] Patricio Quiroga, *Compañeros: el GAP: La escolta de Allende*, Santiago, Editorial Aguilar, 2001, p. 41.

[23] Bayron Velásquez-Paredes, “La Organa y la escuela de guerrilla de Chaihuín (1968-1970): leninización y guevarización del socialismo chileno”, *Izquierdas* n.º 49, 2020, pág. 420.

CAPÍTULO 6

Del límite geográfico a la frontera ideológica

La visita de Onganía a Chile en enero de 1970 para entrevistarse con el presidente Frei, fue expresión de una medida distensión que se había logrado en las relaciones oficiales. Cisneros y Escudé lo adjudican a una necesidad de fortalecer el gobierno militar después del Cordobazo y los “azos” desatados en varias ciudades argentinas.^[1] Mientras Onganía arriesgaba nuevas cartas, está vez en su política exterior, para Frei podría constituir un ingrediente de proselitismo partidario en el marco de una intensa campaña electoral presidencial que se avecinaba en Chile.

Ni la prensa ni gran parte de la opinión pública chilena se mostraron muy entusiastas con la visita, aunque se mantuvieron las formas respetuosas.^[2] El día 8 en la ciudad de Los Andes –donde sí una muchedumbre se manifestó con cordialidad–, Onganía y Frei inauguraron el último tramo, en territorio chileno, de la nueva carretera que unía Mendoza con Valparaíso. En la obra había contribuido el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), por estimarla de “vital trascendencia en el proceso de integración latinoamericana”. Al día siguiente, los jefes de estado se reunieron en Viña del Mar para mantener reuniones, junto con sus cancilleres Gabriel Valdés y Juan Benito Martín. Pese al hermetismo, la declaración conjunta dada a conocer el 10 y lo manifestado por Frei a la prensa, permitieron colegir “la disposición y coincidencia de ambos jefes de avanzar en el proceso de la integración física de los dos países,

[1] Andrés Cisneros y Carlos Escudé, *Historia general de las relaciones exteriores de la República Argentina. Parte III. Las relaciones exteriores de la Argentina subordinada, 1943-1989. Tomo XIV. Las relaciones políticas, 1966-1989*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 2000, p. 60.

[2] AMAEE, R. 37511, sin expediente, Santiago, 9 de enero de 1970, de Miguel de Lojendio a ministro.

y de las integraciones subregionales. Todo ello dentro del marco de la ALALC”.^[3]

Onganía concedió gran importancia al hecho de que la Argentina hacía públicas manifestaciones a favor de la integración americana, “tema que siempre ha mirado con singular reticencia, sin ánimo de comprometerse en una acción continental”. En las conversaciones se abordó la extensión a la Argentina del Mercado Común Andino,^[4] buscando Chile un apoyo al pacto regional del resto de Hispanoamérica. Onganía se mostró de acuerdo “en utilizar a Chile y al Pacto Andino, sobre todo porque está dispuesta Argentina a establecer relaciones comerciales con el Mercado Común y los países europeos, prefiriendo hacerlo con un respaldo continental y en este caso el de Chile y del Pacto Andino, a lo que Chile está muy dispuesto”.^[5] Se avanzó en el tratamiento del problema de las comunicaciones por carretera de Antofagasta a Salta, de Concepción a San Juan y de la cooperación en el área de la petroquímica. Asimismo, se conversó sobre los chilenos que trabajaban en el sur argentino, sus salarios y su previsión jubilatoria.

Contrariamente a lo que se anunció al exponerse de forma oficial el temario que abordarían en los encuentros ambos presidentes, Frei y Onganía sí examinaron los problemas de límites existentes entre ambos países, en particular, el del canal de Beagle. Los funcionarios argentinos, entre ellos el canciller Martín, quisieron que esta parte de las conversaciones figurará también en la declaración conjunta con una frase que aludiera al “mejor espíritu de cooperación” que las había caracterizado. Sin embargo, los delegados chilenos fueron remisos, “por temor de que el árbitro de esos problemas, la Reina de la Gran Bretaña, pudiera pensar que al mismo tiempo que Chile solicita el arbitraje previsto en el convenio de 1904, está, por otra parte, dispuesto a seguir bilateralmente y con

[3] AMAEE, R. 10104, exp. 6, Buenos Aires, 14 de enero de 1970, de agregado comercial a ministro de Comercio, Madrid.

[4] Véase María Cecilia Míguez, “La relación entre Argentina y Chile: del pluralismo ideológico a la predominancia de la política interna (1970-1973), en Beatriz Figallo (comp.), *Diplomáticos y hacedores de las relaciones internacionales. Protagonismos, testimonios y fuentes en la política exterior argentina y latinoamericana*, Buenos Aires, CICCUS, 2020.

[5] AMAEE, R. 37511, sin expediente, Santiago, 16 de enero de 1970, de Miguel de Lojendio a ministro.

olvido de ese arbitraje, conversaciones encaminadas a solucionar ese problema”.^[6] El ministro Valdés le “informó con todo detalle” al embajador español Miguel de Lojendio de los términos de lo conversado, que calificó de “sorprendentemente buenos”. Él mismo expuso por más de hora y media la cuestión del Beagle a Onganía. En vista de la explicación y respecto a las islas del canal, el presidente argentino se comprometió a enviar técnicos de la Marina “para que estudien, con los de la Marina chilena, la solución del mismo asegurando que las dos [sic] islas carecen de valor para su país”. En cambio “se establecería el límite de soberanía del canal en su mitad, y en su rivera norte como está en la actualidad”.^[7]

Valdés manifestó a Lojendio la impresión personal que Onganía se mostraba “refractario respecto de los Estados Unidos” y poco dispuesto a estrechar relaciones con el Brasil que, preocupado por sus problemas internos, “vive en cierto aislamiento”.^[8]

Por distintas vías, sobrevinieron trascendentes cambios institucionales en ambos países. En la Argentina, junto con la expansión insurgente, se consumaron una serie de asesinatos políticos,^[9] siendo el más espectacular el del general Aramburu, ejecutado a manos de la naciente organización guerrillera de matriz peronista Montoneros, que sería conocido en julio de 1970, tras su secuestro el 29 de mayo. En adición, empezaron a hacerse públicas las fisuras existentes en las fuerzas armadas (corrientes liberales, nacionalistas, desarrollistas, properonistas, dentro de una mayoría anticomunista).^[10] La discrepancia entre Onganía y la Junta Militar respecto a los tiempos para producir una salida democrática en la Argentina

[6] AMAEE, R. 37511, sin expediente, Santiago, 16 de enero de 1970, de Miguel de Lojendio a Gregorio López Bravo.

[7] *Ibíd.*

[8] *Ibíd.*

[9] Liliana de Riz, *Historia Argentina. La política en suspenso, 1966/1976*, Buenos Aires, Paidós, 2007, ps.75-82.

[10] Daniel Mazzei, “Ir más allá de O’Donnell”, *Boletín Electrónico Bibliográfico*, marzo 2010, 5, en <http://historiapolitica.com/datos/boletin/boletin5.pdf> y “Soldados de Perón. Los jóvenes oficiales del Ejército y el Peronismo durante la “Revolución Argentina”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], en <http://journals.openedition.org/nuevomundo/68192> ; DOI : <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.68192>.

terminarían por empujar su desplazamiento. La “renuncia” obligada del primer presidente de la Revolución Argentina –el 8 de junio de 1970–, fue seguida de la designación de otro general que, como agregado militar en Washington, había permanecido alejado de los últimos sucesos. Roberto Marcelo Levingston llegaba a la presidencia merced a la abstención del general Lanusse, *éminence grise* del régimen.^[11] Cabe preguntarse, ¿se dejaba así abierta para sus ambiciones una “futura opción constitucional de ser elegido el mismo mandatario”?^[12] Desde ese momento, los militares cavilaban sobre la forma de constituir un régimen que permitiera algún mecanismo de juego político clausurado en junio de 1966, y que a la vez actuara como una fórmula para controlar la movilización contestataria y las acciones terroristas.

La política exterior fue encargada por Levingston a Luis María de Pablo Pardo, una personalidad de talante conservador, proveniente de sectores católicos tradicionales, que tenía un antiguo conocimiento de Chile.^[13] En febrero de 1960, como asesor letrado de la Cancillería argentina y revistiendo categoría de embajador, se trasladó a Santiago. Allí mantuvo entrevistas con altos funcionarios, de las cuales cuajó el acuerdo para la solución arbitral respecto de la zona del canal de Beagle y del río Encuentro (región Palena).^[14] Pocos días después, el entonces presidente Frondizi visitó Santiago con una pequeña comitiva. Con el “decidido propósito de colaboración personalmente alentado por Alessandri”, la solución replicaba las expectativas despertadas antes por ambos mandatarios, cuando el 2 de febrero de 1959, también al pasar Frondizi por Santiago hacia Buenos Aires, de regreso de Estados

[11] Con 47 años entonces, Lanusse había sido descripto por la revista *Primera Plana* del 7 de marzo de 1967, como un “ferviente católico, ferviente anti-peronista (...) 8 hijos (eran 9, pero su hija Ileana murió trágicamente)”. Su “aureola revolucionaria concede un marco especial a cualquier gesto suyo”, añadiendo el reportaje titulado “General Lanusse: La voz del Ejército” que “quienes lo conocen lo describen como a un hombre cuyos entusiasmos pronto se convierten en ímpetus; también como a un militar arrojado”.

[12] De Riz, *Historia Argentina*, cit., p. 86.

[13] Juan Bautista Yofré, *Misión argentina en Chile. 1970-1973*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, p. 54.

[14] AMAEE, R. 5.990, exp. 4, Buenos Aires, 21 de marzo de 1960, de Alfaro a ministro.

Unidos, fue saludado en el aeropuerto de Los Cerrillos por su par chileno. La breve entrevista había dado lugar a una declaración donde se manifestaba el decidido anhelo de resolver los viejos pleitos territoriales. Según el representante diplomático español, en aquel febrero de 1960 “el entusiasmo popular acompañó al presidente Frondizi durante las horas pasadas en Santiago (...) hubo sensación de alegría y también de simpatía hacia Argentina”.^[15] Tras ello, fue cuando de Pablo Pardo fue designado para ocupar la Embajada en Chile. Pero esta vez su llegada coincidió con protestas chilenas por la visita de Frondizi a la base naval argentina de la Isla Decepción y el discurso que allí pronunció. Durante el acto de presentación de sus credenciales de embajador el 17 de marzo de 1961, unas quinientas personas se manifestaron y “profririeron gritos contra su persona y su país (...) fue necesario usar bombas lacrimógenas para dispersar a la muchedumbre (...) se observaban gentes habitualmente manejadas por la izquierda. Se reconoció también a algunos oficiales y jefes retirados, pertenecientes a la Agrupación Patria y Soberanía. El episodio fue muy desagradable, una nota inusitada en la tradicional cortesía chilena”.^[16] La actuación de de Pablo Pardo en Chile fue breve, pues Frondizi decidió su traslado a Portugal, lo que produjo el disgusto del diplomático, renunciando a su cargo, “estimo que el cambio de destino, sin causa justificada, de un jefe de misión apenas cumplidos tres meses de iniciada, constituye un hecho inconciliable con normas y usos tradicionales que rigen, o deber regir, las relaciones de los estados en el ordenamiento jurídico internacional”.^[17] La razón: el gran movimiento contrario generado contra lo acordado en febrero de 1960, por considerarlo perjudicial para los intereses chilenos, que había impedido su sanción legislativa.

Mientras en la Argentina Levingston procuraba acomodarse en el poder, en Chile, siguiendo a *Primera Plana*, se preguntaban qué

[15] AMAEE, R. 5.990, exp. 24, Santiago, 25 de marzo de 1960, de Tomás Suñer a ministro.

[16] AMAEE, R. 6.560, exp. 14, Santiago, 18 de marzo de 1961, de Tomás Suñer y Ferrer a ministro.

[17] AMAEE, R. 6.560, exp. 14, Buenos Aires, 28 de agosto de 1961, de Alfaro a ministro.

pasaría si allí un Frente Popular^[18] ganase las elecciones presidenciales de septiembre de 1970. Para los comunistas, como el senador Volodia Teitelboim, mientras la Democracia Cristiana siguiera en el poder, no habría una sustitución real del régimen social.^[19] La decisión estaba en manos de los campesinos y las gentes de las villas miserias, poblaciones que en 1964 habían llevado al poder a la DC. En 1969 esos sectores parecían estar maduros para una opción marxista. Para las derechas chilenas^[20] y argentinas,^[21] Frei se había convertido en un “Kerensky chileno”, en tanto, desde Brasil se lo calificaba de “temerario”, después que al inicio de su mandato se lo hubiese visto como “el Kennedy latinoamericano”.^[22] En contraposición, en la Argentina, según la prensa nacional, la izquierda no llegaba a constituir una opción para el país, “ni el camino de las urnas, ni el revolucionario les ha sido propicio, porque sigue siendo una activa gimnasia para minorías sin lograr entroncarse en las masas que alguna vez conquistaron Yrigoyen y Perón”.^[23]

La Cancillería argentina coincidía con la brasileña en su sorpresa ante el cuestionamiento del ministro Gabriel Valdés a las políticas de embargo comercial contra Cuba, manifestando que lo único que se había conseguido era reforzar al régimen de La Habana, que por

[18] Esta denominación surgía de referencias ancladas en los años treinta. La Unidad Popular, nacida en octubre de 1969, era una coalición de seis partidos en la que se establecía una alianza entre el Partido Comunista y el Partido Socialista, más otros “burgueses”, pero su inspiración no provenía de las políticas moscovitas ni pretendía defender la “democracia burguesa” contra el fascismo para luego hacer la revolución, sino que su propósito era más bien llegar al socialismo a través de la democracia, sin salirse de su estructura para algunos y sobrepasándola para otros.

[19] “Chile: Galopando al costado”, *Primera Plana*, 16 de agosto de 1966, pág. 26.

[20] “Chile: Galopando al costado”, *cit.*, p. 27.

[21] Véase Fabio Vidigal Xavier da Silveira, *Frei, el Kerensky chileno*, Buenos Aires, Cruzada, 1968, p. 5. El director de la editorial advertía “como se está destruyendo el orden social de la vecina nación trasandina”, acusando al gobierno que presidía Frei de preparar “las vías que llevarán a Chile a convertirse en una segunda Cuba”.

[22] Gerardo Mello Mourão, *Frei e Chile num continente ocupado*, Río de Janeiro, Tempo brasileiro, 1966, p. 245.

[23] “Las izquierdas en la Argentina. División en torno al peronismo y a la violencia”, *Panorama*, 1968, julio, pág. 12.

otro lado, ya no constituía una amenaza; en lo que se interpretó como un intento de minimizar el peligro que representaba Fidel Castro, “las revoluciones en América existían antes que él (...) y seguirán existiendo”. A pesar de ello, desde la Argentina, revelaban que Valdés creía necesario averiguar si el gobierno cubano había promovido o no guerrillas en Venezuela, Colombia, Bolivia y otros países. Incluso, le adjudicaban la simplista duda de saber si los Estados Unidos habían invadido Cuba en 1962 con el apoyo de gobiernos centroamericanos y el desconocimiento de la OEA.^[24]

Frei culminaba su mandato con una situación económica difícil: inestabilidad monetaria, emigración de capitales, huelgas obreras. Aquel lote de problemas se complejizaba con la postura que las fuerzas armadas chilenas podían llegar a tomar. Reseñaba el académico y diplomático Claudio Veliz, amigo de Salvador Allende, que no había que descartar una intervención militar, en un “marco férreamente nacionalista”. Las fuerzas armadas se hallaban irritadas por la “falta de autoridad” (ocupación de tierras, casas) y el hecho de haber puesto el gobierno en libertad y tolerar el accionar de los miembros del MIR, cerniéndose sobre Chile el peligro de una guerra civil, ya que la izquierda no soportaría pasivamente que después de treinta años de espera para acceder al gobierno y con una conducta de respeto por la Constitución, “se la desaloje del poder por el imperio de las armas”, debiéndose esperar entonces la reacción armada de las agrupaciones de extrema izquierda.^[25] Investigaciones encargadas por el Ejército estadounidense para calibrar la capacidad de respuesta de las fuerzas militares chilenas ante probables retos de conflictividad revolucionaria, diagnosticaban su real “peligro de desintegración”, el extendido sentimiento de verse marginados de las grandes decisiones de política nacional y de su deterioro técnico por falta de presupuesto. Reseña Bozza

[24] “América Latina. Una estrategia continental”, *Periscopio* n.º 23, 24 de febrero de 1970, pág. 61. Valdés había hecho esas declaraciones en un programa de la televisión chilena titulado “Los abogados”, de ascendente rating, siendo en opinión de la revista producto de sus “ansias de reclutar los decisivos votos de la izquierda en los comicios de septiembre próximo”

[25] AHCRA, Fondo América del Sur, n.º 18. Reservada. Santiago, 17 de marzo de 1970, a ministro de Relaciones Exteriores Luis María de Pablo Pardo de embajador.

que “los oficiales sentían que se le conferían funciones subalternas de guardianes del orden, además de experimentar una caída de su status económico y social”, estado que inevitablemente “habría de impulsar a las cúpulas militares a intervenir en la vida política”.^[26]

En esos días se podían advertir dos visiones sobre Chile entre los representantes argentinos acreditados en la Embajada en Santiago. Según el secretario Ricardo A. Paz, “el presidente Frei ha tenido la habilidad de proseguir la política tradicional chilena en materia limítrofe, y en toda otra, disfrazándola con reiteradas declaraciones de buena voluntad para un acuerdo generoso en el alto plano de los intereses comunes y de los ideales americanos”. En su perspectiva, el “mito de la Patagonia” seguía plenamente vigente en el país vecino: “la siniestra capacidad diplomática” argentina “para despojar a Chile de sus derechos a la Patagonia”. Advirtiendo del peligro de la tendencia de los gobiernos de Buenos Aires a creer que estas ideas eran anacrónicas, afirmaba: “Para esta administración, al igual que para las anteriores, las cuestiones limítrofes son las substanciales, y las comerciales y las económicas secundarias”.^[27] Como testimonio de la presencia de dos percepciones respecto de la frontera, el mismo expediente diplomático recoge las observaciones –de índole muy distinta– realizadas por el diplomático Eduardo L. Vila, para quién el riesgo no radicaba tanto en las cuestiones de límites sino en las ideológicas, pues los:

“planes expansionistas, la añoranza de la Patagonia, a mi criterio ya no tienen sentido. Argentina habrá caminado, aún a tumbos, más rápido que ella y Chile no constituirá para nuestro país un peligro estratégico en el sentido clásico. Pero si advienen las clases socialistas, si Chile se convierte en un semillero de cultivos izquierdistas, por razones de proximidad algo habrá de hacer la Argentina para no seguir su mismo destino por razones de contagio inmediato”.^[28]

[26] Juan Alberto Bozza, “Las huellas de Camelot. Investigación social, cooperación internacional norteamericana y contrainsurgencia en Chile en los sesenta”, *Épocas* n.º 9, primer semestre de 2014, págs. 103-104.

[27] AHCRA, fondo América del Sur, AH/0233, Informe sobre Chile, Capítulo 2, secretario D. Ricardo A. Paz, 1970.

[28] AHCRA, fondo América del Sur, AH/0233, Informe sobre Chile, Capítulo 4, ministro Eduardo L. Vila, 1970.

Consideraciones de esta naturaleza, sumadas a otras de índole geopolítico y económico, llevarían a la dictadura argentina a avanzar en el diseño de una audaz estrategia exterior respecto del Chile de Salvador Allende.

6.1 Parte II

La “vía chilena al socialismo” y la dictadura argentina *Salvador Allende y las circulaciones fronterizas*

Trascurridos más de diez años desde el inicio de la Revolución Cubana, la Guerra Fría algo morigeraba su intensidad. Ni bien comenzar 1970, principiaron en Chile las campañas callejeras para ungir al sucesor de Frei. Habían inscripto sus candidaturas el médico de 63 años Salvador Allende, por la izquierda, el abogado Radomiro Tomic de 55 años y 9 hijos, encabezaba la fórmula democratacristiana, mientras el empresario, “solterón impenitente” de 73 años y expresidente Jorge Alessandri era el hombre del Partido Nacional y grupos independientes.

Allende, el postulante de la Unidad Popular,^[29] que se presentaba por cuarta vez a elecciones presidenciales, no era un claro favorito. De hecho, una encuesta encargada a mediados de 1970 por Frei, indicaba que en las 23 provincias en las que se había realizado, el derechista Alessandri ganaba en 14, Allende en 7 y Tomic, aspirante de la Democracia Cristiana, solo en 2.^[30] Hasta en Estados Unidos “no se consideraba probable una victoria de Allende”.^[31] El gobierno militar argentino también esperaba la derrota de la UP. Por ello, el resultado electoral del 4 de septiembre generaría enorme sorpresa internacional que, como sucedía con el ánimo reinante en Chile, osciló entre la euforia y el escepticismo.

[29] Con un programa que debía satisfacer las distintas tendencias de la coalición, esta estuvo constituida por seis partidos: el Comunista; el Radical; el Socialista, y tres agrupaciones menores: el Movimiento de Acción Popular Unitaria, MAPU (escindido de la Democracia Cristiana en 1969), el Partido Social Demócrata y Acción Popular Independiente. Es decir, una alianza que iba desde la moderación del partido Radical hasta las corrientes más extremas del Partido Socialista.

[30] AMAEE, R. 11.395, exp. 4, Buenos Aires, 26 de junio de 1970, carta reservada de embajador a subsecretario MAE, 26 de junio de 1970.

[31] Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*, cit., ps. 73.

En Buenos Aires, la noche de las elecciones el embajador de España en la Argentina fue invitado por el almirante Pedro Gnavi, presidente de la Junta de Comandantes en Jefe, a una cena. Se convirtió así en testigo de las primeras reacciones de algunas de las más importantes autoridades de la Revolución Argentina. Durante la velada, la atención de los comensales se centró en el escrutinio de los votos en el país vecino, pero en la medida en que los cómputos mostraban el avance del candidato de la Unidad Popular –así como las primeras manifestaciones callejeras de la izquierda en Santiago– el interés se transformó en preocupación.^[32]

La primera consecuencia directa fue la difusión de alarmistas versiones sobre el futuro del proceso abierto tras los Andes y el consiguiente éxodo de chilenos. La Embajada en Santiago vivió una actividad febril atendiendo solicitudes para radicarse en la Argentina y también para sacar bienes desde Chile.^[33] Pero esta no era la principal causa de intranquilidad. Los sucesos chilenos impactaban de manera directa en la política interna de la dictadura argentina, planteando prevenciones sobre la propia transición hacia una democracia que ya se vislumbraba inevitable: inquietaba sobremanera la eventualidad de unas elecciones que desembocaran en un abrumador triunfo de la izquierda *per se* o a través de un caballo de Troya contenido dentro del peronismo. Además, entre una oposición muy fraccionada –peronismo y otras agrupaciones, sobre todo de izquierda– la fórmula de la Unidad Popular aumentaba progresivamente una cierta conciencia de la fuerza proporcionada por la unión.^[34] De hecho, algunos dirigentes del “Encuentro Nacional de los Argentinos”,^[35] reconocían como decisiva la victoria de

[32] AMAEE R, 11387, exp. 40, Buenos Aires, 5 de septiembre de 1970, telegrama de embajador al MAEE, n.º 144.

[33] Juan Bautista Yofré, *Misión argentina en Chile. 1970–1973*, cit., pp. 74-5.

[34] Archivo Histórico Ministerio Relaciones Exteriores de Chile (en adelante AHMRECH) vol. 1744, n.º 1.557/131, oficio confidencial de embajador al MRE, 27 de octubre de 1970.

[35] Promovido por el Partido Comunista, aquella alianza electoral convocó a disparejos sectores socialistas, peronistas, radicales, organizaciones populares, movimientos de defensa de libertades públicas y personalidades independientes.

la Unidad Popular, al marcar un camino a “los pueblos de América Latina que luchan por su libertad e independencia nacional”.^[36]

Desde la perspectiva chilena, mantener buenas relaciones con la Argentina sería – sino principal objetivo– una prioridad. De hecho, en abril de 1969 y siendo senador, Salvador Allende había viajado a Madrid para entrevistarse con Perón que, desde su exilio, se desempeñaba como líder indisputado de un movimiento político que podía adivinarse mayoritario en la Argentina. El propósito de Allende era asegurar un vínculo regional y continental productivo entre ambos países, en caso de alcanzar la presidencia de Chile.^[37]

Electo Allende, nombró embajador en la Argentina a Ramón Huidobro, diplomático de carrera y en ese momento jefe de Gabinete del canciller saliente, Gabriel Valdés. Ya el 16 de septiembre –y en un gesto que se interpretó de especial deferencia– la casa de Huidobro fue el sitio escogido por Allende para entrevistarse con el embajador argentino Javier Teodoro Gallac y transmitirle a Buenos Aires sus deseos de mantener la más estrecha la amistad argentino-chilena y un recíproco respeto entre los gobiernos, sobre la base del principio de no intervención, además de incrementar el intercambio comercial.^[38]

Por esos días el jefe de las fuerzas armadas argentinas, general Lanusse se encontraba en una visita privada en Washington, lo que no le impidió tener algunas reuniones institucionales; por ejemplo, con Charles Meyer, encargado de Asuntos Interamericanos. No fue el único encuentro: de acuerdo con las investigaciones del periodista estadounidense Tim Weiner, al visitar Lanusse al director

[36] AHMRECH, vol. 1.778, n.º 220/18, oficio confidencial de encargado de negocios al MRE, 9 de febrero de 1971. Véase: Gonzalo de Amézola, ‘La izquierdización de los moderados. Partidos políticos tradicionales entre 1970 y comienzos de 1971 en Argentina’, *Signos Históricos* n.º 14, 2005, pág. 95.

[37] Entrevista a Joan Garcés, Madrid, 7 de septiembre de 2007 en Henríquez, *¡Viva la verdadera amistad!*, cit., p. 63, y Fermín Chávez y Armando Puente, *Visitantes de Juan Perón. Década 1963–1973*, Buenos Aires, Instituto Nacional Juan Domingo Perón, 2010, p. 361. No habría sido la primera visita de Allende a Perón en Puerta de Hierro: el embajador español en Buenos Aires, menciona al menos otra previa, realizada bajo estricta discreción, en AMAEE, R 7537, exp. 47, Buenos Aires, 22 de mayo de 1964, n.º 500, política exterior, reservado, de embajador José María Alfaro a ministro.

[38] Yofré, *Misión argentina en Chile*, cit., p. 78.

de la CIA, Richard Helms, se rehusó a colaborar para impedir la asunción de Allende como presidente.^[39] El candidato de la UP ganó la elección sin alcanzar una mayoría absoluta y en estos casos la constitución chilena de 1925 contemplaba que 50 días después del escrutinio –es decir, el 24 de octubre– el Congreso en sesión plenaria debía elegir entre los dos primeros postulantes. Tradicionalmente se ungía a quien había obtenido más votos, pero el tiempo de espera presencié toda suerte de maniobras internas y externas –en especial, aunque no solo, procedentes de los Estados Unidos– encaminadas a detener la proclamación de Allende.^[40] La actitud de Lanusse, por tanto, se puede interpretar como un temprano indicador de la posición que mantendría Buenos Aires respecto de la experiencia que constituiría el gobierno de la Unidad Popular. Si como sugiriera el embajador argentino en Washington a funcionarios del Departamento de Estado, la presión externa era capaz de inducir a Salvador Allende a “buscar brazos más acogedores”,^[41] lo que implicaba bascular hacia el Este de la misma manera en actuó Cuba a principios de los sesenta, la coexistencia pacífica entre la Argentina y Chile podría ayudar a neutralizar algo esas alarmantes vinculaciones. Dada la presencia de dictaduras militares en la Argentina y Brasil, la sola trascendencia de las conversaciones de Lanusse en Estados Unidos inquietaron a la dirigencia de la UP, en los días que mediaron hasta la elección del 24.^[42] Lo anterior coincide con los recuerdos de Huidobro, en orden a la preocupación chilena ante la posible exacerbación por parte de Washington de los asuntos limítrofes pendientes, para empujar un conflicto.^[43]

[39] Ver Tim Weiner, *Legado de cenizas: la historia de la CIA*, Madrid, Editorial Debate, 2007.

[40] Véase Sebastián Hurtado Torres, “El golpe que no fue. Eduardo Frei, la Democracia Cristiana y la Elección Presidencial de 1970”, *Estudios Públicos* n.º 129, verano 2013, págs. 105-140.

[41] Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*, cit., p.143.

[42] Sebastián Hurtado Torres, ‘Chile y Estados Unidos, 1964-1973. Una nueva mirada’, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, (2016), en <https://journals.openedition.org/nuevomundo/69698>.

[43] Tanya Harmer, *Allende's Chile and the Inter-American Cold War*, p. 143.

Confirmado en el poder, Allende se dispuso a profundizar la aproximación verificada entre ambos países desde la visita de Onganía al Chile de Frei –enero de 1970– que había reconducido los problemas fronterizos pendientes.^[44] Apremiaba la necesidad de conseguir una relación bilateral dinámica y sin tropiezos.^[45] En diciembre Allende telefoneó al general Levingston, para “expresar su deseo de finiquitar cuanto antes los problemas limítrofes relacionados con el Beagle”, inaugurando lo que la prensa chilena denominó la “línea directa” entre La Moneda y la Casa Rosada.^[46] Luego, en la presentación de sus cartas credenciales, Huidobro reiteraría la importancia de la autodeterminación y la no intervención como piedras angulares de la política exterior chilena, respondiendo a la insistente preocupación de Levingston por las actividades en la frontera, “incluso por encima de las pequeñas cuestiones de límites que aún hay”.^[47] El mandatario argentino subrayaría su firme decisión de evitar a toda costa una eventual infiltración proselitista de izquierda. Para ello, era indispensable que “lo que ocurra en Chile sea de los chilenos y lo que ocurra en Argentina pertenezca a los argentinos (...) quiero ser muy franco y pedirle que exprese al presidente Allende que estoy dispuesto a que se mantenga esta independencia muy celosamente”.^[48] La prensa internacional reflejaba esa preocupación. El diario español *Madrid* afirmaba: “Los jefes militares argentinos, que son intensamente antimarxistas, temen que se infiltre subversión político-social a través de sus fronteras con Chile” y jaqueado el gobierno “por la violencia urbana y descontento social”, su debilidad interna le impediría toda acción militar contra Chile, “vacío que los grupos guerrilleros bolivianos explotarían”.^[49] Interpretación tal vez exagerada pero reflejo de la fragilidad con que se avizoraba la futura

[44] *Panorama*, 30 de diciembre de 1969-5 enero de 1970, pág.140.

[45] Fermandois, *Chile y el mundo, 1970-1973*, cit., p. 123.

[46] AHCRA, fondo E, n.º 965, cable cifrado de embajada al MRE, 23 de diciembre de 1970.

[47] AHMRECH, vol. 1.778, n.º 279/27, oficio estrictamente confidencial de embajador al MRE, 24 de febrero de 1971.

[48] *Ibíd.*

[49] “A propósito de la nueva situación chilena. El general Lanusse consulta con Washington y Lima”, *Madrid*, 14 de septiembre de 1970, pág. 7.

relación entre el recién inaugurado gobierno chileno y el régimen argentino. El temor por el movimiento fronterizo y el peligro de los grupos armados -de filiación guevarista-, en especial aquellos aludidos por el rotativo español, era palpable entre las autoridades y diplomáticos argentinos.

Por esos mismos días, la Embajada argentina en Santiago informaba a Buenos Aires sobre la presencia en Chile del escritor francés Régis Debray y del pintor argentino Ciro Bustos. Ambos integrantes de la guerrilla del “Che”, ambos apresados en Bolivia en 1967 y recién liberados de la cárcel de Camiri por el gobierno del general Juan José Torres. En la sede diplomática, las características del arribo de Bustos generaron incertidumbre y se temía su traslado a la Argentina. De acuerdo con los trascendidos que manejaba la Embajada argentina, Bustos y Debray habían ingresado a Chile en un avión de carabineros,^[50] el primero sin documentación, con una “tarjeta de turismo” válida por 15 días y otorgada por las autoridades del ministerio del Interior a cuyo vencimiento podría optar por el asilo o por irse del país.^[51] Sus presencias despertaron el entusiasmo de distintos sectores ligados a la Unidad Popular, pero fueron recibidos con un prudente silencio del gobierno, atribuido a la inclinación del francés y del argentino por la forma violenta de acceso al poder, vía no compartida por la mayoría del gabinete.^[52] Pese a los trascendidos, el presidente Allende no los había recibido a su arribo ni concedido, de momento, una entrevista.^[53]

Las primeras declaraciones de Bustos a la prensa chilena alarmaron a ambos lados de los Andes: “Solo la lucha armada salvará a Argentina (...) De ninguna manera acuerdos con el oficialismo”.^[54] Aunque el subsecretario de Relaciones Exteriores chileno

[50] AHCRA, fondo E, AH/0033, n.º 973, cable secreto de Embajada al MRE, 23 de diciembre de 1970.

[51] AHCRA, fondo E, AH/0033, n.º 972, cable secreto de Embajada al MRE, 24 de diciembre de 1970.

[52] AHCRA, fondo E, AH/0033, n.º 975/976, cable secreto de Embajada al MRE, 27 de diciembre de 1970.

[53] *Ibíd.*

[54] AHCRA, fondo E, AH/0033, n.º 977, cable cifrado de embajada al MRE, 28 de diciembre de 1970.

n no dudó en manifestar desagrado, por considerar sus expresiones agraviantes para el gobierno argentino, con el que se deseaba “seguir manteniendo cordiales relaciones”,^[55] subrayando la amonestación realizada a Bustos y la prohibición de formular en el futuro similares apreciaciones sobre la política interna de los países vecinos,^[56] lo cierto es que el guerrillero argentino se hallaba en territorio chileno debido al proceso iniciado por la Unidad Popular. Sus palabras resultaban elocuentes: “Creo que Chile es otra antorcha que se ha encendido para iluminar al resto de los pueblos hermanos del continente”.^[57] Sindicado injustamente, al parecer, como el delator de Guevara en 1967, la pequeña historia no está del todo dilucidada: aparentemente Bustos cruzó a Mendoza de manera clandestina, quedándose en la Argentina para en 1976 solicitar asilo en Suecia.^[58] Debray permaneció en Chile, se entrevistó con Allende^[59] y el 17 de febrero llegó a Cuba, compartiendo avión con un contingente de jóvenes cubanos que junto con argentinos, bolivianos y uruguayos iban a participar de trabajos voluntarios.^[60]

El trasiego en la frontera y los viajes de jóvenes venían siendo monitoreados por la Embajada argentina en Santiago. En ese mismo mes de enero Gallac informaba sobre el desplazamiento de unos trescientos jóvenes universitarios argentinos que se habían incorporado a las misiones de verano “en unión a los estudiantes

[55] AHCRA, fondo E, AH/0033, n.º 978/979/980, cable secreto de embajada al MRE, 28 de diciembre de 1970.

[56] AHCRA, fondo E, AH/0033, n.º 983, cable cifrado de Embajada al MRE, 28 de diciembre de 1970.

[57] AHCRA, fondo E, AH/0033, n.º 977, cable cifrado de Embajada al MRE, 28 de diciembre de 1970.

[58] Miguel Bonasso, ‘Con Ciro Bustos, uno de los guerrilleros en Bolivia ¿Quién traicionó al Che Guevara?’, *Página 12*, 10 de enero de 2001, Buenos Aires; Jaime Padilla, ‘Ciro Bustos: el sueño revolucionario del Che era Argentina’, Centro de Estudios Miguel Enríquez, 1997, en http://www.archivochile.com/America_latina/Doc_paises_al/Cuba/Escritos_sobre_che/escritossobrecheoo64.pdf.

[59] “Allende habla con Debray”, *Punto Final*, 16 de marzo de 1971, Santiago.

[60] Véase Mariano Zarowsky, ‘Salvador Allende-Régis Debray: prensa y edición entre la diplomacia y el mercado’, *Meridional. Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, octubre 2020-marzo 2021, pág. 15.

marxistas de la Federación de Estudiantes de Chile”.^[61] El embajador destacaba que la colaboración sobrepasaba los límites de las actividades habituales para insistir con el “adoctrinamiento político”, advirtiendo que aquellas presencias habían dado lugar a una serie de declaraciones en las que se enjuiciaba al gobierno argentino, mientras apoyaban -“calurosamente”- los postulados políticos de la Unidad Popular.^[62] De acuerdo con la prensa, el gobierno de Allende había pagado el trabajo de los estudiantes chilenos y extranjeros.^[63]

La preocupación ante la situación descrita llevó a Gallac a instruir al ministro consejero, Andrés Gabriel Ceustermans, a realizar un viaje de “observación” que abarcó desde la provincia de O’Higgins hasta Chiloé. En la región se vivía una situación convulsionada por las expropiaciones y tomas de fundos, pero en su recorrido no observó las escenas de agitación y violencia que denunciaba la prensa opositora, aunque si un clima de temor.^[64] Informó el diplomático argentino que militantes de la ultra izquierda chilena (MIR; MAPU; VOP^[65]) y los “elementos que han venido de Brasil, Cuba y Argentina y que realizan los llamados “trabajos voluntarios de verano” como así también los “artistas” e “intelectuales” que integran el “tren cultural””, efectuaban una intensa campaña de acción psicológica entre los trabajadores, “llegando a un verdadero “lavado de cerebros” y un posterior adoctrinamiento para incitar a la revuelta, al desorden, al caos, (...) no respetando el derecho de propiedad de los grandes o pequeños dueños”.^[66] Ceustermans advertía sobre la existencia de centros de formación o escuelas de guerrilleros: “pude confirmar en la localidad de Pucón la versión de que en ambas márgenes del camino que conduce al paso Carriñe (a 90 km. de San Martín de los Andes, en territorio argentino)

[61] AHCRA, Fondo E, AH/0027, n.º 27, oficio reservado de embajador al MRE, 28 de enero de 1971.

[62] *Ibíd.*

[63] *Ibíd.*

[64] AHCRA, fondo E, AH/0027, memorándum secreto, 26 de febrero de 1971.

[65] Vanguardia Organizada del Pueblo, grupo separado del MIR en 1969.

[66] AHCRA, fondo E, AH/0027, memorándum secreto, 26 de febrero de 1971.

existiría un centro de formación de guerrilleros entrenados por elementos cubanos”.^[67] La existencia de ese tipo de establecimientos no fueron probados por los diplomáticos argentinos, tal vez porque como apuntaba el ministro consejero “la táctica de la acción de adoctrinamiento guerrillero” exigía “cambios rápidos de posición para evitar su detección, como así también por la topografía particular de la región”, que hacía muy difícil su ubicación.^[68] En verdad, se trataba de actividades con antecedentes reales, como el ya mencionado descubrimiento, en 1967, de una escuela de guerrillas en Nahuelbuta, organizada por el MIR o el centro de entrenamiento montado por “la Organa”.

La actuación del MIR fue un tema que Gallac planteó a Allende y este le respondería que contaba con dominarlo llegado el momento; esa fue al menos la impresión del embajador, sobre todo, cuando el presidente destacó que con ellos se podía dialogar “pues hay algunos de sus dirigentes que son hombres de valía y además entienden de política, yo confío que con el tiempo los convertiré en buenos socialistas”.^[69] Según lo expresado por Allende, no solo se trataba de un conocimiento político, también lo era por razones familiares, ya que el hijo de una de sus hermanas pertenecía a la organización.^[70] Andrés Pascal Allende, el sobrino del presidente, fue uno de sus nexos con el movimiento, como también lo fueron su hermana e hija: Laura y Beatriz. Si bien durante la campaña presidencial de 1970 el MIR mostró una total desconfianza por la vía electoral, en el período que medió entre la elección y el 24 de octubre algunos de sus militantes pasaron a conformar –reforzando a los *elenos* del grupo original– la Guardia de Amigos del Presidente, el GAP.^[71] Poco después de asumir la presidencia, Allende desistió de los procesos judiciales iniciados por Frei contra militantes de izquierda, quienes salieron de la cárcel y –al propio tiempo– el MIR

[67] *Ibíd.*

[68] *Ibíd.*

[69] AHCRA, fondo E, AH/0027, n.º 50, oficio secreto de embajador al MRE, 11 de febrero de 1971.

[70] *Ibíd.*

[71] Cristian Pérez, *Vidas revolucionarias*, Santiago, Editorial Universitaria-CEP, 2013, ps. 95-104.

de la clandestinidad.^[72] Pero bajo el paraguas presidencial, algunos *miristas* del GAP llegarían a sobrepasar ciertos ámbitos de actuación –por ejemplo, perpetrar asaltos para hacerse con dinero–, perjudicando la credibilidad del gobierno, “alertando a los sectores más reaccionarios de las fuerzas armadas” y desatando –además– las críticas de la oposición.^[73] Gallac mencionó en informes a su Cancillería respecto a la “peligrosa impunidad” que gozaba aquella “guardia civil”.^[74]

Tan temprano como marzo de 1971, la Embajada argentina remarcaba dos elementos a tener presentes en el devenir chileno, “cuyo comportamiento puede incidir en el proceso”: el MIR y la joven oficialidad del Ejército. El desafío en ambos casos recaía en Allende ¿Sería capaz el presidente de “adecuar mentes predispuestas a la violencia atrayéndolas hacia un razonamiento legalista”?, “¿podría captar de los segundos el apoyo que iba a necesitar?”.^[75]

Cuando en abril de 1972, los *miristas* salieron del GAP, el Partido Socialista se hizo cargo del control de la guardia personal presidencial, pero el movimiento se llevó la mitad de las armas de la organización: “La relación de confianza política entre el MIR, la Unidad Popular y el presidente Allende se había trizado”.^[76] Fue en este período en que empezó a pensarse en crear zonas de repliegue en el área rural, ante la posibilidad de un golpe de estado, lo que implicaba la configuración de una estrategia de alcance continental y la aproximación a la militancia regional,^[77] estrechándose los lazos con los Tupamaros (MLN-T) y con el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), agrupaciones argentinas. Con algunas diferencias ideológicas, eran partidarios de la lucha armada y de la guerrilla urbana. A partir

[72] *Ibíd.*, pp. 95-105.

[73] *Ibíd.*, p.114.

[74] AHCRA, fondo E, AH/0027, n.º 217, oficio embajador a MRE, 3 de junio 1971.

[75] AHCRA, fondo E, AH/0027, n.º 110, oficio reservado de embajador al MRE, 17 de marzo de 1971.

[76] Cristian Pérez, “Salvador Allende, apuntes sobre su dispositivo de seguridad: el Grupo de Amigos del Presidente (GAP)”, *Estudios Públicos*, 2000, 79, pág. 55.

[77] Marchesi, *Hacer la revolución*, cit., p. 133.

de 1972, se crearon campamentos para ubicar a los tupamaros que, según expresiones de sus protagonistas, llegaron a constituir una mezcla de militancia, entrenamiento militar y comunidad hippie.^[78]

Después del triunfo de Allende, la Organa y los elenos se fusionaron. La estrategia ahora apuntaba a la defensa del proceso;^[79] mientras, algunos elenos pasaron a ocupar cargos de gobierno.^[80] Luego, en 1971, la fusión Organa/ELN alcanzó la dirección del partido socialista, imprimiendo con Carlos Altamirano como secretario general, un sello más radical o “pro-vía armada”.^[81] Pero, para Allende y el allendismo,^[82] la realidad histórico institucional del país no permitía otra vía que la pacífica. El debate respecto de cómo llevar adelante la “vía chilena hacia el socialismo” o la dificultad para implementar una estrategia clara y única,^[83] sería una constante que, en relación con la Argentina, se haría visible en diversas oportunidades.

Según el diplomático enviado por la Embajada argentina al sur de Chile, en la mencionada dificultad –o “choque de vías”– radicaba la contradicción del proceso chileno. Desde Valdivia y hasta la isla de Chiloé, se observaban carteles reveladores de “un total desafío por parte de la extrema izquierda” que incitando a la “Revolución total”, acusaban al gobierno de estar compuesto por “viejos burgueses como otros gobiernos anteriores”. Más aun, informaba Ceustermans: “He visto inclusive carteles que rezaban “Allende el primer momio^[84] del país”, firmado MIR. Otros consignaban: “el voto nos dio el Gobierno, el fusil nos dará el poder”. Un aspecto interesante en el análisis de Ceustermans reside en la idea de que

[78] Jimena Alonso, “Tupamaros en Chile Una experiencia bajo el gobierno de Salvador Allende”, *Revista Encuentros Uruguayos* n.º 4, 2011, págs.129-134.

[79] Velásquez, “La Organa...”, *cit.*, p. 428.

[80] Cristián Pérez, *Vidas revolucionarias*, *cit.* p. 50.

[81] Velásquez, “La Organa...”, *cit.*, pp. 428-429.

[82] Joaquín Fernández, ‘Allende, el allendismo y los partidos: el Frente de Acción Popular ante las elecciones presidenciales de 1958’, *Revista Izquierdas* n.º 23, 2015.

[83] Véase Sergio Bitar, *El Gobierno de Allende, 1970-1973*, Santiago, Pehuén, 2017.

[84] Término peyorativo utilizado en Chile para señalar a una persona identificada con una postura política de derecha.

los grupos de ultra izquierda trabajaban en la “tradicional acción comunista” para “desprestigiar el régimen legal con miras a quebrar el orden político”.^[85] Copiar o replicar aquel tipo de *modus operandi* era un fenómeno entendible en la lógica –o la percepción– que suponía para un funcionario de la Revolución Argentina el comportamiento del comunismo. Para el PC chileno, en cambio, algunos movimientos guerrilleros, rurales o urbanos, eran considerados más que nada “aventuras pequeño-burguesas”.^[86] La actuación del PCCh sería luego más certeramente evaluada en la Embajada, pero por otro funcionario argentino. Los comunistas –siguiendo al consejero Cesar Márquez– “con su firme ortodoxia parecían no tener apuro y preferían tomar posiciones de retaguardia apoyando la figura del presidente y de la UP, buscando presentar una actuación moderada y en cierto modo, a la expectativa”.^[87]

Pese a las previsiones chilenas en “el caso Bustos”, otro episodio perturbó la relación bilateral y fue generado –nada menos– que por el ministro de Agricultura, Jacques Chonchol, ex asesor de Fidel Castro en la reforma agraria cubana y principal actor de similar proceso bajo el gobierno de Frei.^[88] Hasta su nombramiento ministerial había sido director del Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) de la Universidad Católica de Chile. La Embajada argentina lo ubicaba en la línea que buscaba imprimir velocidad al proceso de cambios, incluso “a quien ha llegado a sindicarse como agente exacerbador de las tomas de fundos”.^[89] Invitado a la tradicional fiesta de la Vendimia en Mendoza, el ministro chileno se había reunido con estudiantes en su hotel para tratar “temas subversivos”, de acuerdo con fuentes de la España franquista.^[90] La Cancillería argentina protestó, insistiendo en el respeto por el

[85] AHCRA, fondo E, AH/0027, memorándum secreto, 26 de febrero de 1971.

[86] Joaquín Fernandois, *La revolución inconclusa. La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular*, Santiago de Chile. Centro de Estudios Públicos, 2013, p. 111.

[87] AHCRA, fondo E, AH/0027, n.º 110, oficio reservado de embajador al MRE, 17 de marzo de 1971.

[88] Fernandois, *La revolución inconclusa, cit.*, ps. 148 y 286.

[89] AHCRA, fondo E, AH/0027, n.º 110, oficio reservado de embajador al MRE, 17 de marzo de 1971.

[90] AMAEE, viajes ministro López Bravo, Argentina (21, 22 y 23 marzo 1971), legajo 25.677, exp. 13. Carpeta: Asuntos Comunes a los distintos países

principio de no intervención y solicitando colaboración entre los gobiernos. Según los documentos españoles, “Santiago respondió que Chonchol actuaba como profesor y no como ministro”.^[91] El ministro de Relaciones Exteriores Clodomiro Almeyda convocó a Gallac para asegurarle que se buscarían “los medios adecuados que pudieran prevenir la acción de grupos y de personas que en uno u otro país pudieran actuar en detrimento de las buenas relaciones que ambos Gobiernos desean mantener”.^[92] De acuerdo con Gallac, el ministro del Interior chileno, José Tohá, aguardaba de Buenos Aires “una respuesta a fin de instrumentalizar esta acción, que fue solicitada por nosotros”, pidiendo para ello instrucciones a sus superiores.^[93] En cuanto a la réplica argentina, los documentos no dicen mucho, pero lo anterior sugiere –al menos– la disposición chilena en orden a estructurar una colaboración bilateral para ejercer control de lo políticamente aceptable.

Respecto al incidente, Gallac supo de manera confidencial, gracias al ex canciller Conrado Ríos Gallardo, sobre la fuerte reprimenda que Chonchol recibió de Allende, quien consideraba increíble su falta de prudencia, comprometiendo las relaciones bilaterales.^[94] Desde Buenos Aires, Huidobro manejaba una interpretación algo diferente del episodio, que al parecer había sido utilizado para desviar la atención sobre la gestión del gobernador mendocino y por el presidente para mostrar que frente a “los jefes militares de la región quedaba como intransigente ante cualquier eventual intromisión chilena en la política interna del país”.^[95] Con

visitados. Nota informativa sobre el primer viaje del señor ministro a Iberoamérica. Secreto, 5 de abril de 1971. Asunto: Argentina.

[91] *Ibíd.*

[92] AHCRA, fondo E, AH/0027, n.º 116, oficio reservado de embajador al MRE, 18 de marzo de 1971.

[93] *Ibíd.*

[94] AHCRA, fondo E, AH/0027, n.º 120, oficio reservado de embajador al MRE, 24 de marzo de 1971.

[95] AHMRECH, vol. 1.778, n.º 388/48, oficio confidencial de embajador al MRE, 16 de marzo de 1971.

todo, Almeyda hablando en representación de su gobierno había sido enfático: “lo ocurrido en Mendoza no volvería a repetirse”.^[96]

Para principios de 1971 Chile constituía “la obsesión de la política argentina”. En su primer viaje a Buenos Aires en marzo, el ministro de Asuntos Exteriores franquista tuvo la oportunidad de entrevistarse a solas con el canciller de Pablo Pardo. Altos funcionarios de dos dictaduras, ambos pusieron sobre la mesa el pragmatismo de las políticas exteriores que encaraban. López Bravo se explayó sobre los temas internacionales que interesaban a España: Europa, Mediterráneo, Gibraltar y Estados Unidos. A su turno, de Pablo Pardo se mostró quejoso sobre la falta de contenido de la OEA y la disparidad de criterios que allí se verificaban entre los Estados Unidos y el resto de los países. Señaló la curiosa circunstancia de, por ejemplo, los puntuales alineamientos de Perú y Bolivia con Chile, dándose “el hecho imprevisible de que Perú votase en nombre de Chile, confirmando así la llamada Confederación ideológica del Pacífico, formada por los países citados y Bolivia”, recelando de que el gobierno de Lima se uniera al de Santiago a “costa de su tradicional amistad con la Argentina”. También se lamentó de la insolidaridad que se expresaba en la ALALC, descartando que llegase a ser un auténtico mercado común. Respecto a Chile, le confió a López Bravo:

“Considera que la intención de fondo de Allende es mantenerse dentro de ciertos límites de moderación, pero teme que se vea desbordado por los acontecimientos y caiga en un auténtico marxismo. Por ejemplo, le consta que estudiantes argentinos han pasado a Chile por el sur, para recibir cursos de terrorismo (...) En Argentina sienten preocupación por lo mal que va la economía chilena, el paro existente, y quién puede ayudarles económicamente a salir adelante, dudando que lo haga la URSS”.^[97]

La aproximación de los extremos: Lanusse y Allende

[96] AHCRA, fondo E, AH/0027, n.º 116, oficio reservado de embajador al MRE, 18 de marzo de 1971.

[97] AMAEE, viajes ministro López Bravo, Argentina (21, 22 y 23 marzo 1971), Legajo 25.677, exp. 13. Carpeta: visita a Buenos Aires. Entrevista con el ministro de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina, don Luis María de Pablo Pardo, Buenos Aires, 22 de marzo de 1971. Secreto.

Al poco tiempo de asumir Levingston tuvo que hacer frente a actos de insurgencia urbana: ataques a pequeñas poblaciones del interior del país, con el propósito de obtener armas, documentos, uniformes, dinero bancario, pero tanto como ello, visibilizar la lucha contra la dictadura.^[98] Al mismo tiempo, emergieron tensiones entre el presidente y los altos jefes militares que lo habían instalado en el poder. Levingston, quien al ocupar el cargo se encontró con funcionarios que no había elegido y políticas ya diseñadas, no se resignó a ser un mero gestor.^[99] Los desacuerdos con la Junta de Comandantes se dieron en torno a la prolongación de su mandato, a la negociación con la dirigencia político-partidaria, a la existencia de un proyecto político propio (“una democracia jerarquizada y ordenada”) e incluso pareció influir su temperamento, calificado de iracundo. Otra vez Córdoba impuso el ritmo de las decisiones, cuando el gobernador de antecedentes fascistas, inconsultamente designado por Levingston, amenazó con cortar la cabeza de la “víbora” marxista, un alzamiento popular detonó el relevo. El 26 de marzo Lanusse juró como presidente.

En relación con Chile, un breve párrafo de un largo “balance” del embajador Huidobro expresaba que “el carácter del presidente Levingston no facilitó mis primeros pasos (...) felizmente, mis conversaciones con el canciller de Pablo Pardo me alentaron a proseguir las tareas encomendadas y al mes y medio, cuando se hizo cargo el presidente Lanusse, encontramos el camino abierto para cumplir los objetivos que se me habían señalado. Los móviles de política interna que guiaban al nuevo gobierno, sirvieron mucho a la aproximación y a las coincidencias entre ambos presidentes”.^[100]

Lanusse anunció su propuesta de un Gran Acuerdo Nacional (GAN) que prometía una salida electoral y la habilitación de las

[98] Varios autores señalan la inspiración generada por la ocupación de la ciudad de Pando –a poco más de 30 kilómetros de Montevideo– en octubre de 1969 por el grupo guerrillero tupamaro, modalidad también conocida como “copamiento”, interpretación que compartían los militares argentinos.

[99] De Riz, *Historia Argentina*, cit., p.87.

[100] Oficio confidencial de embajador a MRE, 14 de mayo de 1973, AHMRECH, en Fernandois y León Hulaud, ‘¿Antinomia entre democracia y gobierno militar?’, cit. págs. 135-136.

actividades de los partidos políticos, incluyendo al peronismo: restablecer el orden constitucional como máximo en tres años era la consigna compartida entre los comandantes. Plan que, en dichos de Goldar, buscaba una solución honorable a la “Revolución Argentina”, una “retirada en las mejores condiciones posibles” que aventara un “salto al vacío”, de consecuencias imprevisibles.^[101]

Conllevaba también esperanzas de que, por una carambola de los acontecimientos, el visceral antiperonismo lograra prevalecer sobre una casi inevitable deriva peronista en la Argentina. La laberíntica estrategia política se dotó de una perspectiva exterior congruente: mientras el anticomunista régimen militar brasileño se aislaba en su progreso y acrecentaba su desarrollo económico en desmedro de la paridad de fuerzas en el Cono Sur, las experiencias más dinámicas eran protagonizadas por gobiernos militares de tipo nacionalista-izquierdista (Perú y Bolivia) o el gobierno socialista de Chile, y hacía allí se orientó la Argentina.^[102] Con el Ministerio de Relaciones Exteriores argentino como brazo ejecutor, Lanusse no hacía más que profundizar en lo que Levingston perfiló, quién en octubre de 1970 había respondido a la prensa durante una visita a la nortea provincia de Jujuy que los procesos del Chile de Allende y la Bolivia de Torres eran factores a tener en cuenta “para la solución de nuestros problemas durante el proceso revolucionario”.^[103] En lo interno, para el régimen argentino, resultaba necesario “generar la imagen de una política independiente, sin prejuicios, sin barreras ideológicas, y capaz de ser apoyada por el grueso de la población (...) era importante que el país levantara la bandera de la no intervención en los asuntos internos de otro”.^[104] Es que, como canciller de Levingston, de Pablo Pardo, había comenzado a dar pasos en esa dirección, que se consolidaron al ser mantenido en el cargo por Lanusse. Ahora estaban aún más decididos a superar la posición de “dogmático y arrogante aislamiento” que, a su juicio, había sostenido el gobierno de Onganía y que había sido directa causa

[101] Ernesto Goldar, “El retorno de Perón”, *Todo es Historia* n.º 304, noviembre de 1992, Buenos Aires, pág. 13.

[102] Alejandro A. Lanusse, *Mi testimonio*, Buenos Aires, Lasserre, 1977. p. 240.

[103] *Clarín*, 11 de octubre de 1970, en Alejandro A. Lanusse, *Mi testimonio*, cit., p. 178.

[104] Alejandro A. Lanusse, *Mi testimonio*, cit., p. 240.

de perjuicio para los intereses argentinos en América del Sur,^[105] aunque como vimos en enero de 1970 el presidente argentino ya había ensayado un viraje con Frei. El “pluralismo ideológico” que más abiertamente se adoptó, fungió como proyección integral de la política exterior, ejemplificado en la firma de un acuerdo comercial con la URSS en 1971 y en el establecimiento de relaciones diplomáticas con la República Popular China en 1972.^[106]

Cuadrándose con aquella dirección provocadora en lo internacional que se pergeñaba en Buenos Aires, Gallac cumplió con sus instrucciones y visitó al presidente Allende en su residencia privada, para entregarle una carta de Lanusse. Pasados casi dos meses desde la llamada telefónica a Levingston aún La Moneda esperaba una respuesta: el Beagle era uno de los temas a tratar. Allende aprovecharía la entrevista para reiterar la importancia de la política de no intervención y las medidas que a tal efecto venía tomando, haciéndose “eco de la preocupación que el general Levingston me había hecho llegar”. Enfatizó Allende que en Chile “solo hay las fuerzas armadas existentes, y que todo otro grupo, comandantes, etcétera, será inexorablemente suprimido”. Se había dado satisfacción al reclamo por la reunión de Chonchol y en esta línea debía decirle “amistosamente” que el gobierno tenía conocimiento sobre el entrenamiento de chilenos opositores en la provincia argentina de Neuquén. La circulación clandestina a través de la frontera también inquietaba en Santiago y no solo bastaba con ofrecer garantías de no exportación; la situación exigía –en palabras de Allende– “comprendernos y trabajar juntos en

[105] Véase Mario Rapoport y Graciela Sánchez Cimetti, ‘Luis María de Pablo Pardo: Un ideal geopolítico y la ruptura de las fronteras ideológicas, 1970–1972’, en Mario Rapoport, *Historia oral de la política exterior argentina (1966–2016)*, Buenos Aires, Editorial Octubre, 2016.

[106] María Cecilia Míguez, ‘El concepto de pluralismo ideológico en América Latina y la política exterior argentina (1971–1975)’, *Análisis Político* 2018, pág. 94. Ya en 1964 el gobierno de Illia vendió varios millones de toneladas de trigo a la China Popular, gobernada por Mao Tse-tung, ante las dificultades de colocar en los mercados internacionales una cosecha excepcional, en Agustín María Barletti, “Arturo Illia, no solo un honesto presidente”, *La Nación*, 3 de agosto 2020, Buenos Aires.

muchas empresas de beneficio común”.^[107] Ideas que pocos días después refrendaría el nuevo ministro del Interior argentino, Arturo Mor Roig, dirigiéndose al embajador Huidobro: se esperaba una amplia cooperación mutua.^[108] Pero la colaboración en perspectiva chilena iba más allá del tema limítrofe y del control fronterizo, buscando obtener mayores réditos en vista a lo que se presentaba como receptividad argentina; posibilidades que Almeyda supo leer tempranamente.

Factor de entidad mayúscula se sumaba a la conformación de acciones más estratégicas que tácticas en la política argentina hacia Chile. De repente, se advirtió que Brasil no estaba en un “espléndido aislamiento”, sino que su diplomacia había comenzado a ejecutar una fuerte ofensiva en la región, preocupando a Lanusse y sus fieles. En exagerada perspectiva de Huidobro, era ya temor de los argentinos frente a otro país latinoamericano, “por primera vez en la historia”. Dicha toma de conciencia frente al “gigante brasilero que se despereza”, podría “influir notoriamente en la política interna de la Argentina. Y aún más, en una actitud francamente positiva de mayor acercamiento de este país hacia Chile, como un modo de contrarrestar los altos niveles de relación que puede alcanzar el Brasil en el área latinoamericana”.^[109] El poderoso elemento de coincidencia del anticomunismo,^[110] se superponía con el peso geopolítico de imágenes y realizaciones que herían la arraigada susceptibilidad argentina frente al expansionismo brasileño, que, al fin, parecía reimpulsar la dictadura militar de 1964.^[111] ¿Cuál fuerza prevalecería?

[107] AHCRA, fondo E, AH/0027, n.º 125, oficio reservado de embajador al MRE, 30 de marzo de 1971.

[108] AHMRECH, vol. 1.778, n.º 554/74, oficio confidencial de embajador al MRE, 15 de abril de 1971.

[109] AHMRECH, vol. 1.779, n.º 773/117, oficio confidencial de embajador al MRE, 20 de mayo de 1971.

[110] Roberto Baptista Junior y Roberto García, “Finding Footprints of the Operation Condor: Cooperation Between Brazil and Uruguay in Communist Matters Before the Seventies”, *World History Bulletin* 2017, pág. 2.

[111] Bruno Fornillo, ‘Centralidad y permanencia del pensamiento geopolítico en la historia reciente de Sudamérica (1944-2015)’, *Estudios Sociales del Estad* n.º 2, 2015, págs. 124-125.

Con una opción de desarrollo dirigida a consolidar la capacidad industrial de su litoral marítimo y crear un polo de crecimiento en la Amazonía y el nordeste, el régimen brasileño había instalado casi cinco millones de kilovatios, frente a una Argentina que tenía muchas de sus grandes obras de infraestructura estancadas.^[112] Aunque la extensa nación platina aún retenía ventaja, “en 1971, el ingreso “per cápita” del Brasil equivalía al 37 % del ingreso “per cápita” de la Argentina, estimado en 1 723.8 dólares corrientes, un poco menos que el doble de ingreso “per cápita” argentino en 1938”,^[113] Brasil pujaba por imponer el ritmo a los países vecinos. Lo hacía no solo en lo económico sino también en lo ideológico. Aunque en Paraguay, la dictadura del general Stroessner decía mantener una “neutralidad dinámica” entre sus dos grandes vecinos que buscaban el liderazgo en América del Sur, los intereses y el modelo a seguir se encontraban en Brasilia.^[114] A lo anterior se sumaba la falta de estabilidad del gobierno en Uruguay y la ascendente influencia de Brasil, donde desde la llegada al gobierno de Jorge Pacheco Areco, se ejercía una colaboración represiva sobre los exiliados brasileños.^[115]

Una forma de contrarrestar a Brasilia se venía insinuando con la aproximación de Buenos Aires al gobierno nacionalista de izquierda del general Juan José Torres en Bolivia. En enero de 1971 se ratificó la firma del acuerdo de cooperación argentino-boliviano en el

[112] Véase Luis Alberto Moniz Bandeira, *Argentina, Brasil y Estados Unidos. De la Triple Alianza al Mercosur*, Buenos Aires, Norma, 2004, ps. 343-376; Tanya Harmer, ‘Brazil’s Cold War in the Southern Cone, 1970-1975’, *cit.*.

[113] Anuario, *La Argentina de hoy. Realidades e incógnitas*, Buenos Aires, El Cronista Comercial, diciembre 1974, años LXVI, pág. 14.

[114] El 23 de abril de 1973, se suscribió en Brasilia y con la asistencia de Stroessner y Emilio Garrastazú Medici, el Tratado de Itaipú, represa que prometía ser “la mayor productora de energía del planeta”. En el corazón del continente, Brasil consolidaba su condición de gran centro económico, dotado de un enorme potencial hidroeléctrico que ejercía su influencia en toda la Cuenca del Plata.

[115] Ananda Simões Fernandes, “A conexão repressiva entre a ditadura brasileira e o Uruguai (1964-1973): a atuação do Departamento De Ordem Política E Social do Rio Grande do Sul”, *Taller (Segunda Época). Revista de Sociedad, Cultura y Política en América Latina* n.º 1 2012, octubre, pág. 1.

campo de los usos pacíficos de la energía nuclear.^[116] Y es que como indicaba la revista uruguaya *Marcha*, desde los tiempos de la guerra del Chaco (1932-1935): “es allí donde arde el fuego de la rivalidad económica argentino-brasileña”. Desde el 7 al 13 de julio, el canciller boliviano, Huáscar Taborga Torrijo, firmó con la Argentina otra serie de acuerdos de cooperación, incluido uno sobre cuencas hidrológicas.^[117]

En esa línea, pero mucho más sorprendente sería la aproximación al Chile de Allende. Aquel movimiento empezó a manifestarse en acciones concretas como, por ejemplo, el decidido respaldo a la postulación chilena para que Santiago fuera la sede de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, UNCTAD III, en 1972; el avance en las conversaciones sobre el Beagle;^[118] el apoyo argentino durante las negociaciones del Club de París y la creación de cuatro nuevos consulados (Arica, La Serena, Puerto Montt y Puerto Aysén) en mayo de 1971.^[119]

Pero jugada maestra al más puro estilo bismarckiano –o kissingeriano en esos momentos– correspondió a la Cancillería chilena. A principios de junio, durante la reunión inaugural de la Comisión Mixta de Integración Física bilateral, la delegación chilena propuso –a través del avezado embajador Enrique Bernstein– a su par de la Argentina la celebración de un acuerdo sobre régimen jurídico de las cuencas hidrológicas compartidas entre ambas naciones.^[120]

[116] Véase “Varios acuerdos se firmaron con Bolivia”, *La Nación* 13 de julio de 1971, Buenos Aires; y “Tras firmar acuerdos partió ayer el canciller boliviano”, *La Prensa* 13 de julio de 1971, Buenos Aires.

[117] “El general Lanusse tiene los brazos largos”, *Marcha* 15 de enero de 1971, Montevideo, en Rogelio García Lupo, *La Argentina en la selva mundial*, Buenos Aires, Corregidor, 1973, p. 225. Otros artículos develadores publicados en *Marcha* por García Lupo serían los titulados: “Bolivia, el aliado que la Argentina no puede perder”, 2 de junio de 1971; “El ultraizquierdismo alimentó la conspiración derechista”, 23 de agosto de 1971.

[118] AHCRA, fondo E, AH/0027, n.º 214, oficio de embajador al MRE, 2 de junio de 1971.

[119] AHCRA, fondo E, AH/0028, informe sobre Chile, 23 de octubre de 1972.

[120] AHMRECH, vol. 1778, n.º 1.175/174, oficio confidencial de embajador al MRE, 6 de agosto de 1971.

El tema atrajo de inmediato el interés del canciller de Pablo Pardo, quien “se manifestó pronto a viajar a Santiago a suscribir el instrumento respectivo si se llegaba a un acuerdo satisfactorio”.^[121]

En efecto, el 25 de junio de Pablo Pardo llegó a la capital chilena y el 26 firmó con el ministro Almeyda un acta sobre aprovechamiento de las cuencas hidrográficas, referida a ríos que cruzan fronteras internacionales.^[122] El entendimiento era también un paso para la liquidación del largo conflicto por el canal de Beagle, teniendo una significación geopolítica de la que salían gananciosos ambos mandatarios. Allende “lograba no solo la bendición de un régimen militar claramente antimarxista”, sino que evitaba el apartamiento que buscaba la determinación brasileña en “la demarcación de fronteras ideológicas en América del Sur”. Lanusse obtenía prestigio al “negociar con una república constitucional la primera letra de su apertura al Pacífico y un paso hacia la recuperación de perdidos liderazgos continentales”, ofensiva política que fortalecía los intereses atlánticos, usando las mismas armas empleadas por Itamaraty: la realización de los complejos binacionales hidroeléctricos y de infraestructura física de Salto Grande con Uruguay y Yacyreta-Apipé con Paraguay.^[123] La revista *Primera Plana* le otorgaba el máximo mérito de esa entente a los cancilleres: el intelectual ministro de Relaciones Exteriores chileno y su par argentino, quién como católico tradicionalista, conservador y nacionalista, sorprendía con “una posición dialoguista tan espectacular con el marxismo allendiano”. La crónica señala que la visita del canciller de Pablo Pardo coincidió con el cumpleaños de Allende, siendo invitada la delegación argentina a concurrir a la celebración. Allí se le insinuó al titular de Interior cierta preocupación: “por la supuesta presencia de guerrilleros chilenos en la provincia de Valdivia, limítrofe con el Neuquén (...) Tohá soltó con

[121] *Ibíd.*

[122] ‘La utilización de las aguas fluviales y lacustres se hará siempre en forma equitativa y razonable’, en Fermandois, *Chile y el mundo 1970–1973, cit.*, p. 126.

[123] AHMRECH, vol. 1.780, n.º 1.579/226, oficio confidencial encargado de negocios a MRE, 19 octubre 1971.

su tono campechano de erres arrastradas: “Pero si en Chile no hay guerrilleros. Los guerrilleros ahora somos ministros”.”^[124]

De Pablo Pardo entregó en aquel viaje la invitación oficial para un encuentro entre ambos mandatarios. La idea de la entrevista había surgido de Lanusse quién, durante la primera reunión con Huidobro, manifestó su deseo de conocer a Salvador Allende y concretar la juntada en la Argentina.^[125]

El marxista y el dictador se reunieron en Salta el 23 y 24 de julio. Para el presidente chileno era el primer viaje al extranjero.^[126] Se eligió la capital de la provincia norteña debido a razones de seguridad, prefiriéndosela a Mendoza porque allí residían muchos chilenos opositores al gobierno de la Unidad Popular. El encuentro encarnaba el principio de pluralismo ideológico y en palabras de Allende, el “respeto a la autodeterminación, a la no intervención, y al diálogo sin fronteras”.^[127] La declaración conjunta de los presidentes confirmaría la decisión de avanzar en hallar solución a la controversia por el Beagle,^[128] profundizar las bases para una más cercana relación económica, así como la promoción de acuerdos de complementación sectorial industrial –entendiendo que el desarrollo convergente de ambas economías fortalecería al Pacto Andino vitalizando a la ALALC– y avanzar en la concreción de un acuerdo laboral que resguardara previsionalmente a los muchos trabajadores chilenos que se encontraban en la Patagonia.^[129] En la línea regional, se subrayaría la importancia que podía prestar la

[124] *Primera Plana* n.º 440, 6 de julio de 1971, Buenos Aires.

[125] AHMRECH, vol. 1.779, n.º 1.175/174, Oficio confidencial de embajador al MRE, 6 de agosto de 1971.

[126] Véase Jorge Arrate, *Con viento a favor. Del Frente Popular a la Unidad Popular*, Santiago, LOM Ediciones, 2017.

[127] Salvador Allende. *Proyectar América Latina en el mundo*. Discurso, Salta, Argentina. 23 de julio de 1971 en *Marxists Internet Archive*, (2016) <https://www.marxists.org/espanol/allende/1971/julio23.htm>.

[128] El 22 de julio se había firmado en Londres del Compromiso para el arbitraje del problema de la zona del Canal de Beagle que culminaba con 13 años de negociación.

[129] *Análisis* 27 de julio al 2 de agosto de 1971, Buenos Aires, pág. 541.

CECLA^[130] para coordinar solidariamente la defensa de los intereses económicos regionales, siguiendo con el espíritu del llamado “Consenso de Viña del Mar”, que se había orientado a la constitución de un bloque hemisférico frente al gobierno estadounidense de Richard Nixon.^[131]

Las declaraciones reflejaban acuerdos en términos de política exterior que, sobre la base del encuentro de los “antagonistas”, suponía reivindicar un lugar para América Latina en dignidad y derechos, “coincidimos también en rechazar toda forma de liderazgo político o económico”, diría Allende. Pero también se concordaba en un aspecto económico central: asignar al estado un papel protagónico como motor de la industrialización.^[132]

Huidobro en una nueva hipérbole, consideraba que Salta tendría un impacto demoledor entre los defensores de las “fronteras ideológicas”, siendo un “golpe para la ofensiva diplomática brasileña que quisiera estructurar una “Santa Alianza” en América Latina y es una advertencia para los Estados Unidos”.^[133] El viaje, además, venía a ser un motivo de prestigio para Lanusse, “ciertamente no ante la oligarquía argentina o ante algunos militares derechistas, pero sí ante la abrumadora mayoría del país”. Era el tercer gobernante militar de la Revolución Argentina, “pero solo el primero que se esfuerza por adquirir características y fisonomía de político y

[130] La CECLA había sido creada en 1963 como un mecanismo de cohesión entre los gobiernos latinoamericanos para enfrentar negociaciones comerciales globales en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD). Bajo la influencia del ministro chileno Gabriel Valdés, el foro se remodeló adquiriendo una voz regional -en torno a la idea de excluir a Estados Unidos e incorporar a Cuba- y convirtiéndose en un grupo permanente de ministros de Relaciones Exteriores. Su primera tarea fue redactar un documento sobre las relaciones interamericanas para enviárselo al propio Nixon, en Edgard J. Dosman, *La vida y la época de Raúl Prebisch, 1901-1986*, Madrid, Marcial Pons, 2010, p. 485.

[131] Miguel Ángel De Marco (h), ‘La proyección nacional del desarrollismo santafesino entre 1962 y 1972. Juan Quilici al frente de la cartera de Hacienda del presidente Lanusse y de la Comisión de Coordinación Latinoamericana en 1971’, *Épocas* n.º 9, 2014, pág. 142.

[132] Aldo Ferrer, *La economía argentina: desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010, p. 32.

[133] AHMRECH, vol. 1.779, n.º 1.175/174, oficio confidencial de embajador de Chile al MRE, 6 de agosto de 1971.

una imagen que en algo se acerque a las simpatías de las masas”. Si las “alabanzas recibidas por la Cancillería y el gobierno” recorrían “el espectro político” incluyendo “a todos los grupos opositores”, la excepción la conformaban “los núcleos guerrilleros”.^[134] A la inversa, Allende podía exhibir el mismo pragmatismo ante las clases medias.

Ahora bien, excluyendo los extremos, la maniobra de Lanusse también podría relacionarse, como advierte Liliana de Riz, con su autopercepción como “reserva” para la transición presidencial que imaginaba; “un caudillo militar” (...) convertido en líder, en el intérprete de un proyecto político”.^[135] Siendo que entre la juventud universitaria argentina, en sectores intelectuales y en parte de la sociedad, el Chile de Allende era en sí mismo una atracción,^[136] acercarse a él constituía todo un signo. La Argentina enviaba un claro mensaje contrario a la exclusión del vecino, en momentos que afirmaba relaciones de cooperación con los gobiernos populistas de Bolivia y Perú y con el Uruguay, que temía la presión brasileña.^[137]

En suma, autodeterminación, no intervención, pluralismo ideológico eran las consignas compartidas, pero en una región de equilibrios inestables y condiciones fluidas, el escenario se modificó con bastante rapidez.

En agosto, el golpe de Hugo Banzer en Bolivia fisuró el frente ideológico del Pacífico, debilitando el contrapeso de la Argentina frente a Brasil.^[138] El régimen que se instauró favorecía y envalentonaba al sector antiperonista – “gorila” – del Ejército para presionar

[134] *Ibíd.*

[135] De Riz, *Historia Argentina, cit.*, p. 107.

[136] María Agustina Díez, “El dependantismo en Argentina. Una historia de los claroscuros del campo académico entre 1966 y 1976”, tesis doctoral, UNCuyo, marzo 2009.

[137] AHMRECH, vol. 1.779, n.º 1.175/174, oficio confidencial de embajador al MRE, 6 de agosto de 1971.

[138] Ramiro Sánchez, *Brasil en Bolivia. Lecciones de un golpe militar*, Santiago, Librería y Ediciones Letras, 1972, ps. 34-35. El libro fue publicado con la colaboración del Frente Brasileño de Informaciones, siendo el segundo de la colección “Cuadernos Brasileños”, que había comenzado con *Pena de muerte en Brasil: de los hechos a la legalidad fascista*, de Rodrigo Alarcón, Santiago, Ediciones Letras, 1971.

a Lanusse.^[139] Generando una mayor circulación ilegal a través de la frontera de quienes buscaban escapar de la dura represión que se desató, se produjo un aumento notable de los pedidos de asilo, diplomático y territorial. Para el 9 de septiembre la Embajada argentina en La Paz pidió a Buenos Aires que se considerara “la posibilidad de restringir la concesión del mismo en vista de que la casi totalidad de los que lo solicitan son activos marxistas”.^[140] La Secretaría de Informaciones del Estado advertía que se debía “evitar que la ARGENTINA se convierta en base de operaciones de elementos revolucionarios de extrema izquierda, cuyo accionar compromete la estabilidad de gobiernos de países amigos y aún del propio país”.^[141] Tolerancia, tal vez; contubernio no. En Uruguay, en el marco de una agitada campaña electoral, entre julio y septiembre, espectaculares fugas carceleras de los principales cuadros tupamaros, sorprendieron al gobierno de Jorge Pacheco Areco. El tránsito de militantes políticos uruguayos a la Argentina, pero particularmente al Chile de Allende, se intensificó, sobre todo después del resultado de los comicios que otorgaron un objetado triunfo al candidato del Partido Colorado, Juan María Bordaberry, ante el Frente Amplio, coalición de izquierda muy similar a la UP.^[142] En ambos casos la intervención brasileña –fomentando el

[139] AHMRECH, vol. 1.780, n.º 1.269/184, oficio confidencial de embajador al MRE, 25 de agosto de 1971.

[140] AHCRA, 863, memorándum n.º 323. Muy urgente, secreto, de jefe del Departamento de América Latina a Dirección General de Política, 9 de septiembre de 1971.

[141] AHCRA, 863, oficio estrictamente secreto y confidencial de Secretario de Informaciones del Estado a MRE, 23 de diciembre de 1971.

[142] Además de los textos claves para estudiar la transnacionalización de los proyectos revolucionarios de Marchesi, también se pueden recomendar investigaciones como las de: Jimena Alonso, *Uruguayos mirando Chile: El problema de la unidad de la izquierda y el acceso al poder por la vía electoral (1956-1971)*, tesis de posgrado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2017; Lucía Boné Paiz, *Las fronteras no atajan las ideas. Relaciones diplomáticas entre Uruguay y Chile (1970-1973)*, trabajo final de investigación, Universidad de la República, Facultad de Derecho, Licenciatura en Relaciones Internacionales, 2017.

golpe en uno y el fraude electoral en el otro— había sido directa,^[143] mientras la reacción argentina fue mantener el impulso por la complementariedad con los países del Pacífico: el 13 de octubre Lanusse emprendió una gira a Perú y Chile.

En Lima, la Declaración conjunta de los presidentes incluyó la crítica a la política proteccionista norteamericana y de los países desarrollados, así como la reafirmación de la no intervención, la autodeterminación de los pueblos y la cooperación internacional.^[144] Lanusse seguía tensando la cuerda: se permitió una corrección a un periodista que calificó a su gestión de “gobierno de derecha”: “Mi gobierno tiene particular interés por mejorar las condiciones sociales del pueblo argentino. Quiere que tenga plena vigencia en el país la libertad con justicia social. Si usted califica eso como gobierno de derecha, yo no tengo inconveniente. Si lo califica como gobierno de centro o de izquierda, tampoco tengo inconveniente”.^[145]

Después de la visita al Perú del general Juan Velasco Alvarado —periplo que había realizado el presidente chileno unas semanas antes— Lanusse se trasladó a Antofagasta el 16 de octubre para reencontrarse con Allende.

La aproximación a Chile representaba una oportunidad, aunque implicaba un claro riesgo. Ya en mayo de 1971 el embajador Gallac presagiaba que el conflicto salía de sus mecanismos acordados de solución para entrar a una etapa anárquica o de “crisis general de autoridad”.^[146] Y en sus entrevistas con personalidades del momento, la visión sobre el panorama político no mejoraba. Si a mediados del año el expresidente Eduardo Frei le expresaba que solo un milagro salvaría a Chile “de la más horrorosa catástrofe económica

[143] Véase Luis Alberto Moniz Bandeira, *Fórmula para el caos. La caída de Salvador Allende (1970-1973)*, Buenos Aires, Corregidor, 2011; Tanya Harmer, “Brazil’s Cold War in the Southern Cone, 1970-1975”, *Cold War History* n.º 12, 2012, pág. 4.

[144] Texto de la Declaración de Lima, citado en *Estrategia* n.º 12, julio-agosto-septiembre-octubre de 1971, Buenos Aires, págs. 141-144.

[145] Argentina, Presidencia, *Entrevista de los presidentes de la Argentina y Perú*, Buenos Aires, 1971, p. 34.

[146] AHCRA, fondo E, AH/0027, n.º 185, oficio reservado de embajador al MRE, 17 de mayo de 1971.

de su historia y de su conversión al marxismo-leninismo”;^[147] en septiembre, otro exmandatario, Jorge Alessandri, le manifestaría que “el presidente se encuentra arrastrado por la corriente de la extrema izquierda” y sus “órdenes no se cumplen”.^[148]

Entre una y otra entrevista de Lanusse y Allende, el acelere de la situación no había hecho más que ahondar las diferencias al interior de la UP. Las condiciones de la vía chilena al socialismo se veían cuestionadas por los propios partidos de la coalición y restallar de la incertidumbre eran los socialistas, el MAPU, los *miristas* y demás grupos de ultraizquierda.^[149] Si Allende se pronunciaba por la vía legal y halagaba al Ejército, Altamirano lo criticaba y el líder del MIR, Miguel Enríquez, se refería abiertamente a sus trabajos de infiltración y captación en las FFAA, abogando por la revolución violenta. Al MIR –esto es lo singular– se lo consideraba desarrollando “en el seno del Gobierno” una lucha “sorda y tenaz” con un Partido Comunista disciplinado y de ritmo lento”.^[150] Es decir, el MIR miembro o no de la coalición de gobierno, estaba incidiendo en los rumbos.

El horizonte, siguiendo a Gallac, era sombrío, pero existía la opinión de aquellos que tenían confianza en la “larga militancia política en un régimen democrático” de Allende, en su “concepción del hombre y sus ideales” y en su “tendencia liberal y masónica”. Y las fuerzas armadas no actuarían –en lo que subrayaba era una suerte de consenso general– “mientras el gobierno siga mostrando una cara legal”.^[151]

Antes de verificarse el segundo encuentro entre los mandatarios, la Cancillería argentina había elaborado un documento sobre el escenario interno chileno. De acuerdo con este, Allende capeaba “los temporales con extrema habilidad”, pero “la situación se

[147] AHCRA, fondo E, AH/0027, n.º 295, oficio reservado de embajador al MRE, 22 de julio de 1971.

[148] AHCRA, Fondo E, AH/0027, n.º 379, oficio reservado de embajador al MRE, 7 de septiembre de 1971.

[149] AHCRA, Fondo E, AH/0027, n.º 357, oficio secreto del encargado de negocios al MRE, 26 de agosto de 1971.

[150] AHCRA, fondo E, AH/0027, n.º 400, oficio reservado de embajador al MRE, 15 de septiembre de 1971.

[151] *Ibíd.*

agudiza día a día y cada vez le será necesario emplear más y mejores medios para impedir una crisis verdaderamente seria”.^[152] De hecho, las relaciones económicas ocuparon un destacado lugar en la cita de Antofagasta: en especial las necesidades de importación chilenas y las condiciones especiales de financiamiento otorgadas por la Argentina. En buena medida como consecuencia de la complicación de las relaciones con los Estados Unidos –principal proveedor de bienes importados a Chile– las exportaciones argentinas aumentaron un 123 % en 1971 –114 millones de dólares en cifras absolutas– con respecto a 1970.^[153] Se trataba sobre todo de alimentos e insumos industriales, pero la Argentina buscaría la colocación de bienes de capital (tractores, camiones, turbinas, etcétera) y en dicha ecuación, como se verá, ingresaba el Pacto Andino.^[154]

Para el encargado de negocios chileno en Buenos Aires, la apertura hacia el Pacífico no relegaba los intereses atlánticos, sino que fortalecía la ofensiva diplomática argentina a través de un arma muy bien empleada por Itamaraty; esto es, la realización de ciertos proyectos de interés para sus vecinos, como los complejos binacionales hidroeléctricos y de infraestructura física (Salto Grande con Uruguay y Apipé con Paraguay). Por lo demás, la cita Lanusse-Allende ofrecía otra perspectiva en la política interna argentina, vinculada con la renovada proyección internacional: desestimar en la derecha tradicional el atractivo del “modelo brasileño”.^[155] Apreciación incisiva del encargado de negocios chileno sobre el

[152] AHCRA, Dirección general de política, fondo E, AH/0018, memorándum secreto n.º 354, 21 de septiembre de 1971.

[153] AHCRA, fondo América del Sur, n.º 19, memorándum, Consejería Económica, Embajada de la República Argentina, 19 de julio de 1972.

[154] AHCRA, fondo América del Sur, AH/0019, n.º 4 5/72, carta de subsecretario de Comercio Exterior al subsecretario de Relaciones Económicas Internacionales, 28 de septiembre de 1972.

[155] Brasil vivía su “milagro económico”, alcanzando un crecimiento del 14 % del PIB en 1973. La estrategia fue aumentar la oferta de bienes y servicios con políticas agresivas de industrialización e inversiones en infraestructura, la mayoría financiadas por el endeudamiento externo en bancos e instituciones internacionales. También se estimuló el arribo de multinacionales. Una economía bajo una fuerte intervención del Estado que controló los salarios y prohibió las huelgas. La idea era sustituir importaciones aprovechando las dimensiones del mercado interno, así como obtener

complejo puzzle de intereses que hilvanaba el quehacer de la Casa Rosada. Se les quería hacer ver a los “empresarios autóctonos y foráneos” que aquella vía era posible en Brasil por su “escaso desarrollo social”, mientras que en “la Argentina una disminución tan drástica del nivel de vida ocasionaría cordobazos en cadena”.^[156]

Antofagasta también fue teatro de sorpresivas declaraciones. Lanusse ofreció la mediación argentina en caso de surgir desinteligencias entre Estados Unidos y Chile en la negociación de las indemnizaciones cupríferas.^[157] ¿Tenía capacidad Buenos Aires para llevar adelante semejante gestión? Difícil, ya que, a pesar del notorio despliegue del quehacer exterior, la situación interna era de una gran inestabilidad. Puede que más de evidenciar una intención lo hacía respecto de una valoración del lugar de la Argentina en América Latina: el gesto expresaba vocación de liderazgo en el espacio subregional.^[158]

Allende decidió dar a conocer –pocas horas antes del arribo de Lanusse– la próxima visita de Fidel Castro a Chile ante militantes de izquierda, en su mayoría universitarios. Lo que se podría interpretar como un juego de equilibrios de la Cancillería chilena, fue visto por los sectores conservadores argentinos como una amenaza hacia la región,^[159] sobre todo entre aquellos que desde un principio entendían la relación con el Chile de Allende como un “canal de penetración para la guerrilla y la subversión”.^[160] De hecho, según Marchesi, el viaje de Castro a Chile propiciaría las conversaciones entre diversos grupos del Cono Sur.^[161]

Una estrategia de “frente interno”

un poder ascendente en países de menor desarrollo. Es decir, un modelo industrial exportador.

[156] *Panorama* n.º 225, 7 al 23 agosto de 1971, Buenos Aires.

[157] AHMRECH, vol. 1.780, n.º 1.579/226, oficio confidencial de encargado de negocios al MRE, 19 de octubre de 1971.

[158] AHMRECH, vol. 1.780, n.º 1.579/226, oficio confidencial encargado negocios a MRE, 19 octubre 1971

[159] Fermandois, *Chile y el mundo 1970–1973, cit.*, p. 130.

[160] AHMRECH, vol. 1.780, n.º 1.579/226, oficio confidencial de encargado de negocios al MRE, 19 de octubre de 1971.

[161] Marchesi, *Hacer la revolución, cit.*, p. 138.

Chile era terreno accesible para la organización y reorganización de contingentes de izquierda. Aunque se carecen de estadísticas y registros claros, es posible que desde 1971 a 1973 entre 1 500 a 3 000 uruguayos,^[162] en su gran mayoría militantes orgánicos y periféricos del MLN-T, pasaron por territorio chileno.^[163] A ello se sumaban brasileños y bolivianos. Las relaciones entre muchos dirigentes y cuadros del MIR chileno con el PRT-ERP argentino, los “tupas” y los exiliados guerrilleros bolivianos no significaban solo el asentamiento en Chile, sino que también se aprovechaba la posibilidad de coordinar fuerzas y aceptar los contactos con militantes de las principales ciudades argentinas donde existían núcleos significativos, en especial, Rosario y Córdoba.^[164] Sería allí donde maduró la creación de una Junta de Coordinación Revolucionaria.

A principios de febrero de 1972, todo lo antes dicho fue sopeado en la evaluación de Cancillería argentina y, desde luego, en su diseño estratégico. A su gabinete se integró como director de Política, Guillermo de la Plaza, que venía de ocupar la Embajada en La Paz. Antiperonista, autor de los informes alarmistas sobre los “marxistas” del gobierno de Torres que solicitaron asilo en la Argentina, su cargo era la tercera línea de decisión de la Cancillería argentina.^[165]

[162] Véase Aldo Marchesi, “Geografías de la protesta armada, guerra fría, nueva izquierda y activismo transnacional en el cono sur, el ejemplo de la Junta de Coordinación Revolucionaria (1972-1977)”, *Presentación para II Jornada Académica “Partidos Armados en la Argentina de los Setenta. Revisiones, interrogantes y problemas”*, CEHP-UNSAM) 25 de abril de 2008; Clara Aldrich y Guillermo Waksman, *Tupamaros exiliados en el Chile de Allende. 1970-1973*, Montevideo, Mastergraf, 2015, p. 269.

[163] Alfonso Lessa, *La revolución imposible. Los tupamaros y el fracaso de la vía armada en el Uruguay del siglo XX*, Montevideo, Ediciones Fin de Siglo, 2003.

[164] Rodríguez Ostría, “El legado del Che...”, *cit.*, p. 95 y ss. Véase también Julio Andrés Sujatt, “La Junta de Coordinación Revolucionaria (1972- 1979). Una experiencia de internacionalismo armado en el Cono Sur de América Latina”, *Cuadernos de Marte* n.º 10, 2016.

[165] Véase Guillermo de la Plaza, *Rol protagónico de la República Argentina en el ámbito latinoamericano. Conferencia pronunciada por el embajador Guillermo de la Plaza, el 18 de octubre de 1968, en el Instituto de Enseñanza Superior del Ejército y Centro de Altos Estudios, en oportunidad del IV Curso Interfuerzas*, Buenos Aires, Círculo Diplomático Argentino, 1969 y *La Patria fue mi causa*, Buenos Aires, Editorial Soberanía, 1985.

Aquella Dirección General de Política –o sea, Plaza– interpretó el viaje de Garrastazu Médici a Estados Unidos en diciembre de 1971, como una manifestación de las pretensiones “hegemónicas” brasileñas en la región, la instalación de la imagen del “trato entre iguales” con el gobierno de Washington y del éxito de su modelo. Dado que la visita no había sido bien valorada en términos regionales, se aconsejaba aprovechar esa situación para responder con mayor activismo exterior a la movida brasileña. En la línea de los viajes ya realizados por Lanusse a Paraguay y Ecuador, en cuyas declaraciones conjuntas se destacaba “el carácter multilateral del ordenamiento regional” y “la condena a toda forma de hegemonía”, en los próximos desplazamientos del presidente a Colombia y Venezuela se debía acentuar la “preocupación por entendimientos bilaterales al margen del sistema interamericano”; sobre todo en este último país, ya que a través del embajador argentino se sabía que, para Caracas, Brasilia estaba desarrollando una política de “marcada tendencia imperialista”.^[166] La declaración conjunta reflejó ese ánimo.^[167] En Colombia, y a propósito del Pacto Andino, Lanusse pidió medidas para construir “un centro autónomo de gravitación económica”.^[168] Es más, después de viajar a Brasil y de su encuentro con Garrastazu Médici –en marzo de 1972–, Lanusse telefoneo a Salvador Allende para comentarle su visita, lo que de acuerdo con Huidobro fue interpretado en Brasilia “como una clara indicación de que Argentina no estaría dispuesta a modificar su concepción sobre la no aceptación de fronteras ideológicas”; un gesto que, por lo demás, molestó en las FFAA brasileñas.^[169]

[166] AHCRA, fondo E, AH/0050, oficio de la Dirección General de Política al subjeefe de la Jefatura V Política y Estrategia del Comando en Jefe del Ejército, 8 de febrero de 1972.

[167] Míguez, “El concepto de pluralismo ideológico...”, *cit.*, p. 110.

[168] Hal Brands, *Latin America's Cold War*, Cambridge, Massachusetts; Londres, England: Harvard University Press, 2010, p. 133.

[169] AHMRECH, vol.1806, n.º 357/63, oficio estrictamente confidencial de Embajador al MRE, 24 de marzo de 1972.

La prensa política atribuyó la autoría de aquella osada estrategia exterior protagonizada por Lanusse al propio Guillermo de la Plaza.^[170]

Aunque el pragmatismo internacional de Lanusse acumulaba varios ejemplos –URSS, China, las giras sudamericanas, la aproximación a Cuba, sumando en febrero de 1973 la visita a la España de Franco–, la gran preocupación argentina, es decir, la “subversión” se convirtió en parte del despliegue de la política exterior: la debilidad se podía transformar en fortaleza, a través de una estrategia de “frente interno”. Un Comité del más alto nivel gubernamental^[171] elaboró un informe –en el ámbito de la Inteligencia Estratégica Nacional– sobre la influencia que la situación de los distintos países limítrofes y de Perú, estaba produciendo en la Argentina y en las relaciones con cada uno de ellos en particular. Las conclusiones debían ser apreciadas en el marco de la situación regional y mundial y estas podían cambiar según la “variación de las corrientes ideológicas cuyos centros son Pekín, Moscú y La Habana”.^[172] No obstante, se iba más allá de lo interestatal, incluso con Cuba, en vista a las modificaciones de la propia acción guerrillera (el tránsito hacia la acción urbana) y la multiplicidad de tendencias en su seno (marxismo leninismo; trotskismo; maoísmo; guevarismo, y más). Escapaba a la relación con los “centros” –y a un completo “control” desde los centros– al tratarse de un fenómeno transnacional extenso, móvil y diverso. Lo anterior empujó el comportamiento exterior argentino que, en concreto, buscó reconducir aquella corriente transnacional influyendo en los vecinos: Uruguay y Chile.

Negativa, de acuerdo con el informe, era la actividad tupamara, sobre todo por la interconexión con los grupos insurgentes argentinos. Como el MNL-T justificaba y apoyaba sus actividades en

[170] El Perón de la tercera presidencia (1973-1974), “su viejo adversario” político, designó a de la Plaza embajador en el Uruguay para gestionar la firma del Tratado del Río de la Plata.

[171] En las reuniones participaron el subsecretario de Relaciones Exteriores y Culto, José María Ruda; el director general de Política, embajador de la Plaza; el secretario de embajada, Ernesto Malpede y el jefe del Departamento Superior de la Secretaría de Informaciones de Estado, capitán de fragata (RE) Carlos Viganó.

[172] AHCRA, fondo E, AH/0050, oficio de Cancillería al presidente de la República, 10 de febrero de 1972.

las desigualdades sociales y el empeoramiento de las posibilidades de las clases media y obrera “fruto del monopolio burgués de los medios financieros y económicos del país” se estimaba que “el principal aporte de Argentina para posibilitar la corrección de ese deterioro debe estar dado en el ámbito económico”.^[173] Entonces, se debía avanzar con Montevideo, en la integración física y la coordinación de los planes de desarrollo en sectores industriales. Así como alcanzar un efectivo y pronto intercambio de información para detectar el movimiento de sospechosos, conocer las detenciones en cada país y ciudadanos involucrados en actos extremistas.^[174]

Respecto a Chile, el planteamiento era básicamente el mismo, pero de mayor complejidad. Aunque Santiago demostraba interés por mantener cordiales y viables relaciones con la Argentina, incentivado por la caótica situación de su economía, la diplomacia porteña entendía que “la simple existencia de la experiencia política, social y económica chilena, obra por presencia y proximidad para excitar la actividad subversiva en nuestro frente interno”.^[175] Ante semejante diagnóstico, la solución o posible modo de acción propuesto –amén de arriesgado– resulta sorprendente: se debía apoyar al gobierno de la Unidad Popular para evitar su desestabilización. Ya en las antípodas de la postura norteamericana, era una interpretación similar a la de la diplomacia franquista: si se ayudaba a Chile se evitaría una segunda Cuba.^[176]

Ello no obstaba para que Buenos Aires expresará una “actitud cortes pero de suma firmeza frente a todo intento de infiltrar en nuestro país activistas o grupos organizados para la acción subversiva o simplemente doctrinaria”,^[177] pero en simultáneo, se llevaría a cabo una política flexible y “receptiva” frente al agravamiento de la situación económica chilena. Desde la Cancillería se proyectaba: “es preciso tener en cuenta además que, este intercambio, de signo

[173] *Ibíd.*, anexo 2.

[174] *Ibíd.*

[175] *Ibíd.*, anexo 3.

[176] AMAEE, R. 25.678, exp.10, carta del ministro de Asuntos Exteriores al vicepresidente del Gobierno, n.º 8, Río de Janeiro, 2 de abril de 1971, citado en Henríquez, *¡Viva la verdadera amistad!*, *cit.*, p.110.

[177] AHCRA, fondo E, AH/0050, oficio de Cancillería al presidente de la República, 10 de febrero de 1972.

netamente favorable, representará un aumento de nuestra influencia en Chile, que no solo necesita alimentos sino gran cantidad de productos manufacturados”. Y para “lograr este objetivo será necesario que se otorguen líneas de crédito para las compras chilenas y no se opongan inconvenientes evitables a los productos chilenos **que nuestro** país necesita importar. Debe evitarse la suspicacia de **que nuestra** actitud solidaria es interesada”.^[178] En definitiva, “se apoyará la evolución de la economía chilena y paralelamente se restarán bases a la radicalización ideológica del régimen actual, alternando así la incidencia ideológica negativa sobre nuestro frente interno”.^[179] El desafío que se proyectaba era ver si ello sería suficiente para disuadir el accionar guerrillero, controlarlo o lograr el aislamiento completo.

Chile pasó a servir distintos propósitos. En términos de política interna argentina, el objetivo parece nítido pero desde la perspectiva internacional y regional se advierte que la cordialidad, por una parte, enviaba un mensaje de autonomía frente al imperialismo –brasileño y estadounidense–, reforzado por la aproximación al Pacto Andino. De hecho, en la época el esquema de integración fue visualizado como medio para evitar la “satelización” fuera y dentro de América Latina.^[180] Por otra parte, este último vínculo, además, buscaba desestimar el “modelo brasileño” de desarrollo. Durante esos años en la región se constataba la emergencia del “fenómeno Brasil” y el “fenómeno Grupo Andino”, como formas distintas de imaginar la inserción internacional de los países.^[181] Para Brasil, la integración se proyectaba como un proceso de larga duración, cuyo principal objetivo era la ampliación de los espacios económicos a través de la liberalización del intercambio comercial y por tanto se percibió a la ALALC como una suerte de GATT

[178] *Ibíd.*

[179] *Ibíd.*

[180] Francisco Orrego, ‘Dilemas del Grupo Andino’, *Estudios Internacionales* n.º 11, octubre-diciembre de 1969, págs. 358-359.

[181] Tomassini, “Tendencias favorables o adversas...”; Celso Lafer, “Una redefinición del orden mundial y la Alianza Latinoamericana. Perspectivas y posibilidades”, *Estudios Internacionales*, 1975, pág. 31.

latinoamericano.^[182] La integración pensada en el Grupo Andino se convertía en una herramienta determinante dentro de una estrategia de desarrollo que implicaba un cambio radical del vínculo exterior de los países latinoamericanos, a través de instrumentos de programación industrial conjunta,^[183] y el paso de la sustitución de importaciones nacional a la regional, expandiendo el mercado interno de los países y desarrollando importantes empresas industriales que servirían como motores para el crecimiento futuro.^[184] Desde luego, el modelo industrial exportador brasileño tenía otras dimensiones y su despegue y poderío eran imposibles de alcanzar para la Argentina por sí sola.

Además, el efecto de la situación de Brasil en la Argentina de Lanusse se consideraba contraproducente, por la “inevitable” atracción que el “modelo” brasileiro ejercía en diversos grupos de opinión, ya que respondía a “una concepción económica e incluso a una ideología política compartida por ciertos sectores nacionales”.^[185] Había que desarrollar una labor de esclarecimiento ciudadano que se orientara a subrayar las diferencias estructurales entre la Argentina y Brasil; por ejemplo, el grado de independencia de las economías respecto del capital exterior y a las perspectivas del crecimiento del PNB per cápita, o el desarrollo social y cultural. Todo ello “limitaría sin duda seriamente la influencia del “modelo” tanto en el frente interno como en su repercusión continental”.^[186] Entonces, a la iniciativa político-diplomática caracterizada por un vuelco argentino hacia los países del Pacífico (Bolivia, Perú, Colombia, Ecuador y Venezuela, además de Chile), se sumaba el interés económico-comercial en el mercado que ofrecía el Pacto

[182] Félix Peña, ‘El Grupo Andino: un nuevo enfoque de la participación internacional de los países en desarrollo’, *Estudios Internacionales* n.º 22, 1973, pág. 49.

[183] *Ibid.*, pág. 50

[184] Brands, *Latin America’s Cold War*, cit., p. 134.

[185] AHCRA, fondo E, AH/0050, oficio de Cancillería al presidente de la República, anexo 4, Brasil, 10 de febrero de 1972,.

[186] *Ibid.*

Andino.^[187] La posibilidad de iniciar proyectos de programación conjunta la ofrecería el sector automotriz chileno.

Economía y guerrilla: la apuesta fallida

El gobierno de la Unidad Popular planteó una transformación de la estructura productiva y la creación de tres áreas de la economía: social, privada y mixta. Respecto de esta última, se constituyeron empresas como sociedades entre el Estado y compañías extranjeras, siendo la industria automotriz el primer ámbito en que se llevó a cabo la experiencia. Se consideraba que el sector era un medio para desarrollar valor tecnológico nacional, por lo que inició una modificación radical reduciendo el número de armaduras existentes a dos o tres, como máximo, que se deseaba estuvieran operativas a fines de 1973.^[188] A la par, se producía la salida de los capitales estadounidenses del país, entre ellos la empresa Ford con el cierre de su factoría en la localidad de Casablanca (región de Valparaíso). La Corporación de Fomento de la Producción del estado chileno (CORFO)^[189] realizó distintas licitaciones, entre ellas una doble –en octubre de 1971– para fabricar motores diésel (modelo CP3) y una planta para producir camiones (modelo 673) en sociedad mixta con CORFO.^[190]

El propósito detrás de la doble licitación de la UP radicaba en el “Régimen Común de Tratamiento a los capitales extranjeros del Pacto Andino” o “decisión 24”, como se le conoció de manera coloquial. La medida, una de las más polémicas de las tomadas por el esquema de integración, implicaba la conversión en mixtas de las empresas extranjeras (51 % de capitales nacionales o 30 % si el estado era el socio)^[191] y pese a las críticas –especialmente

[187] Véase María Cecilia Míguez, “Argentina y el Pacto Andino en la década de 1970: política interna y relaciones internacionales”, *Ciclos*, 2019, pág. 52.

[188] Entrevista a Sergio Musa, secretario ejecutivo del Comité Sectorial Automotriz de CORFO, durante el gobierno de la UP. Santiago, 16 de agosto de 2003.

[189] Organismo estatal creado en 1939, encargado de impulsar la actividad productiva.

[190] AHCRA, fondo América del Sur, AH/0019, memorándum de FIAT CONCORD al Ministerio de Relaciones Exteriores, 9 de agosto de 1972.

[191] Ricardo Ffrench-Davis Muñoz, ‘Pacto Andino y libre comercio’, *Estudios Internacionales*, 1977, 38, p. 8.

norteamericanas—,^[192] lo cierto es que la doble licitación automotriz de Allende, captó el interés de nueve empresas automotrices internacionales,^[193] entre ellas FIAT SPA (italiana) y la filial argentina FIAT CONCORD. Si bien el aporte de capital para la planta de camiones sería de origen italiano, todo lo concerniente a los planes de integración, aspectos tecnológicos, intercambio de piezas y partes, se haría a través de FIAT Argentina.^[194]

La propuesta conjunta italoargentina obtuvo la primera calificación para la discusión de las ofertas, de hecho los motores modelo CP3 se estaban exportando —en 1972— por un monto de 5 millones de dólares y el camión 673 tenía autorización para producirse en la Argentina a partir de 1973.^[195] Sin embargo, apareció la firma española Pegaso en el camino. La diplomacia franquista ofrecía mejores condiciones crediticias que eran parte de una gran estrategia diseñada por el Palacio de Santa Cruz (la Cancillería española) para Iberoamérica^[196] y las autoridades chilenas progresivamente se inclinaron por la oferta de Madrid.

Desde luego, la oferta argentina suponía una complementación con Chile que aprovechaba su membresía al Pacto Andino y el acceso a un mercado de 50 millones de personas. Objetivo que los españoles también contemplaron desde un principio.^[197]

Este era un tema sobre el que la Embajada chilena en Buenos Aires venía informando y para el encargado de negocios, Javier Vergara, resultaba evidente que el concepto tradicional de integración aplicado durante los cuatro años de Onganía y los pocos

[192] Ernesto Tironi, 'La Decisión 24 sobre capitales extranjeros en el Grupo Andino', *Estudios Internacionales*, 1977, 38, p. 20.

[193] Nissan, Scania-Bavis, Berliet, Mercedes Benz, BLM, Mercedes Argentina, Chrysler Argentina y Pegaso.

[194] AHCRA, fondo América del Sur, AH/0019, memorándum n.º 19, informe reunión Comisión Especial de Coordinación Argentino-chilena, julio de 1972.

[195] AHCRA, fondo América del Sur, AH/0019, memorándum FIAT CONCORD, 9 de agosto de 1972.

[196] Véase Beatriz Figallo y María José Henríquez, "El Plan Iberoamericano del franquismo. El Cono Sur y la Doctrina López Bravo, 1969-1973", *Estudios Latinoamericanos* n.º 2, 2009.

[197] AMAEE, R. 18.185, exp. 4-5. Buenos Aires, 13 de marzo de 1973, telegrama de embajador al MAE, n.º 42.

meses de Levingston, es decir “desarrollo nacional primero e integración regional después”, experimentaba un replanteo. Si bien el antecesor del canciller de Pablo Pardo, Juan B. Martín, había iniciado la apertura al Pacto comunicando a sus embajadores el interés de la Argentina por lograr un acercamiento al Acuerdo de Cartagena,^[198] lo concreto era que bajo Lanusse se iba más allá de lo declarativo. Un giro relacionado con el significado del Pacto para la Argentina: los años 67, 68 y 69, había pasado a ser el 3°, 2° y 3° mercado mundial para sus productos, respectivamente. Con una exportación, en los citados años, de aproximadamente 150, 159 y 168 millones de dólares. Solo en el año 1969 la balanza comercial le otorgó un saldo favorable en torno a los 76 millones de dólares. Esta cifra se dimensionaba –aún más– al considerar que los rubros exportables fueron en esencia productos manufacturados, los que encontraban en este mercado su destino natural. La Argentina –a juicio de Vergara– “está consciente de que el aumento de sus exportaciones industriales al Mercado Común Europeo y al Brasil, no podrán acrecentarse significativamente en cuanto a productos industrializados se refiere”.^[199]

La relación avanzaba. De hecho, a principios de 1972 y dado el incremento de las compras chilenas de artículos de consumo, se autorizó a los bancos comerciales argentinos a conceder facilidades crediticias para financiar las operaciones, con mayores plazos a los estipulados por las normas vigentes. Para junio de 1973 se habían otorgado líneas de crédito por 145 millones de dólares.^[200] Chile se transformaba en uno de los grandes compradores mundiales de productos manufacturados argentinos.^[201] Si bien, la denuncia argentina del Tratado General de Arbitraje de 1902 –en marzo de 1972– causó decepción en Santiago, la Cancillería chilena rápidamente se avino a la negociación que culminó con la suscripción

[198] AHMRECH, vol.1.806, n.º 162/27, Santiago, oficio confidencial de encargado de negocios al MRE, 8 de febrero de 1972.

[199] *Ibíd.*

[200] AHCRA, fondo América del Sur, AH/0092. Relaciones Económico-Comerciales, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 4 de junio de 1973.

[201] AHMRECH, vol.1.807, n.º 1.184/238, oficio secreto de embajador al MRE, 12 de septiembre de 1972.

en abril de un Tratado General de Solución Judicial de Controversias a través del cual ambos países se comprometían a someter las diferencias -cuando no fuera posible la negociación directa- a la Corte Internacional de Justicia. Lo anterior eliminaba el arbitraje de la Corona británica que estatuyó el tratado de 1902 -de suyo incómodo para Buenos Aires- y no afectaba el acuerdo alcanzado por el Beagle. Siguiendo a Ferandois, fue una demostración de fuerza,^[202] pero también es posible de interpretar la denuncia como una concesión de Lanusse hacia los sectores más nacionalistas dentro de las fuerzas armadas.

Se trataba de un esquema de delicados equilibrios. A mediados de agosto, el embajador Huidobro informó a la Cancillería, sobre una publicación que era editada en Buenos Aires, llamada *NOTAMCH* (Noticias de Chile para América Latina), con una notable distribución y conteniendo violentos ataques contra el gobierno de Allende. La Dirección General de Informaciones de la Argentina informaba que era confeccionada por chilenos residentes y “activos anticomunistas”. Aunque el Departamento de América Latina de la Cancillería no podía sugerir cursos de acción en política interna, en orden a restringir la publicación, expresaba su preocupación por que el incidente “deteriore el nivel de nuestras relaciones con Chile, actualmente el mejor en muchos años (...) logro que era un objetivo nacional”.^[203]

En pleno concurso y descarnada competencia entre FIAT y Pegaso, en agosto de 1972, se produjo un hecho inesperado que realmente pudo significar un quiebre en la relación bilateral y que recordaba con dramatismo la vereda ideológica en que se ubicaban ambos gobiernos y el vínculo entre los “frentes internos”, mostrando el límite de los pragmatismos.

El día 15 se fugó un grupo de presos políticos acusados de actos terroristas del penal de Rawson, en la Patagonia argentina y seis huidos lograron secuestrar un avión y llegar al aeropuerto de Santiago. De inmediato el gobierno de Lanusse solicitó la prisión

[202] Ferandois, *Chile y el mundo 1970-1973*, cit., p. 129.

[203] AHCRA, fondo E, AH/0028, oficio de jefe del departamento de América Latina a Dirección General de Política, 16 de agosto de 1972.

preventiva y su extradición; pero en el ínterin dieciséis de los frustrados evadidos fueron fusilados en la base naval Almirante M. Zar, próxima a la ciudad de Trelew, a más de 1300 kilómetros de Buenos Aires. Entonces se dijo que se trató de un nuevo intento de fuga repelido por los marinos, con todos los muertos en el bando contrario y sin rasguños en el propio. Al conocerse la noticia de los asesinatos, Allende se decidió por el asilo e inmediato traslado de los jefes guerrilleros a La Habana. De acuerdo con la revista chilena *¿Qué Pasa?* –de oposición al oficialismo–, antes del sangriento 22 de agosto se habían conformado dos posturas opuestas respecto del caso. La primera, apoyada por Allende y el canciller Almeyda, se inclinaba por someterlos a la ley de extranjería de 1959,^[204] y el juicio de extradición, por causas jurídicas y políticas. Ello, en vista a “no irritar a la República Argentina ni transformar a Chile en un paraíso de los terroristas”. Una posición que “casi gana la pelea: de hecho el decreto poniendo a los guerrilleros a disposición de la Corte Suprema estuvo redactado”.^[205] Luego, siguiendo a la publicación, Allende propuso –en un “desesperado” intento por salvar la postura inicial– juzgar a los terroristas en Chile por piratería aérea, ganando tiempo hasta que adviniera en la Argentina un cambio de régimen que la UP consideraba inminente. No prosperó y a fin de cuentas se impuso la segunda opinión: el asilo y posterior expulsión. Actitud defendida por el MIR –“que sacó a la calle a sus belicosas huestes”– y el secretario general del PS, Altamirano, quien habría llegado a poner en cuestión la permanencia del partido en el gobierno. Como fuere, para la revista –que no descartaba la matanza del 22 como principal causa de la decisión– la actitud chilena además de inconsistente jurídicamente, también manifestaba “una alarmante debilidad política” de Allende frente al “violentismo interno”, poniendo en peligro uno de sus

[204] Martín Gaudencio, *Interceptado en Trelew*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2011, pág. 203. También María Cecilia Míguez y Jorge Núñez, “La fuga del Penal de Rawson, la Masacre de Trelew y las relaciones bilaterales entre Argentina y Chile. Tensiones y acercamientos durante la dictadura de Lanusse (agosto 1972)”, *Prohistoria* n.º 33, junio de 2020.

[205] “Terroristas Argentinos. Jaque Mate a la autoridad presidencial”, *¿Qué Pasa?* n.º 72, 31 de agosto de 1972, Santiago, pág. 7.

mayores éxitos: las relaciones con la Argentina y el entendimiento con Lanusse.

La fuga de Trelew se dio en un contexto de un nuevo giro del deterioro de la situación económica y política en Chile. En abril la “Marcha de la democracia” había congregado a unos 200 mil ciudadanos de la oposición en las calles de Santiago y luego la “Marcha de la Patria” a otros tantos a favor de la UP; el mercado negro campeaba ante el agotamiento de distintos productos, así como disminuían las reservas internacionales y distintos créditos no se materializaban. Con un proceso inflacionario desatado, el gobierno tomó medidas tendientes a aumentar la producción que en la práctica significó contener la fuerza estatizadora. Para el “Poder Popular” (sector extremista del PS y el MIR) se trataba de reformismo, incrementándose las disputas dentro de la Unidad Popular, sobre todo con el Partido Comunista.^[206] Ante el arribo de los guerrilleros argentinos, el MIR y el ala más radical del Partido Socialista enarbolaron la solidaridad del internacionalismo proletario, posicionándose a través de protestas, a favor de otorgar asilo o salvoconducto, presionando a Allende en esa dirección. Los abogados representantes de los fugados –Mario Amaya, Gustavo Roca y Eduardo Luis Duhalde– viajaron a Chile siendo recibidos por Allende el día 25 de agosto, en una reunión a la que asistieron todos los ministros del gobierno.

El Mercurio de Santiago cubrió profusamente los acontecimientos. En la partida de los evadidos de Trelew, describió su despedida, narrando como a las terrazas del aeropuerto comenzaron a llegar elementos de ultraizquierda, tanto chilenos como argentinos.^[207] Se informaba, además, que ese mismo día Gallac llegó a Chile procedente de Caracas, donde estaba de vacaciones y se dirigió de inmediato a La Moneda. El embajador recibió la nota chilena en que se fundamentaba la concesión del asilo, argumento que el propio Allende había comunicado por cadena nacional de radio

[206] Alfredo Sepúlveda, *La Unidad Popular. Los mil días de Salvador Allende y la vía chilena al Socialismo*, Santiago, Penguin Random House, 2020, ps. 121-132.

[207] “Partieron a Cuba los extremistas”, *El Mercurio*, 26 de agosto de 1972, portada y pág. 12.

y televisión.^[208] De inmediato fue llamado a consultas a Buenos Aires.^[209] *El Siglo* aclaraba que si bien las versiones oficiales argentinas insistían en hablar de “un amotinamiento o intento de fuga” –de igual manera que *El Mercurio*–^[210] “se informa que las fuerzas de la Base Naval no tuvieron bajas”.^[211] En una breve nota reseñó la despedida del avión de Cubana de Aviación, y los gritos “de cientos de voces” en las terrazas del aeropuerto, a favor del “internacionalismo proletario” y “de la lucha del pueblo argentino”.^[212] En esta línea, la revista *Chile Hoy* –expresión de los diversos sectores de la izquierda chilena– cubría el tema a través de un artículo titulado “La Masacre condenó a la extradición”; pero más significativa era la información relativa a un supuesto desinterés de Lanusse “en que los guerrilleros vuelvan a Argentina, donde el clima de tensión sube por momentos”.^[213]

La situación política de Lanusse ya era difícil antes. En junio, Perón dio a conocer los contactos secretos mantenidos con sus emisarios –sin conocimiento de sus camaradas– lo que incrementó la desconfianza hacia sus reales intenciones entre los cuadros de oficiales. El presidente se autoexcluyó como candidato a las elecciones fechadas para el 25 de marzo de 1973, aunque también dejó fuera a Perón, a través de una cláusula de residencia. Pero el viejo caudillo planteó un duro pulso al dictador exacerbando al “frente interno”.

El gobierno argentino protestó enérgicamente, acusando al chileno de desconocer tratados internacionales, y en Santiago,

[208] “Gobierno concedió asilo”, *El Mercurio*, 26 de agosto de 1972.

[209] “Argentina llamó a su Embajador”, *El Mercurio*, 26 de agosto de 1972.

[210] “Murieron 15 guerrilleros de Trelew: matan a esposa del extremista Santucho”, *El Mercurio*, 23 de agosto de 1972, portada y pág. 8. En realidad, del total de 19 presos, tres sobrevivieron, tres fallecieron a las horas a consecuencia de las graves heridas y trece murieron por armas de fuego en el acto.

[211] “Argentina: 13 guerrilleros muertos en supuesta fuga”, *El Siglo*, 23 de agosto de 1972.

[212] “Anoche partieron a Cuba guerrilleros argentinos”, *El Siglo*, 26 de agosto de 1972.

[213] “La masacre condenó a la extradición”, *Chile Hoy* n.º 11, 25–31 de agosto de 1972, pág. 7.

el encargado de negocios de la Embajada, Gustavo Figueroa, auguraba males mayores. En su opinión, la Argentina, debía mirar la “vía chilena” como una “revolución socialista lisa y llana”.^[214] Desde aquel momento, nada impediría a la UP desconocer otros tratados o acuerdos en función de “las conveniencias de su frente interno y a los postulados revolucionarios que inspiran su acción de Gobierno”.^[215] Una hipótesis de trabajo sobre la que habría “(...) de concebir alternativas que comprendan incluso una futura tolerancia a la acción de grupos guerrilleros que de seguro intentarían volver a hacer uso de la solidaridad que con ellos evidenció el Gobierno de la Unidad Popular”.^[216] Es decir, el temor primigenio.

De hecho, con su decisión el gobierno de Allende se convirtió en un “articulador involuntario” de la coordinación entre distintos grupos.^[217] Los contactos eran previos, como lo atestiguaba Huidobro al informar sobre la detención –a mediados de 1972– de un “correo tupamaro” en el aeropuerto de Ezeiza y la incautación de documentos que desvelaban a Chile como base de operaciones así como las reuniones mantenidas entre ERP, los Tupamaros y el MIR.^[218] En Santiago, aunque presos, los fugados de Rawson se reunieron con la dirigencia del MIR y luego de su paso por Cuba los PRT-ERP volvieron a Chile. En noviembre se realizó la primera reunión trilateral de fuerzas insurgentes del Cono Sur (MIR, PRT-ERP, MLNT) para coordinar sus esfuerzos. Como ha investigado Marchesi, se establecieron acuerdos, tareas y futura dirección de una Junta de Coordinación Revolucionaria, la JCR. Posteriormente el ELN- Bolivia manifestó su decisión de formar parte. En esos momentos Cuba también servía como asilo de exiliados –y centro de entrenamiento militar– y allí se habían dado muchos debates sobre

[214] AHCRA, fondo E, AH/0040, n.º 424, oficio secreto de encargado de negocios al MRE, 28 de agosto de 1972.

[215] *Ibíd.*

[216] *Ibíd.*

[217] Marco Antonio Sandoval Mercado, “La Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR): el internacionalismo proletario del Cono Sur, 1972-1977”, tesis maestría, México, agosto de 2016, pág. 46.

[218] AHMRECH, vol.1.806, n.º 770/145, oficio confidencial de embajador al MRE, 16 de junio de 1972.

la JCR, pero el PC cubano no apoyó la iniciativa.^[219] Al conocer la decisión adoptada por su gobierno, Huidobro inició de inmediato una campaña destinada a neutralizar la imagen que Figueroa vaticinaba. El embajador pudo advertir que tanto el presidente Lanusse como sus asesores se debatían en la atención de factores internos e internacionales, “los que aparecían en algunos casos en abierta contradicción”, intentando llegar a una definición en la política a seguir con Chile. El desenlace de Trelew complicaba la acción del gobierno, pero un propósito fundamental apuntaba a que el público supiera su firme desagrado por la decisión chilena, contemplando medidas económicas, “congelando” la relación por algún tiempo. A través de sus contactos y sucesivas conversaciones fue apareciendo un elemento que, “por su reiteración revestía el carácter de mensaje”: lo que más preocupaba era que la actitud chilena pudiera constituir un precedente, con lo que “el territorio chileno se convertiría en callejón de salida para los extremistas que han puesto en tan duros aprietos a las autoridades de este lado de los Andes”.^[220] Huidobro se dedicaría a subrayar que antes del 22 de agosto el caso se encontraba destinado a tener un epílogo muy diferente –en línea con la información que manejaba *¿Qué Pasa?*– insistiendo en cómo la repercusión del desenlace había determinado el accionar de La Moneda. Sobre la base de esta idea se trabajó entre la Embajada y el Ministerio chileno y ello se plasmó en la nota de respuesta, además del viaje a Buenos Aires del director general de la Cancillería, Mario Valenzuela.^[221] El edificio de las relaciones bilaterales debía ser recompuesto de un daño “en medida aun imposible de evaluar”.^[222]

En clave interna, las aguas ideológicas se (re)encauzaron. Si el Partido Socialista Argentino (secretaría Coral) apoyaba a través de su diario *Avanzada Socialista* la actitud chilena,^[223] el consulado en Mendoza tuvo que hacer frente a las amenazas de la organización

[219] Aldo Marchesi, “Geografías de la protesta armada.....cit.

[220] AHMRECH, vol. 1.807, n.º 1.157/234, oficio estrictamente confidencial de embajador al MRE, 5 de septiembre de 1972.

[221] *Ibíd.*

[222] *Ibíd.*

[223] AHMRECH, vol. 1.807, n.º 1.198/240, oficio confidencial de embajador al MRE, 12 de septiembre de 1972.

de ultra derecha “Federación y Soberanía MAF”.^[224] En Chile, el MIR calificaba a Clodomiro Almeyda como “canciller revolucionario que se puso la levita de momio”, por intentar “con sigilosa diligencia” reanudar los lazos con la Argentina.^[225]

A pesar de todo, la política colaborativa hacia Chile siguió adelante. ¿Por qué? Es posible que la opción por continuarla se relacionara con la aspiración de algunos sectores económicos para impulsar determinadas industrias locales,^[226] en este caso concreto, el automotriz, que incorporaba valor agregado a los productos industriales exportables, lo que no solo incidía en el proceso económico, sino que también conllevaba repercusiones sociales, en función del mayor empleo de mano de obra.^[227]

El embajador Gallac retornó al frente de la misión el 24 de septiembre. A principios del mes, en el momento álgido del contencioso guerrillero, Pegaso ganó la licitación automotriz y la puja con FIAT gracias a una decisión personal

de Salvador Allende.^[228] Dada la situación de la economía chilena la fórmula para hacer operativo el acuerdo se concretó en un crédito de gobierno a gobierno por 45 millones de dólares. Aunque se trataba de una sociedad mixta, el total de la financiación de la planta la realizaría solo España, al menos en su primera fase, hasta que la situación chilena se normalizara.^[229] Para aquella época, el monto superaba las mejores previsiones de la UP, pero no solo se trataba de la cifra: era la primera vez –documentada hasta la fecha–

[224] AHMRECH, vol. 1.807, n.º 1.177/236, oficio confidencial de embajador al MRE, 8 de septiembre de 1972.

[225] “Chile-Argentina. Avances y tropiezos de una integración”, *¿Qué Pasa?* n.º 76, 28 de septiembre de 1972, pág. 8.

[226] Míguez, “Argentina y el Pacto Andino...”, *cit.*, p. 41.

[227] AHCRA, fondo América del Sur, AH/0092, Relaciones Económico-Comerciales, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 4 de junio de 1973.

[228] AMAEE, R. 10.432, exp.1, telegrama secreto y muy urgente de embajador al MAE, n.º 281, 7 de septiembre de 1972.

[229] AMAEE, R. 10.432, exp.1, carta de director General de Relaciones Económicas Internacionales a embajador, 23 de septiembre de 1972.

que se entregaba un crédito con un capítulo de libre disposición, que se utilizó para comprar superfosfatos y cebollas.^[230]

Si bien FIAT Italia había conseguido que un grupo de bancos europeos ofreciera al gobierno chileno un crédito de 50 millones de dólares,^[231] y aunque en un principio las simpatías de La Moneda, en especial de los socialistas, estaban con FIAT –los autos del GAP habían sido un regalo de la firma italiana–; Pegaso se convirtió en el mejor socio. De acuerdo con Sergio Musa, por esos años secretario ejecutivo del Comité Sectorial Automotriz de CORFO, se entendió que detrás de PEGASO estaba el gobierno español y detrás de FIAT solo FIAT.^[232] En la Argentina, FIAT era una filial entre otras del sector automotriz y la operación se redireccionó en ese sentido.

Pocos días después, el propio Ministerio de Comercio argentino solicitó a la Cancillería instruir al embajador en Santiago para que respaldara, ante las autoridades chilenas, las intervenciones de firmas argentinas en licitaciones destinadas a la adquisición de bienes de capital y todo tipo de maquinarias, ya que se advertía con preocupación como Chile estaba orientando dichas compras hacia otros orígenes, argumentando el déficit en la balanza de pagos con la Argentina.^[233] El apoyo para las firmas nacionales se solicitaba en orden al aprovechamiento de las líneas de crédito que ya había otorgado el gobierno de Buenos Aires y “considerando que es de recíproco interés y beneficio la colaboración en el campo de la complementación e integración industrial con Chile”.^[234]

Hacia mediados de octubre, el propio Gallac informó a Buenos Aires que el Comité Económico de Ministros, pero en particular las principales autoridades del Banco Central de Chile (su presidente y el gerente de Comercio Exterior) habían decidido derivar hacia

[230] AHMRECH, n.º 371/33, oficio estrictamente confidencial de embajador al MRE, 12 de marzo de 1974.

[231] AMAEE, R. 10.432, exp.1, telegrama secreto de embajador al MAE, n.º 277, 5 de septiembre de 1972.

[232] Entrevista a Sergio Musa, *cit.*.

[233] AHCRA, fondo América del Sur, AH/0019, carta de subsecretario de Comercio Exterior al subsecretario de Relaciones Económicas Internacionales, 28 de septiembre de 1972.

[234] *Ibíd.*

la Argentina una compra masiva de automóviles, contra otras tendencias al interior del mencionado Comité favorables a los países socialistas o Brasil. Las autoridades chilenas solicitaban a tal efecto un crédito especial a ser utilizado exclusivamente por la CORFO con aval del Banco Central de Chile por 35 millones de dólares.^[235] La decisión ocurría tan solo dos días después de **que se firmara** –el 11 de octubre– la Declaración Conjunta por la **que se constituía** la Sociedad Mixta Pegaso-CORFO. Lo que se podía considerar como una suerte de compensación, se explica –más bien– por la necesidad de diversificar los apoyos y la importancia del vínculo bilateral.

El 17 de enero de 1973 se suscribió el convenio por el que se entregaba al Banco Central de Chile 100 millones de dólares -cifra bastante mayor a la original- destinados a financiar importaciones chilenas de bienes de transporte y de capital, maquinarias, así como sus repuestos de origen argentino.^[236] El plazo de utilización sería de 18 meses y el interés de 6 % anual.^[237] Según la visión de Huidobro, era el programa más ambicioso de fomento de exportaciones intentado por la Argentina en su historia.^[238] Logro que se descubriría efímero para ambos gobiernos.

Aunque Lanusse había inhibido sus posibilidades como candidato, al menos en lo inmediato, la salida electoral siguió siendo una apuesta de cuyo éxito dependía su liderazgo sobre las fuerzas armadas y su futuro político; pero Perón terminó por imponer las condiciones del juego, sobre todo después de Trelew. “La fuerza

[235] AHCRA, fondo América del Sur, AH/0019, n.º 992/993/994, cable secreto de embajador al MRE, 14 de octubre de 1972.

[236] AHCRA, fondo América del Sur, AH/0092, en Relaciones económico-comerciales, 4 de junio de 1973. El listado de adquisiciones comprendía 3 500 camionetas Pick-Up; 1 000 camiones de 2 500 kg; 120 automóviles patrulleros; 450 furgones patrulleros; 200 patrulleros tipo Jeep; 145 buses interprovinciales; 2 000 taxis; 170 camiones recolectores de basura y 270 de semirremolque; 500 camionetas con equipos refrigerados; un tren eléctrico, para la mina El Teniente; 3 500 tractores de hasta 45HP; 100 ambulancias; motores diésel, equipos refrigerados, maquinarias agrícolas, otros elementos de transporte, maquinarias y equipos no especificados.

[237] *Ibíd.*

[238] AHMRECH, vol. 1.832, n.º 627/91, oficio confidencial de embajador al MRE, 14 de mayo de 1973.

nuestra está en los votos”, fueron sus palabras. Viajó a la Argentina en noviembre de 1972, logró sumar fuerzas electorales, ungió a Héctor Cámpora como candidato y presenció desde Madrid el holgado triunfo del Frente Justicialista de Liberación Nacional. Las previsiones de los militares, es decir que el heterogéneo grupo solo alcanzara la primera minoría y que en la segunda vuelta electoral –reforma constitucional introducida por Lanusse– triunfarían los no peronistas, no se verificó. Cámpora presidente nombraría al general de división más joven como comandante en jefe del Ejército y los militares más antiguos pasaron a retiro.

El triunfo del peronismo, en la visión chilena, ofrecía favorables perspectivas de un entendimiento bilateral substancial, pero “tampoco deja de ser factible la posibilidad de que el fuerte nacionalismo imbuido en dicho movimiento replantee o acentúe cuestiones que típicamente se suscitan entre países limítrofes”.^[239] El epílogo del inédito acercamiento se produjo en Buenos Aires, con ocasión de la asunción presidencial de Cámpora el 25 de mayo de 1973. Huidobro afirma que “la última semana de felicidad que tuvo Allende en la Tierra, la vivió en Argentina”.^[240] Aplaudido por donde se movía, de día y de noche recibió el afecto de los porteños. Fue a la cancha a ver un partido de fútbol –nada menos, que Boca Juniors contra Racing Club– y concurrió a “El Viejo Almacén”, de la calle Balcarce e Independencia, a escuchar cantar a Edmundo Rivero –quién le regala una memorable interpretación del tango de Enrique Santos Discépolo, “Uno busca lleno de esperanzas, el camino que los sueños prometieron a sus ansías”– y donde se abraza con el bandoneonista Aníbal Troilo, para luego enfilarse a “Caño 14” de la calle Talcahuano. En la Embajada chilena se entrevistó con Lanusse y con Illia, así como con Cámpora, el presidente cubano Osvaldo Dorticós, el ministro de Asuntos Exteriores de España Gregorio López Bravo, el de Bolivia Mario Gutiérrez y el secretario de Estado de Estados Unidos, William Rogers. El 23 se reunió con la prensa argentina y corresponsales extranjeros; el 24 acompañó a Lanusse,

[239] AHMRECH, vol. 1832, n.º 334/ 57, oficio confidencial de embajador al MRE, 15 de marzo de 1973.

[240] Véase Ramón Huidobro, “Allende y Cámpora. La última semana de felicidad en la Tierra”, en *Argentina-Chile. 100 años de encuentros presidenciales*, Santiago, 1999, pág. 135 y ss.

lado a lado, a recibir las cartas credenciales de las más de ciento treinta delegaciones y el 25, en el acta de juramento del presidente Cámpora, firmó como testigo. La impresionante popularidad de Allende en los actos de la transmisión de mando en la Argentina, hacían soñar con un tiempo nuevo para las dos naciones, que nunca llegó.

El objetivo político de la estrategia lanussista, a la que se sumó Allende, naufragó. De ahí en más, el análisis de la desestabilización chilena monopolizaría los despachos desde Santiago. El 29 de junio un grupo de militares pertenecientes al Regimiento Blindado n.º 2 protagonizó un ensayo de golpe de Estado, el “tancazo”, que fue sofocado por fuerzas leales al gobierno. En el levantamiento fue asesinado el reportero argentino Leonardo Heinrichsen Ferrari, quién trabajando para el canal sueco SVT y para el 13 de Buenos Aires, filmó su propia muerte cuando un carabiniere le apuntó con su escopeta y lo ejecutó. La Embajada argentina se ocupó de la repatriación de sus restos, así como dio asilo a un refugiado, un joven militante de derecha que estuvo varios días en la sede diplomática hasta que se le consiguió el salvoconducto para que viajara a Buenos Aires. Una salida a la situación chilena parecía inminente, pero dada la fluidez del momento político todo podía pasar: la intervención de las fuerzas armadas “quizás, a pesar de sus propios deseos” o la implantación del “poder popular”.^[241]

Si bien Cámpora expresó su apoyo cuando los rumores de conspiraciones y planteos militares se alzaron contra el gobierno de Allende, en poco tiempo se sucedió su renuncia como presidente, el interinato de Raúl Lastiri, titular de la Cámara de Diputados, las nuevas elecciones generales el 23 de septiembre, el triunfo y la tercera asunción presidencial de Perón el 12 de octubre.

Entretanto, la “vía chilena al socialismo” terminaba de forma sangrienta el 11 de septiembre de 1973. En lo que constituye una ironía no menor, la Embajada chilena en Buenos Aires –ya respondiendo a las nuevas autoridades–, comenzaría a advertir sobre la posibilidad de que la Argentina se convirtiera “en un centro

[241] AHCRA, AH/0096, Oficio reservado del ministro encargado de negocios de la embajada de Argentina en Santiago de Chile, José Alberto del Carril, al ministro de Relaciones Exteriores y Culto, Alberto Vignes, N°460, 6 de agosto de 1973.

de la guerrilla continental”.^[242] Según testimonios de allegados, el anciano Perón se manifestó conmovido por la muerte de Allende, por el golpe de Estado y porque significaba una advertencia para su propio proyecto político.^[243]

Aunque el gobierno argentino decretó tres días de duelo por el fallecimiento de Allende, el 19 de septiembre se produjo el reconocimiento oficial de la Junta presidida por el general Augusto Pinochet. En Buenos Aires, movilizadas diferentes fuerzas políticas por la Juventud Peronista (JP), se organizó una importante manifestación de protesta frente a la Embajada de Chile. En tanto, en Santiago la misión argentina otorgaba refugio a más de medio millar de asilados.^[244] El 7 de octubre, Buenos Aires ordenó el inmediato regreso de los diplomáticos encargados de conceder los refugios –todos con categorías de consejeros, agregados y secretarios–, por presión de los agregados militares, quienes señalaban la ideología marxista de los amparados.^[245] Pero la evacuación a los asilados chilenos y la situación de los ciudadanos argentinos perseguidos por la dictadura pinochetista, serían causa de tensión, tanto en la política nacional como a nivel bilateral.^[246] Lastiri llegaría a solicitar a Pinochet el fin de la aplicación de la pena de muerte.^[247]

[242] AHMRECH, Vol. 1833, N°1814-191, Oficio confidencial de encargado de negocios al MRE, 9 de octubre de 1973.

[243] Ver Norberto Galasso, *Perón. Exilio, resistencia, retorno y muerte (1955-1974)*, Buenos Aires, Colihue, 2005, ps. 1237-8; Gregorio Selser, “Argentina-Chile. Allende, los militares y la DC: una desconocida carta de Perón”, *El Día*, La Plata, 23 de julio de 1981.

[244] Ver María Lucía Abbattista, “La política estatal del peronismo ante el exilio chileno: el caso de la atención a los asilados en la Embajada argentina en Santiago tras el Golpe de 1973”, *II Jornadas de Trabajo. Exilios políticos del Cono Sur en el Siglo XX*, Montevideo, 2014; Soledad Lastra-Carla Peñaloza Palma, “Asilos en dictaduras: chilenos en la embajada argentina”, *Perfiles Latinoamericanos*, 2016, 24, 48

[245] Entrevista con Albino Gómez, consejero cultural de la embajada argentina en Santiago entre 1972 y 1973, Buenos Aires, 8 de enero de 2003.

[246] AHCRA, fondo E, AH/0089, oficio secreto del encargado de negocios de la Embajada de Argentina en Chile al ministro de Relaciones Exteriores, n.º 031, 10 de enero de 1974.

[247] AHMRECH, fondo Argentina, vol. 1.833, oficio confidencial del encargado de negocios de la embajada de Chile en Buenos Aires, Javier Illanes al ministro de Relaciones Exteriores, n.º 1.814- 191, 9 de octubre de 1973.

La dimensión económica de la apuesta, no corrió mejor suerte. En enero de 1974, desde la Embajada en Santiago se informaba que varias de las operaciones con cargo al crédito de los US\$ 100 millones habían sido anuladas o postergadas unilateralmente por el Banco Central de Chile.^[248]

En paralelo, el resurgimiento de imágenes patrióticas en Chile despertó, si no la suspicacia, al menos la reflexión sobre su oportunidad. A finales de diciembre de 1973, se inauguraba –con gran pompa– la plaza “Teniente Merino” en la localidad de San Felipe, próxima a la ciudad de Mendoza. Un acto presidido por el miembro de la Junta Militar, el general de Carabineros César Mendoza, que no pasó desapercibido para el cónsul general de la Argentina en Valparaíso, Juan Marcelo Gabastou. Este hacía notar a José Alberto del Carril, encargado de negocios de la Embajada en Santiago, como después del 11 de septiembre resurgía, en tono épico, el recuerdo del teniente Merino. Pasada la primera conmoción sobre su muerte, no se había vuelto a hablar de él durante la administración Frei, ya que –siguiendo a Gabastou– resultaba poco prudente, ante su “no disimulado propósito de anexar la economía chilena a la nuestra en tren de integración”.^[249] Otro tanto, había ocurrido durante los días de Allende: “no convenía ganarse la mala voluntad de nuestro gobierno ni afectar a la opinión pública del más importante de los vecinos, cuando el objetivo interno primordial consistía nada menos que en el cambio radical de estructuras políticas”.^[250] El recuerdo del oficial de Carabineros obedecía a distintos motivos, entre ellos: haber ofrecido “su vida en aras de la defensa de la soberanía”, lo que buscaba no solo “nuclear a la opinión pública nacional sino que realza el prestigio de las fuerzas armadas y de

[248] AHCRA, fondo E, AH/0089, oficio del encargado de negocios de la embajada argentina en Santiago al Ministro de Relaciones Exteriores, SSREI 8, 8 de enero de 1974.

[249] AHCRA, fondo E, AH/0089, carta reservada n. °1, del cónsul general de Argentina en Valparaíso al encargado de negocios a.i. de la República, 2 de enero de 1974.

[250] *Ibíd.*

seguridad, que hasta hace poco se fundaba en los laureles ya marchitos de la guerra del Pacífico”.^[251] Los límites, paulatinamente, volverían a imponerse sobre la frontera.

Consideraciones finales

Como países vecinos, la historia de las relaciones entre la Argentina y Chile se han caracterizado por períodos de turbulencia y armonía, determinados no solo por las dinámicas internas, sino que también por fenómenos y contextos que los contenían y los excedían. Esta historia de la densa década del vínculo nos permite examinar aquellos elementos propios de “la larga duración”, sean las disputas limítrofes y los condicionantes geopolíticos, como su imbricación en tramas propias de la Guerra Fría sudamericana, tal el caso de las fronteras ideológicas que se fueron perfilando. Así, el tránsito en la percepción de amenaza avanza desde actos singulares de los estados nacionales –en este caso, contiguos– hacia la repercusión transnacional de ideologías revolucionarias y de modelos de desarrollo. Esperanza o temor, terminaron por configurar una suerte de preludeo que abrió camino a la aplicación de la doctrina de la seguridad nacional.

Las revoluciones, democráticas y dictatoriales, resonaron a ambos lados de los Andes. Si Santiago de Chile recorrió un firme camino para convertirse en una Ginebra latinoamericana, liberal y republicana, “refugio contra la opresión”, rodeada de dictaduras, pasó también a volverse casi tan atractiva como una Habana meridional, lugar de resistencia de la militancia política de las izquierdas. En la confrontación de democracias progresistas, gobiernos débiles y autocracias militares, volvieron a estallar los desacuerdos limítrofes, se dispararon los cálculos geopolíticos, a la vez que adquirirían gran intensidad desplazamientos y circulaciones de personas e ideas que convirtieron las zonas fronterizas en un peligro igual de intenso que las otras cuestiones. La paradoja, el contrasentido, es que aquello que tanto podía separar, coadyuvó en la construcción de una relación bilateral virtuosa y cooperativa, visible sobre todo en el arquetipo que constituye la amistad política entre Allende y Lanusse, de una dictadura de derecha y

[251] *Ibíd.*

un gobierno de impronta marxista, en un escenario de gran polarización global. Si el juego de equilibrios regional tuvo un papel no menor en dicha proximidad, como reflejo de formulaciones e implementaciones propias del quehacer exterior, la evaluación de la dimensión interna en ambos países intervino decisivamente. En la Argentina se superponían la falta de legitimidad del régimen militar, la fuerte contestación sociopolítica y la emergencia de una insurgencia que iba por el cambio de estructuras, así como las posibilidades económicas vislumbradas en Chile que reflejaban el cambio operado en el liderazgo argentino respecto a la integración, cerrando el círculo de las relaciones sudamericanas. Allende, por su parte, podía mostrar una faz pragmática, no constreñida por alineamientos forzosos y apuntalar las transformaciones internas gracias al apoyo trasandino. Pero fue más allá. Podemos decir que la “Revolución en Libertad” de Frei y la DC prepararon el camino, pero sería el proyecto de la Unidad Popular el que generó el mayor proceso de irradiación, por su condición de magno experimento, que superó al propio gobierno. El impacto transnacional que se produjo, así como el movimiento que se disparó, impactó en la formulación de la acción exterior argentina, que buscó reconvertir la amenaza que representaba “la izquierda revolucionaria” con un paradójal apoyo al Chile de Allende, que evitara una radicalización sin retorno, capaz de gestar una suerte de efecto bumerán en su frente interno.

La jugada no prosperó: Lanusse –cómo podría decirse de Allende– sobreestimó sus posibilidades. Dos dictaduras sin frenos, a su tiempo –septiembre de 1973 y marzo de 1976– fueron el mecanismo hallado con el que terminó la partida. En definitiva, un momento de la historia entre la Argentina y Chile, entre Chile y la Argentina, superador de las perspectivas nacionales, articulando las dinámicas internas, que manifiesta con nitidez el desafío que, en el marco de la Guerra Fría Sudamericana, conllevaron para estados y gobiernos, las conexiones entre las sociedades.